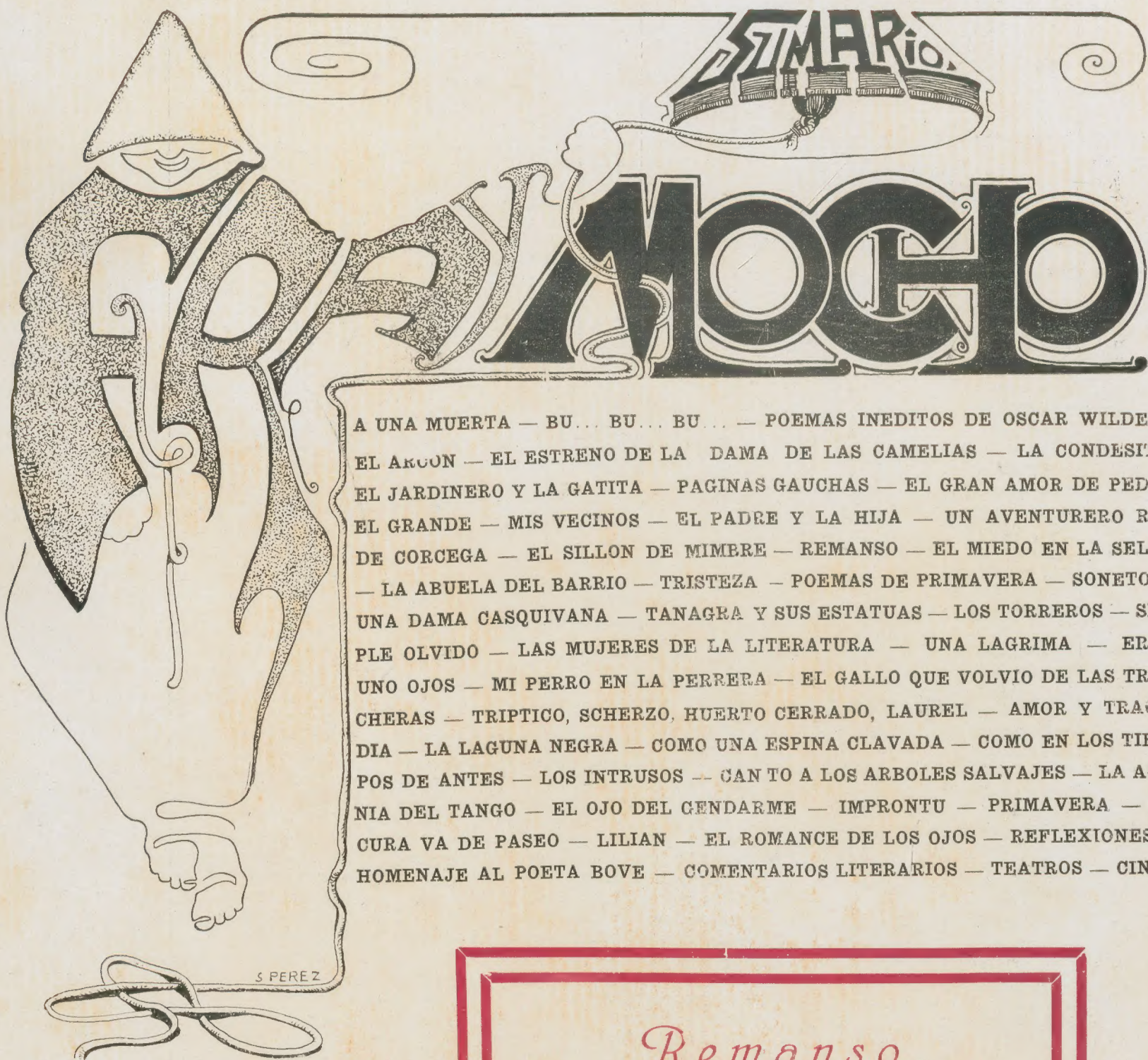


Septiembre 1931

# FRAY MOCHO



Z  
13135 : 19,930 (1931)



A UNA MUERTA — BU... BU... BU... — POEMAS INEDITOS DE OSCAR WILDE —  
 EL ARCON — EL ESTRENO DE LA DAMA DE LAS CAMELIAS — LA CONDESITA,  
 EL JARDINERO Y LA GATITA — PAGINAS GAUCHAS — EL GRAN AMOR DE PEDRO  
 EL GRANDE — MIS VECINOS — EL PADRE Y LA HIJA — UN AVENTURERO REY  
 DE CORCEGA — EL SILLON DE MIMBRE — REMANSO — EL MIEDO EN LA SELVA  
 — LA ABUELA DEL BARRIO — TRISTEZA — POEMAS DE PRIMAVERA — SONETO, A  
 UNA DAMA CASQUIVANA — TANAGRA Y SUS ESTATUAS — LOS TORREROS — SIM-  
 PLE OLVIDO — LAS MUJERES DE LA LITERATURA — UNA LAGRIMA — ERAN  
 UNO OJOS — MI PERRO EN LA PERRERA — EL GALLO QUE VOLVIO DE LAS TRIN-  
 CHERAS — TRIPTICO, SCHERZO, HUERTO CERRADO, LAUREL — AMOR Y TRAGE-  
 DIA — LA LAGUNA NEGRA — COMO UNA ESPINA CLAVADA — COMO EN LOS TIEM-  
 POS DE ANTES — LOS INTRUSOS — CANTO A LOS ARBOLES SALVAJES — LA AGO-  
 NIA DEL TANGO — EL OJO DEL GENDARME — IMPRONTU — PRIMAVERA — EL  
 CURA VA DE PASEO — LILIAN — EL ROMANCE DE LOS OJOS — REFLEXIONES —  
 HOMENAJE AL POETA BOVE — COMENTARIOS LITERARIOS — TEATROS — CINES.

No. 930

Fundado el 3 de mayo de 1912

Año XIX

Dirección, Redacción y Administración

C E R R I T O 6 0 7

U. T. Libertad (35) 3899

Número suelto Un peso

Buenos Aires, Setiembre de 1931



## Remanso

!Oh cuán bello es pesar inadvertido,  
 dulce Fray Luis! Que no diga ninguno:  
 "Ahí va el eminente, el distinguido"...  
 !Qué suave regazo el del olvido!  
 ¡Qué silencio mullido!  
 ¡Qué remanso de paz tan oportuno!

Simplemente, al arrimo  
 de la naturaleza, madre santa,  
 hacer la obra, dar el fruto opimo,  
 ¡como brinda su néctar el racimo;  
 la fuente brota y el pardillo canta!

No pedir galardón ni recompensa,  
 feliz del fruto que cuajó en la rama,  
 cordialmente pensar con cuanto piensa,  
 ¡férvidamente amar con cuanto ama!

Sentirse uno por siempre con la esencia  
 misma de la perenne creación;  
 chispa consciente en su inmortal conciencia  
 y latido en su inmenso corazón.

AMADO NERVO

# “EL ARCON”

Por Gabriel D'Annunzio

**E**N cuanto Lucas oyó el ruido de las muletas, abrió cuanto pudo los ojos, turbios y ardientes, y los dirigió hacia la puerta, bajo cuyo dintel iba a presentarse su hermano. Su semblante, demacrado por el sufrimiento y devorado por la fiebre, tomó de repente cierto aspecto de dureza y casi de furor. El enfermo cogió convulsivamente las manos de su madre y gritó con voz ronca y sobresaltada: —¡Echale, échale! No quiero verle. ¿Lo oyes? No quiero verle... ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Se le atropellaban las palabras en la garganta. Medio ahogado por un acceso de tos, estrechó, nerviosamente las manos de su madre. Los agitados movimientos de su pecho movían la camisa, que se abría y cerraba a cada esfuerzo del enfermo.

Su madre trató de calmarle.

—¡No temas, hijo mío, no le verás! Se hará lo que tú quieras. Le echaré, le echaré. Esta casa es tuya, toda tuya...

—¡Ahora, en seguida!... — repitió con insistencia feroz, incorporándose en el lecho y empujando a su madre hacia la puerta.

—Sí, hijo mío; ahora, ahora mismo...

Daniel apareció en el umbral, apoyándose en las muletas.

Entró sin decir nada; un ataque de parálisis le había privado del uso de la palabra. Al advertir clavados en él con feroz energía los ojos del enfermo, se detuvo en medio de la sala.

Lucas dijo a su madre:

—¿Qué viene a hacer aquí ese lisiado? ¡Echale! ¿Lo oyes? ¡Quiero que le echés en seguida!

Daniel miró a su madrastra, que ya se levantaba, y la miró con ojos tan suplicantes, que la mujer no tuvo valor para echarle violentamente. Entonces el lisiado, sosteniendo bajo el brazo una de las muletas, hizo con la mano que le quedaba libre un ademán de desesperación y dirigió una mirada voraz hacia el arcón, colocado en un ángulo de la sala. Aquella mirada quería decir:

—Tengo hambre.

—¡No, no! No le des nada — gritó Lucas agitándose en el lecho. — ¡Nada... ¡Echale! ¡Echale!

Daniel inclinó la enorme cabeza sobre el pecho, y temblaba con los ojos llenos de lágrimas. Cuando su madrastra, poniéndole la mano al hombro, le empujó hacia la puerta, el pobre muchacho prorrumpió en sollozos, pero se dejó conducir sin resistencia.

Lucas dijo a su madre, con expresión de furor:

—¿Lo oyes? Lo hace a propósito para que yo me ponga peor.

El sollozo se prolongaba, entrecortado de tiempo en tiempo por un gruñido extraño, triste como el resuello de una bestia de carga que va a morir.

—¡Pero no lo oyes!... ¡Pronto... arrójale! Que se vaya a la calle.

La mujer se puso en pie de un salto, corrió a la puerta y levantó sobre el mudo sus manos rudas, habituadas a pegar y a maltratar.

Lucas, incorporado sobre los codos, repetía:

—¡Y sigue!... ¡Sigue!...

Bajo los golpes, Daniel se calló y bajó a la calle conteniendo sus lágrimas...

Estaba hambriento. Dos días hacía que casi no probaba bocado. Apenas tenía fuerzas para arrastrar sus muletas.

Pasó un grupo de pilluelos; iban corriendo detrás de un cometa, que se elevaba cabeceando.

Unos tropezaban con él.

—Eh... eh... el cojo...

Otros se burlaban.

—Vamos, fecha una carrera!...

Otro, aun más cruel que sus compañeros, le derribó una muleta y echó a correr. El mudo estuvo a punto de caer; después la recogió con mucho trabajo y siguió andando. Era en primavera, después de la Pascua.

Daniel sentía que el hambre le roía las entrañas y pensó:

—Pediré limosna.

El horno de una panadería impregnaba el aire de un agradable olor a pan reciente. Un hombre, vestido de blanco y llevando a la cabeza una larga tabla, en el cual estaban colocados multitud de panes dorados y humeantes todavía, pasó por delante del impedido. Seguían al hombre de los panes dos perros husmeando y moviendo la cola.

Daniel creyó que iba a desfallecer de inanición, y seguía pensando:

—Es menester que pida limosna; sino, me voy a morir de hambre.

Daniel se dijo:

—Voy a ponerme a la puerta de la iglesia.

Y se arrastró hacia el templo.

Estaba abierto.

En lo más hondo, el altar, alumbrado por lucecillas, parecía una constelación. La puerta daba paso al débil perfume de incienso y del benjuí. De cuando en cuando, el órgano lanzaba como un haz de sonidos.

—¡Señor, Dios mío, ven en mi ayuda!

El órgano lanzó un acorde que hizo vibrar las pilastras como si hubieran sido instrumentos músicos. Luego dejó oír un torrente de notas claras y alegres. En aquel momento se elevó la voz de los cantores. Los devotos y las devotas entraban de dos en dos y de tres en tres por la puerta única de la iglesia. Daniel no se atrevía aún a tender la mano.

Cerca de él, un mendigo empezó a gimotear:

—¡Una limosna, por amor de Dios!

El mudo se sintió avergonzado.

Vió a su madrastra entrar en el templo bien arrebuja en un manto negro, y pensó:

—¡Si fuese a casa ahora que mi madrastra está fuera!...

El tormento que el hambre le producía era tan imperioso, que el mudo no esperó más; más que andaba, volaba sobre sus mu-

letas en persecución del pan. Al pasar una mujer le gritó diciendo:

—¡Calla! ¿Vas a ganar el premio? ¡Vaya con el cojitranco!...

En un abrir y cerrar los ojos llegó a su casa, sofocado, palpitante. Subió la escalera sin hacer ruido, con extraordinarias precauciones. A tientas buscó la llave en un agujero de la pared, en la cual acostumbraba a dejarla la madrastra cuando salía. La encontró, y antes de abrir miró por el agujero de la cerradura.

Lucas, en su cama, parecía dormido.

Daniel pensó:

—¡Si pudiese coger el pan sin despertarlo!

Dió vuelta a la llave suavemente, conteniendo la respiración, temiendo despertar a su hermano con los latidos de su corazón. Estos latidos le parecía que llenaban la casa de un estrépito ensordecedor.

—¿Y si despierta? — pensó Daniel, sintiendo que un estremecimiento le recorría la médula, al ver que se abría la puerta.

El hambre le daba audacia. Entró apoyando con precaución las muletas, sin apartar los ojos de su hermano.

El enfermo, echado boca arriba, respiraba penosamente. De cuando en cuando se escapaba de sus labios un ligero silbido. Una sola bujía, colocada en la mesa, proyectaba sobre los muros grandes sombras movibles.

Ya cerca del arcón, Daniel, para vencer su miedo, se detuvo y miró al durmiente; luego, sujetando sus dos muletas bajo los brazos, se esforzó para levantar la tapa: el arca produjo un ruido seco.

Lucas se estremeció y abrió los ojos. Vió lo que hacía su hermano, y empezó a gritar, agitando los brazos como un loco:

—¡Ladrón, ladrón! ¡Socorro!...

El furor le ahogaba, y mientras su hermano, inclinado sobre el arcón, cegado por el hambre, buscaba con manos temblorosas un mendrugo de pan, el enfermo saltó del lecho y se precipitó sobre el lisiado para impedir que cogiese nada.

—Ladrón, ladrón! — gritaba con furia.

Después en el paroxismo de su furia, dejó caer la pesada tapa sobre el cuello de Daniel, que se agitó desesperadamente, semejante a una bestia cogida en el lazo.

Pero Lucas no cedía; había perdido la conciencia de lo que estaba haciendo, y apretaba la tapa con todo el peso de su cuerpo para decapitar a su hermano.

La cubierta del arcón crujía, penetraba en la carne viva de la nuca, estrujaba las venas del cuello y destrozaba los nervios y tendones... Al cabo, un cuerpo inerte pendió del arcón, un cuerpo que no daba signo alguno de vida.

Entonces, a la vista del mudo asesinado, invadió el alma del fratricida una espantosa locura.

Dos o tres veces, vacilante, atravesó la habitación, que llenaban de terror los resplandores de la bujía; agarró luego las mantas de la cama, se envolvió en ellas de pies a cabeza, y después se arrojó en el lecho.

En el silencio rechinaban sus dientes como la lima sobre el hierro.

## El gallo que volvió de las trincheras



**B**

UENO; ¡se acabó! No llore más, se lo ruego; séquese esos ojitos... — Y al decir esto, el joven con su mano nervuda y recia, como una garra o como un corvejón de fiera, acaricia amorosamente aquella otra mano que se abandona

temblorosa y tibia.

Es bella y varonil su traza. Tiene los pectorales anchos como un "mirmillón" de Galia, los ojos vivos e inquietos y un costurón le atraviesa la cara desde un arco superciliar a la barbilla, como eterno "remember", de un pasado de luchas y de violencias...

Ella le mira un instante, con sus pupilas azules cargadas de manso reproche y, después, se pone a borrar cuidadosamente las huellas de su llanto, haciendo una bolita con el pañuelo y aplicándola a sus ojos...

La presencia de su madre y de sus hermanas, que disentan en alta voz, allí, muy cerca, la llena de inquietud y de zozobra. Es la menor de toda una larga familia de mujeres varoniles y resueltas y de hombres atontados e incapaces, y no quisiera por nada del mundo que llegasen a enterarse de su debilidad y cobardía: Aquel hombre hace de ella lo que quiere...

En su familia, los varones se mostraron muy poquita cosa... Su papá fué un buen señor que se pasó toda la vida gritándole a su esposa, que no debía "ponerse los pantalones", pero dejando, en la práctica, que se los pusiese...

De sus tres hermanos, uno, murió "heroicamente", a los 18 años, asesinado por un borracho en una francachela de suburbio, y los otros dos, más jóvenes, jamás sirvieron tampoco, como no fuera para divertirse tonta y primitivamente y saquear la pobre casa en beneficio de los extraños...

¿Los cuñados? Otro tanto. Vivieron vegetando en sus empleos subalternos hasta la mayoría de edad y después de casarse continuaron ovinamente por la misma senda.

A Pablo, el marido de Inés, no se le puede en justicia, exigir nada. Es un pobre enfermo que vino al matrimonio con la médula mala y va a remolque de su mujer, como fué hasta el día de la boda a remolque de su mamá y de sus hermanas. Su fuerte es el ajedrez y su debilidad la lotería.

El otro, Manuel el esposo de Mercedes, — distinguida educacionista — es el hombre de "las grandes iniciativas"; pero con una "guigne" tan atroz en su contra, que más de una vez se an-

contró revoloteando como un pajarillo aturdido a las puertas de la cárcel. Al presente está ya casi entregado. Su mujer trabaja por los dos, mientras él, proyecta planes enormes haciendo "solitarios". Por otra parte, tiene cierta inclinación por el vino y le gustan las sirvientas. Uno y otro, como sus cuñados mismos y por iguales o diferentes razones, no pueden, ni pretenden tener autoridad sobre sus mujeres...

... Cuando la niña termina su "toilette", torna a mirar al joven con sus ojos preñados de ensueño y de ternura, y le dice mimosa: — ¡Malo!

El vuelve entonces a tomarle las manos y a colmárselas de caricias.

— ¡Malo? ¿Por qué malo?

Porque sí, porque siempre se ha de salir con la suya... El se echa a reír con su gran risa. Sus blancos dientes, brillan a la luz de la araña, como los dientes de un lobo joven.

Se lo comería a besos, si no estuviese allí esa estúpida gente, que discute a gritos airados sobre todos los temas.

— ¿Y se ríe ahora?...

— No, mi vida, ¡por Dios! ¡Es que me siento dichoso al verla tan buena y tan mujer y tan digna de que uno se haga matar a puñaladas por usted!

— Y, sin embargo, me hace llorar...

— Yo no lo hago a propósito mi reina, ¡ojalá pudiera evitarte el menor disgusto! Usted sabe muy bien cuanto la quiero; usted sabe que yo sería capaz, si usted me lo pidiese, de hacer un felpudo de mi corazón para que mi reina se limpiase en él los zapatitos. Pero hay cosas con las cuales yo no puedo transigir. Yo creo, reina, que por más enamorado que un hombre esté de una mujer no debe perder nunca su dignidad... Usted me pide, por ejemplo, que le prometa que no he de saludar más a la señora de X, antigua amistad de mi familia, porque quizás usted está celosa de ella...

— ¡Yo no estoy celosa!

— Bueno; por lo que que sea, pero, yo, aunque me es muy

doloroso, no puedo complacerla...

—Porque no me quiere, porque no se le importa nada de mí.

—No, preciosa; porque si yo transigiera ahora, por esa pequeñez, acostumbraría mal a mi reina; bajaría un tramo en la doble escala de mi dignidad de hombre y de su estimación de mujer y volvería a transigir mañana, por no disgustarla, en cosas mucho más graves. ¿No ve usted que si yo, por temor a su enojo, admitiese hoy esa insignificante imposición, me pondría de hecho en camino de tener que admitir más tarde las más humillantes y peligrosas tiranías? Usted no, porque es una correctísima niña, pero, imagínese usted que se tratase de una mala mujer y de un tonto de capirote. La mujer diría: "No salude más a tal señora"... Y el tonto de capirote, por temor a su camarada... "Tráigame todo el dinero que hay en el Banco de la Nación" — ordenaría la misma mujer en otra oportunidad, y el tonto de capirote, domado desde el primer día, no tendría más remedio que traérselo. ¿Qué le parece?

—Me parece una exageración. Usted sabe muy bien que una mujer que quiera de veras, no es capaz de exigir cosa semejante.

—Convengo en ello, mi reina, pero piense que se puede querer de veras, siendo muy pícaro.

La niña tiene un mohín de impaciencia.

—¡Caramba! — exclama — yo no sé; pero lo cierto es que los demás hombres no son así...

—¿Cómo, preciosa?

—Así, como usted; todos son buenos...

—¿Más buenos que yo?

—Sí, sí; le juro que digo la verdad; que todos me resultan unos santos al lado suyo.

—¿Pero, de veras usted cree que yo soy malo?

—Sí, señor; ¡es el hombre más malo que he conocido!

—¡Ay, qué bueno! ¿Y por qué, mi reina, mi preciosa?

—¡Estese quieto! Porque me trata mal, sencillamente; porque no me quiere...

—¡Y dale!

—¡Pero si es cierto! Observe sino, como es Manuel con mi hermana, como es Enrique con Petrona, como son todos.

—¡Ah, mi vida!... esa es una cosa diferente... Yo convengo con usted en que Pablo, Manuel y Enrique, son muy buenos muchachos, pero no hagamos comparaciones... Ellos son de una madera y yo soy de otra muy distinta.

—¿No sé porqué!

—Porque yo soy "el gallo que volvió de las trincheras".

—¿Y qué quiere decir eso?

—¡Caramba! Un gallo... un gallo... ¿no sabe acaso lo que es un gallo?

—¿Qué gracioso!

—¿No le parece que yo pueda ser un gallo?

La niña ríe arreglándose los cabellos de color de miel virgen:

—¿Un gallo? ¡Un tigre, me parece! Un tigre feroz...

—¡Mala! Cuando me mueran le voy a parecer un ratoncito...

—¡Cállese! ¡No diga eso!... ¿Cómo era lo del gallo?

—¡Ah! es un cuento, es un cuento muy bonito y muy de actualidad...

—El gallo — dijo que volvió...

—...De las trincheras...

—¿Me lo va a contar?

—Si mi reina lo ordena...

—Su reina lo pide...

—Las reinas no pueden pedir; eso está en contra del protocolo...

—Bueno; empiece.

—¡Ah, así es otra cosa!... Había una vez... ¡no! Usted sabe, preciosa lo aficionado que soy a observar las costumbres de los animales, ¿verdad?

—Tiene un puma en su casa...

—Es cierto, preciosa, un puma y otros bichos más... porque, como le decía, siempre he tenido una gran simpatía por todos esos seres que, sintiendo más o menos como sentimos los humanos, se hallan, sin embargo, casi imposibilitados para expresar lo que sienten... Bueno; como usted sabe, tengo en mi quinta perros, caballos, ciervos, gallinas, garzas, avestruces, y hasta un ñacurutú, que me trajo Salvatierra de las costas del Uruguay...

—Un guanaco también, que capturó usted mismo en la Patagonia.

—Ciertísimo, ciertísimo; no sé cómo me había olvidado; pero que me perdone el guanaco la ingratitud en atención a lo numeroso de la familia. Bueno; en una palabra, tengo una serie de bichos de diferentes especies, que me entretienen constantemente con la curiosa exhibición de sus costumbres, de sus rarezas, de sus virtudes y de sus vicios. A veces me parece que aquello fuese un núcleo social humano y yo un jefe de policía. Pero, de todas las especies animales, que hay reunidas en mi zoológico, ninguna más interesante reina, que la especie de gallinas... ¡Oh, yo he sacado más provecho moral de esas simpáticas aves, que provecho pecuniario habrán sacado todos los criaderos del país reunidos! Créame, preciosa, no hay bichos más parecidos a los hombres que los gallos... Ellas son, ante todo, débiles, coquetas, utilitarias, exclusivistas, celosas y perversas y, después de todo, abnegadas y virtuosísimas madres de familia... Ellos son pretenciosos, ingenuos, egoístas, sensuales, aprovechadores, cobardes y viles; pero no puede negarse que son también, a veces, generosos, y nobles y valientes... Es que yo creo que la vida del gallinero, como la vida social de los grandes centros humanos, llega a alterar profundamente los rasgos morales que individualizan los sexos... La existencia muelle, la pítanza fácil, los placeres a mano, por un lado y por el otro, las escaseces y las aspiraciones y el estímulo, operan lo mismo en la sociedad que en el gallinero, fenómenos muy raros. A veces las gallinas se vuelven gallos y los gallos andan cloqueando... Usted me dirá, sin duda, que la culpa es de los gallos, pero yo le probaré que, aunque la culpa sea de ellos exclusivamente, la sabia y previsora naturaleza, tiene todavía — por lo menos en el gallinero — elementos lo suficientemente fuertes y sanos como para contener el desorden y hacer respetar sus inmutables leyes...

—No entiendo muy bien...

—Ya lo entenderá mejor más adelante... Escúcheme: Yo tenía el año pasado, entre los ejemplares de mi corral, una gallina catalana que era el crédito de mi gallinero por dócil, por hermosa, por buena ponedora, por excelente madre de familia. Jamás se dió el caso de que se le muriese, ni se le lastimase un solo pollito y eso que había tenido más de ciento y había en el corral unas gallinas inglesas muy bravas con los hijos ajenos. Pero ocurría mi reina, que aquella gran gallina tenía un defecto muy grave; seguramente porque era tan capaz y tan buena madre y tan señora o quizás porque estaba viendo todos los días cuán tontos y cuán inútiles y cuán infelices eran todos los caballeros de roja garzota que se pavoneaban en el gallinero, la cuestión era que había concluido por despreciarlos en tal forma, que a una amable galantería de aquellos, respondía invariablemente con un picotazo. Y la gallina tenía razón. Al fin y al cabo, no se necesitaban muchas luces para penetrarse del convencimiento, de que unos señores, que no ponían huevos, que no "sacaban" pollos, que no peleaban siquiera como los gallos de antes, porque la cocinera había dictado leyes a propósito, para que no pelearan sino con la garganta; que esos señores que no realizaban más trabajo que el de molestar a las damas y esperar las comidas cantando impertinencias, eran unos perfectísimos inútiles. ¿Qué podía esperar de ellos la gallina catalana, aquella gallina, superior aquella super-gallina? ¡Nada, sin duda! Alguna grosería... En el mismo corral y entre los pollos más oscuros y más infelices, figuraba uno muy raro, muy extraño, casi ridículo. Tenía el plumaje de color chocolate, las patas amarillas y el cuerpo alargado como el de un pájaro. Además estaba muy flaco y era probablemente, a esa mísera flacura, a la que debía el haber escapado de la olla... Cierta día lo vió un "compadrito" de la vecindad, hombre entendido en achaques de gallos y de riñas, quien, descubriendo, quizá, en él, con su ojo experto maravillosas promesas deportivas, me lo pidió en préstamo con gran encarecimiento. Se lo presté con la misma indiferencia con que se lo hubiera regalado para que se lo comiese si el avechuelo hubiese tenido trazas de comible, y el "compadrito", al marcharse con el pollo debajo del brazo y feliz como si aquel pajaraco hubiese sido la llave de la fortuna, me dijo riendo: — "No lo sienta; me lo llevo a las trincheras, pa enseñarlo, a ser hombre!" — Yo no sé cuánto tiempo duraría, preciosa, la ausencia de mi gallo; pero puedo asegurarle que fué de meses y que el corral no cambió, ni en costumbres, ni en aspecto con su falta.

# R e f l e x i o n e s

**E** L bienestar en que se vive no alcanza nunca a eliminar una cruel incertidumbre; cual la de esperar a cada instante una mala noticia, o temer que una desgracia, inherente a nuestra humana condición, llegue a ocurrirle a alguno de los que encarnan nuestro cariño.

**P** ARA creer en la sinceridad del aplauso público, es menester saber aceptar primero la severidad de la censura.

**P** ARA tener derecho de exigir una recompensa, es menester poner en evidencia la justicia de aquella exigencia.

**S** I no nos es posible prolongar la existencia para seguir siendo justos y útiles a los demás, hagamos, por lo menos, lo posible, por dejar realizadas algunas obras que no permitan olvidar que hemos vivido.

**U** NA reputación sin tachas encuentra su elogio hasta en la maledicencia de sus propios enemigos.

**L** AS obras hijas de la inteligencia son las únicas que ni el tiempo mismo puede destruir.  
Solamente las obras del espíritu son de perpetua propiedad.

**L** OS políticos subalternos se consideran más halagados por la aprobación de su jefe a sus ataques al adversario, que por los servicios que se le prestan.

**S** OBRE el testimonio ensordecedor de la popularidad, prima siempre el íntimo testimonio de la conciencia.

**L** A perversidad humana llega hasta a considerar inútiles las acciones ajenas que no puede criticar; por eso conviene dejar que otros hablen de nuestros actos plausibles, y no mencionarlos nosotros mismos, para eludir la inmediata oposición.

**T** ODO servicio prestado deja de ser tal desde el momento en que se solicita una retribución; por eso conviene aparentar que se cede la atención misma y que no se la presta, aún en los casos de mayor futilidad, para no perder el derecho de exigir que nos dejen tranquilos.

**E** S fácil deducir los méritos de un hombre joven, cuando se conoce el cariño que los ancianos le profesan.

**P** ARA el hombre virtuoso no hay testimonio más elocuente que el de la propia conciencia, ni mayor recompensa de sus acciones, que la aprobación que, por ellas, le otorguen las personas que le estiman.

**L** A virtud con los ojos vendados sosteniendo la balanza, adoptado como símbolo de la justicia, ya podría ser reemplazada por las efigies de Diómedes y Glauco, cambiando, o trocando sus armas: oro por hierro y hierro por oro.

**L** AS acciones privadas deben ejecutarse de la misma manera que las acciones públicas: como si fueran destinadas al juicio universal. Así como para escribir acertadamente un libro es menester pensar previamente quienes habrán de leerlo.

**P** ARA tener confianza en un magistrado debéis informaros, antes que de sus condiciones intelectuales, del medio social en que ha nacido y criado porque las virtudes morales son como las flores dobles: el resultado de muchas selecciones hechas por el jardinero.

**E** L ejemplo de la severidad es contagioso, tanto en la vida privada como en la vida pública.

**E** L político que se encuentra en deslealtad o felonía no podrá nunca invocar el patriotismo como móvil de sus acciones.  
Con espíritu de tiburón no ambicionará más que su provecho personal, mofándose de los grandes ideales que caracterizan a los hombres eminentes.

**S** I los antepasados han marchado en la vida por el buen camino, nada será más hermoso para el descendiente, que seguir pacientemente sus huellas.

**L** AS acciones deshonestas deben ser evitadas, no porque estén prohibidas, sino porque son vergonzosas.

**L** O que realmente nos hace buenos en la vida, es el temor de perder lo que verdaderamente amamos.

B E N J A M I N      S O L A R I      P A R R A V I C I N I

## EL PADRE Y LA HIJA



**D**UERME en todos los rincones. Bajo de estatura, pero macizo de carnes, es más bien informe que corpulento. Las manos, del largo remar, hinchadas y callosas, han perdido el juego esbelto y fino de los dedos: son dos enormes palas que, hundidas en el agua con bravura, podrían hacer andar o detener un barco. La cabeza desaparece bajo la abundancia viciosa de cabellos grises, y en la cara y en el cuello sólo queda sitio para los ojos, con el matorral de la barba y el áspero erizarse de cejas y pestañas. Viste siempre zamarra y pantalón de paño obscuro, y si va medio dormido por la plaza o se sienta a orillas del mar, junto a un peñasco, lo tomaríais por otro peñasco, con restos de vegetación, y de bestezuelas brillantes — los dos ojos — en la cima.

Por lo demás, el viejo duerme siempre.

Hay maliciosos del pueblo que le tienen por incapaz de sentimiento y encanecido en un vivir su alma. No hagáis caso.

En la casita obscura y silenciosa del enorme viejo hay un cuartito cuyas ventanas no se abren nunca por completo. Y hay en las ventanas macetas con plantas verdes, que se van secando. Como el cuarto queda siempre a oscuras, el viejo se encuentra bien allí, porque deja caer su mole en un rincón y cierra los ojos. En el otro rincón hay una cama, donde la hija del durmiente misterioso hace seis meses que agoniza. Era esbelta, era blanca, era alegre y parlatera. Saltaba, cuando niña, por las rodillas de su padre, como una gaviota por las crestas de una peña. Comentó el universo con la perenne sentencia de una sonrisa interminable y necesitó una agonía de medio año para apartarse de la vida. Era justamente cuando más ufana estaba y, como planta de almendro que florece, comenzaban a dar fruto en sus mejillas las caricias de las cosas.

Durante el largo tránsito de aquella enfermedad horrible no aceptó el viejo consuelo de vecinas, ni se detuvo a dar detalles en los soportales de la plaza, ni habló de malas noches pasadas de claro en claro, ni gimió, ni se hizo aspavientos, ni dejó de salir con su barca, mar adentro, como tenía por costumbre.

Al revés. Menudeaban sus visitas al mar, y hubo noche en que desató dos veces las amarras de su bote. Las gentes achacaban a codicia por la pesca aquel pujar constante del enorme viejo, y las más bondadosas le disculpaban, comprendiendo y explicando la codicia por los gastos de la larga enfermedad....

Pero el viejo iba haciendo sus cosas mientras la Muerte hacía las suyas, y ambos se miraban y no se decían nada, ni decían nada a nadie...

Fué al amanecer. Abrióse de par en par la ventana. Una racha fría, de madrugada, entró violentamente por el espacio abierto, derribando una maceta, que hizo, al caer, un ruido temeroso. El aire quedó sonando en la hojarasca de los otros ties-

tos... La enferma acababa de expirar... El viejo, soñoliento como siempre, la fué vistiéndola con lentitud... La dejó en la cama bien tendida. Luego salió a la ventana y, colocando en ella el codo, hundió la mano en el matorral de la barba y se quedó mirando al mar. Sus ojos tenían un pequeño círculo sangriento...

Comenzaban a pasar gentes por la calle... El viejo llamó a una mujer, también entrada en años, que muchas veces, para que se franqueara con ella, le había dicho ser parienta suya...

Cuando la mujer entró en el cuarto viendo a la muerta, quiso besarla, lloriqueando. De un empujón vigoroso hundió el viejo a la mujer en una silla y salió del cuarto murmurando:

—¡No la toques!... ¡Acompáñala!

El viejo tenía su bote anclado en la playa, muy cerca de su casa. Andando perezosamente, con movimientos de oso, soltó las amarras y, entrando en el bote, empuñó los remos.

Y a medida que avanzaba, mar adentro, mientras el aire de la madrugada, iba sacando a la luz sus facciones gigantescas, en el rostro del viejo se iba haciendo una transformación maravillosa. Los ojos, que siempre miraban más allá de las cosas, descansaban ahora en el agua, que no se acaba nunca. Las manos, inexpresivas y muertas, adquirían valor y calidad, unidas a los remos sin esfuerzo. Las piernas, cortas y abultadas, desaparecían en las entrañas oscuras de la barca. Y el sol naciente daba un relieve de oro al busto enorme del viejo, que se mantenía sobre el mar como el torso valiente de un Neptuno.

Más: los labios del viejo, tan callados entre las gentes del pueblo, no dejaban ahora de moverse, en un monólogo interminable. Más: de sus ojos, sangrientos y llenos de angustia, corrían, largos y serenos, dos hilos de lágrimas gruesas y ardientes, que el viejo no trataba siquiera de enjugar en aquellas divinas soledades.

En un rincón de la barca enorme había un asiento, aderezado y pulido con una bayeta blanca y dos almohadas; besó el viejo todo aquello, y, abandonando los remos, puso los dos brazos cruzados en uno de los costados del bote, hundió en aquella sima su cabeza y dejó caer sus lágrimas en el agua... El marinero contaba su dolor al mar, seguro de que no cabía en otra parte...

Volviendo del entierro de la jovenzuela, hablaban dos mujeres del efecto que había causado al viejo la muerte de su hija:

—La ha sentido poco...

—Estaba cansado de la enfermedad, tan larga.

—Apenas había expirado la pobre se marchó a pesear, dejándola abandonada...

—Si no soy yo, no la acompaña nadie...

—Pero ¿no lo veis? Ahora no se mueve nunca del mar, que es lo que el quería...

Y el mar, amigo del viejo, gemía en el fondo dolorosamente.

E D U A R D O

M A R Q U I N A



## Con una...!

Una sola Pastilla Iodeina Montagú es suficiente para suprimir el cosquilleo molesto y evitar un ataque de

# TOS

Para la garganta y los bronquios delicados nada es mejor que las Pastillas Iodeina Montagú

La Iodeina descongestiona los bronquios, regulariza la respiración, suprime el cosquilleo que incita a toser y facilita la expectoración (agotándola luego).

En su casa tome Jarabe Iodeina.

En todas farmacias y en la

# Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

# Poemas inéditos de Oscar Wilde

## La imagen del Placer

UNA tarde, el deseo vino a su alma, de modelar una imagen de "El placer que sólo dura un momento". Y se fué por el mundo a buscar bronce. Porque sólo en bronce podía pensar.

Pero todo el bronce del mundo entero había desaparecido; y en ninguna parte, en el mundo entero, podía encontrarse ningún bronce sino el de la imagen de "El dolor que dura siempre".

Esta imagen la había él mismo modelado, con sus propias manos, y colocado sobre la tumba de la sola cosa que había amado en su vida. Sobre la tumba de la cosa muerta que él había amado mas, había colocado esta imagen formada por él, para que ella fuese un signo del amor del hombre, que no muere, y un símbolo del dolor del hombre, que dura para siempre. Y en el mundo entero no había otro bronce, sino el bronce de esta imagen.

Y tomó la imagen que había formado, y la puso en un gran horno, y la entregó a las llamas.

Y del bronce de la imagen de "El dolor que dura siempre", hizo una imagen de "El placer que sólo dura un momento".

## Parábola

ERA de noche, y El estaba solo. Y vió a lo lejos las murallas de una ciudad circular y caminó hacia la ciudad.

Y cuando estuvo cerca, oyó en la ciudad el ruido de los pies de la alegría y la risa de la boca del placer, y el son ruidoso de muchos laúdes.

Llamó a la puerta, y ciertos guardianes le abrieron. Y vió una casa que era de mármol, y tenía en la fachada hermosos pilares de mármol. En los pilares había guirnaldas suspendidas y, dentro y fuera, ardían antorchas de cedro. Y El entró en la casa.

Y cuando hubo atravesado la sala de calcedonia, y la sala de jaspe, y entró en la larga sala del festín, El, vió tendido sobre un lecho, teñido de púrpura marina, a un hombre cuyos cabellos eran coronados de rosas, y cuyos labios estaban rojos de vino. Y El se acercó al

hombre, y tocándole en el hombro, le dijo:

"¿Por qué vivís así?"

Y el joven se volvió y, reconociéndolo, le contestó y dijo:

"En otro tiempo yo era un leproso, y vos me habéis curado. ¿Cómo vivir de otro modo?"

Y El salió de la casa y se encontró de nuevo en la calle.

Y pocos instantes después vió a una mujer cuyo rostro y vestidos estaban pintados y los pies los tenía calzados de perlas. Y detrás de ella iba, con pasos lentos, como un cazador, un joven que llevaba una capa bicolor.

La cara de la mujer era semejante al hermoso rostro de un ídolo, y los ojos del joven centelleaban de deseo.

Y el siguió, con paso rápido y tocó la mano del joven, y le dijo:

"¿Por qué miráis así a esta mujer?"

Y el joven se volvió y, reconociéndolo, dijo:

"Antes era yo ciego, y vos me habéis dado la vista. ¿Qué podré mirar mejor?"

Y El siguió adelante y tocó el vestido pintado de la mujer, y le dijo:

"¿No hay otro camino por donde tú vayas sino el del pecado?"

Y la mujer se volvió y, reconociéndolo, dijo:

"Vos me habéis perdonado mis pecados, y este camino es deleitable".

Y El salió de la ciudad.

Y cuando estuvo fuera de la ciudad vió sentado, al final del camino, a un joven que lloraba.

Fué hacia él y tocó los largos bucles de su cabellera, y le dijo:

"¿Por qué lloráis?"

Y el joven levantó los ojos, y lo reconoció y dijo:

"Yo estaba muerto, y vos me habéis resucitado de entre los muertos. ¿Qué puedo hacer sino llorar?"

## El espejo

CUANDO Narciso murió, el estanque de su placer se trocó, de una copa de lágrimas saladas, y las Oreadas llegaron llorando, a través de los bosques, para decirle cancio-

nes al estanque y consolarlo.

Y cuando ellas vieron que el estanque se había convertido, de una copa de agua dulce en una copa de lágrimas saladas, deshicieron las trenzas verdes de sus cabelleras, y clamaron al estanque, diciendo:

"No nos sorprende que lloréis así a Narciso: ¡era tan bello!"

"¿Era bello Narciso?" — dijo el estanque.

"¿Quién puede saberlo mejor que vos?" — respondieron las Oreadas. Junto a nosotras pasaba sin detenerse, pero a vos os buscaba; a vuestra orilla se tendía, bajaba sus ojos hacia vos, y en el espejo de vuestra onda miraba su hermosura."

Y el estanque respondió:

"Pero yo amaba a Narciso, porque cuando se tendía en mi orilla y bajaba los ojos hacia mí, en el espejo de sus ojos veía yo el reflejo de mi hermosura".

## Otra parábola

Y cuando las tinieblas vinieron sobre la tierra, José de Arimatea, encendiendo una antorcha de pino, bajó de la colina al valle, camino de su casa.

Y, arrodillado sobre los duros guijos del Valle de la Desolación, vió a un joven que estaba desnudo y que lloraba. Era su cabello de color de la miel, y era su cuerpo como una flor blanca; pero tenía el cuerpo herido de espinas, y coronada de cenizas la cabellera.

Y el que poseía grandes bienes, dijo al mancebo, que estaba desnudo:

"No me asombra que vuestro dolor sea tan grande, porque, ciertamente, era un justo."

Respondió el joven:

"No lloro por él, sino por mí. Yo también he trocado el agua en vino, y he curado al leproso, y he vuelto la vista al ciego. Anduve sobre las aguas, y arrojé los demonios de los que habitan en las tumbas; alimenté a los hambrientos en el desierto donde no había comida, e hice levantar a los muertos de sus casas estrechas; y, a una orden mía, ante una gran multitud, se secó una higuera estéril. Todas las cosas que ese hombre ha hecho, las hice yo también, y, sin embargo, no me han crucificado".

## La condesita, el jardinero y la gatita



**L**a hermosa y gentil condesita estaba triste, profunda y poéticamente triste. No eran sus nervios ni sus jaquecas intermitentes, no era un disgusto con el novio ni un chisme referido y mal digerido, no. La causa eran más caros y delicados sentimientos femeninos y aristocráticos. Ester Lina o "Esterlina", su magnífica y mimosa gatita de Angora, estaba en "punto de muerte".

Se lo había dicho el veterinario, que también era doctor, en su séptima visita, después de una prolija y cariñosa auscultación y palpación de la "paciente". Sólo la "naturaleza" podía hacer un milagro (no podía hablarse de Dios en este caso, sin irreverencia). Y la rubia había sentido las lágrimas "perlarle" los ojos magníficos y soñadores.

El doctor "a gatas" había explicado que la hipertrofia cardíaca producía una asistolia rápida y que los tónicos y las inyecciones podían aplazar por pocas horas el funesto desenlace. La respiración estertórea de la enfermita yacente sobre un verdadero colchón de plumas forrado de raso, parecía confirmar elocuente el fúnebre diagnóstico y sus ojos azules y fosforescentes iban perdiendo poco a poco su fulgor, clavándose ansiosos en los ojos nublados de la condesa.

—¡Pobrecita, cariño amor... — musitaba entre sollozos la rubia patronecita, no desdeñando acariciar con sus labios ardientes el frío hociquillo de su protegida, y cuando la pobre enferma abrió la boca en un bostezo descomunal y quedó rígida de un síncope que era desgraciadamente "el desenlace", la condesita sintió que le faltaban las fuerzas y abandonándose en un sillón se puso a llorar amargamente.

Allí estuvo después largo tiempo como abrumada por su desventura la cabeza triunfal reclinada sobre el respaldo, los ojos cerrados, los brazos caídos, mientras el ritmo desigual que agitaba su seno floreciente revelaba la profunda angustia de su alma.

Y todo esto probaba — es verdad — la exquisita delicadeza de su corazón.

Y los mortales despojos de "Esterlina" tuvieron honorable sepultura. La condesita, que había viajado mucho y sabía de mausoleos de gatos y perros, no quiso abandonarlos al estereolero. Entregaría el

cuerpo de su querida gatita al cantero más poético de su jardín y sobre la tierra húmeda y generosa haría sembrar las flores del pensamiento. Y así se hizo. El cuerpo de la gentil "Esterlina" fué depositado con todo cariño en su colchón de tierra por el jardinero emocionado, que sobre los piadosos terrones que le servían de sudario, sembró por mandato de la rubia condesita los pensamientos del recuerdo...

¡Con qué delicada y temblorosa mano la condesita cortó por sí misma las primeras flores! ¡Y con qué desgarrador y sentimental gesto las fijó sobre el seno palpitante! Decididamente se trataba de un alma superior...

El jardinero, conteniendo apenas las lágrimas, subyugado por tanta nobleza, rozó con su tosea mano el brazo aristocrático de la condesita, como en un deseo vehemente y sincero de transmitirle su humana simpatía por todo lo que había visto hacer. Pero la condesita se irguió como si la hubiera tocado un reptil y fulminó con la mirada al culpable de lesa majestad.

—¡Cómo se atreve, desgraciado? — le increpó con voz atiplada por la cólera. — ¡Mándese mudar inmediatamente!...

—¡No! ¡No y no! — gritó enfurecida ante las excusas y conatos de explicación del pobre-prójimo, y quedó con el índice tendido e inexorable.

Y mientras el confuso jardinero se alejaba corrido como un perro sarnoso bajo la tormenta de invierno, la rubia condesita — ya olvidada del incidente — sentía florecer en su corazón henchido de ternura por la pobre gatita, la primavera del recuerdo...



# Tanagra y sus estatuas

**E**N el siglo IV antes de nuestra Era, había en la Beocia una linda ciudad, situada en una escarpada altura, una ciudad blanca y alegre, rodeada de colinas, que cubrían de follaje los pinos y los lentiseos, formada por casitas elegantemente decoradas, y por templos lujosos que sobresaliendo por encima de sus murallas, dominaban toda la llanura tebana. Esta ciudad era Tanagra. De ella no quedan hoy más que algunas pobres ruinas de los templos, del teatro y de la necrópolis, a una distancia de tres kilómetros próximamente de la moderna aldea de Liatani. Tanagra fué famosa en el mundo antiguo por su vino y por su aceite. Fué célebre también por sus riñas de gallos, y lo fué, en fin, por la poética Corina, condiscípula rival y consejera de Píndaro, a quien derrotó en cinco concursos en los juegos públicos de Grecia; Corina, que cantó en dialecto cólico el escudo de la belicosa Minerva, y a quien sus compatriotas elevaron, a su muerte, un suntuoso mausoleo. Pero lo que más fama dió a Tanagra, fueron sus mujeres, consideradas en aquellos tiempos como el prototipo de la elegancia y la distinción femeninas, cual en nuestros días lo son las parisienas.

Tanagra estaba orgullosa de sus mujeres; lo estaba hasta tal extremo, que en los templos de sus dioses y en los altares domésticos de sus lares, la ofrenda más frecuente era una figurilla de mujer, de barro cocido, y en las fiestas conagradas a los muertos, con las mismas figurillas adornábanse las tumbas de los seres queridos.

Gracias a esta feminización de la religiosidad tanagrina, desarrollóse en la linda ciudad beocia un arte particular, el de las figuras de barro, po-

liomas, llamadas por antonomasia "de Tanagra", muchas de las cuales, encontradas en las diez mil tumbas de la vieja necrópolis, han llegado hasta nosotros y enriquecen hoy los museos de París, de Berlín y de Londres y las colecciones de muchos aficionados. Son estatuillas llenas de ligereza y de gracia, representación fidelísima del mundo femenino de la antigua Grecia, que en fin de cuentas es el de todos los paí-

ses y el de todos los tiempos, sólo que vestido a la griega. Unas veces representan figuras aisladas que pasean arrastrando la cola de su bien plegado "chiton", volviendo con coquetería la cabeza, gallardamente envueltas en el "himation", como se envuelve una ebullapa en el mantón de Manila; otras son grupos animados, dos amigas que marchan medio abrazadas, que danzan o que se entregan a juegos de los que todavía quedan recuerdos entre nosotros, o bien una joven escuchando ruborosa los amorosos susurros de un pequeño Eros, que revolotea junto a su oído. Hay también tañedoras de cítara y de lira, muchachas cogiendo flores y deliciosas figulinas de cortesanas, tocadas con un sombrerillo ligero, coqueteando con el abanico en forma de hoja de loto.

Desgraciadamente, el tiempo ha borrado los colores de la mayor parte de las figuras de Tanagra que hoy se conservan; pero las pocas en que aun es posible discernirlos, nos enseñan cuales eran las modas entre las lindas tanagrinas; el manto o "himation" blanco, excepto para las cortesanas, que lo usaban rosa, con una franja amarilla, negra o púrpura, y la túnica generalmente azul, encarnada o rosa, aunque a veces lila, verde manzana, amarilla y aun negra. Colores todos que, bajo el sol de Grecia, debían parecer un canto cromático a la alegría y a la vida.

Otra antigua ciudad griega, Mirina, situada entre Pérgamo y Esmirna, produjo también estatuillas semejantes a las de Tanagra, y, al parecer imitadas de éstas.

Pero entre la estatuaria en pequeño de una y otras ciudades, hay notables diferencias. Tanagra apenas hizo alguna que otra figura masculina, fuera de los pequeños Eros, en tanto

que entre las figurillas de Mirina son tan frecuentes las de hombres como las de mujeres; las tanagrinas son por lo general graciosas, en su estilo, recatadas en su actitud, y las mirinenses se caracterizan por una sensualidad alarmante, a veces hasta grosera, que nada tiene que envidiar a la de los famosos frescos pompeyanos. Sea por esto, sea por su mayor originalidad, los inteligentes prefieren siempre las estatuillas de Tanagra.

Entre estos inteligentes descolló hace años muy principalmente el duque de Anmale, aquel militar francés que era a la vez un gran literato y un verdadero artista.

Por cierto que, ya en sus últimos días, sacaba el viejo soldado, de su vitrina, con toda la delicadeza que le permitían sus manos una de estas frágiles muñequitas de barro, y admirando interiormente la gracia y el encanto de la figulina, exclamó inconscientemente: "¡Cuanto arte, encierran las estatuas de Tanagra!"

Al oír lo cual, una joven allí presente, no menos linda que las famosas tanagrinas, preguntó no sin vacilar un poco: "¿Tanagra? ¿Ha expuesto ese artista en el último Salón..."

La estatuilla estuvo a punto de hacerse pedazos entre los dedos del príncipe, y fué, toda confundida, a ocupar de nuevo su puesto en la vitrina.

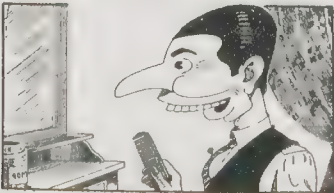
Por donde verán nuestros lectores que no está nunca de más saber lo que fué Tanagra y lo que son sus célebres figurillas de barro cocido, resto de un arte ha largo tiempo perdido.

**GRATIS**

Solicite un paquete muestra de VISTINA, enviando el cupón que va al pie



**AGUA Y VISTINA**



**EN UN MINUTO!**

Se prepara con Agua y Vistina la mejor goma fijadora del cabello. — Pida Vistina en las farmacias a \$ 0.70 el paquete.

Envíe este cupón adjuntando 10 ctvs. en estampillas (para franqueo) a M. Vistarini, Colombres 262. Bs. Aires y recibirá una muestra de Vistina.

Nombre .....

Domicilio .....

Ciudad ..... P. M.

El Té  
de la aristocracia  
**MELROSE TEA**

*Galleria Artistica*





# U n a      L á g r i m a



Una aurora de junio. Un cerrillo mezquino.  
seco, árido y desnudo, orillas de un camino.

Tierra ingrata en que el brezo madura a duras penas,  
bebiendo sol, comiendo polvo, chipando arenas.

Sobre la hoja hostil de una silvestre higuera,  
mendiga, a esperar agua nacida en la ladera,

la aurora ha desprendido, compasiva y divina,  
una lágrima etérea, enorme y cristalina.

Tan ideal y tan limpia lágrima aquella,  
que era, de cerca, un ópalo, de lejos una estrella.

Pasa un rey, con su noble cohorte en seguimiento;  
yelmos, lanzas, clarines, treinta enseñas al viento.

"En mi diadema, dice, parándose a mirar,  
hay záfiro sin cuento y diamantes sin par;

"rubíes orientales, sangrientos y dorados,  
como besos de amor que arden, cristalizados.

"Hay perlas que son gotas de la amargura inmensa  
que derrama la luna y que la mar condensa;

"pues mis brillantes, perlas y rubíes de Ofir,  
yo te los doy, y ven ¡oh! lágrima! a lucir

"en mi corona augusta, olímpica y suprema,  
viendo el orbe a tus pies, desde tu diadema".

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,  
oyó, miró, tembló; se quedó silenciosa.

Acorazado en hierros, épico y deslumbrante,  
pasa, sobre su potro, un caballero andante.

Y dice así, mirando la lágrima irisada:

"¡Ven, por Cristo, a brillar en la cruz de mi espada!

"¡Te haré reverberar de victoria en victoria,  
por Tierra Santa, al Sol de la Fé y de la Gloria!

"¡Y a mi vuelta, la amada de mis noches, el astro,  
te colgará en su cuello de rosa y de alabastro!

"Y alumbrarás así, con tu dulce esplendor,  
los combates del héroe, los sueños del amor".

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,  
oyó, miró, tembló... se quedó silenciosa.

Montado en una mula parda, haciendo camino,  
pasa un viejo judío, avariento y mezquino.

Detrás de él, otras mulas le llevan su tesoro,  
grandes arcas de cedro, los vientres llenos de oro.

Y el viejeco andrajoso, la figura pequeña,  
la cabezuela calva, la nariz aguileña,

viendo la estrella, exclama: — "¡Valme Dios, cómo brilla!  
¡No vi, en todos mis días, tan grande maravilla!

"Con mis montones de oro podríanse comprar  
los tronos de los reyes, los navíos del mar.

"¡Más, por este diamante espléndido, trocara  
todos mis montes de oro mi vieja mano avara!"

Y la lágrima etérea, celeste y luminosa,  
oyó, miró, tembló... se quedó silenciosa.

Entonces a sus pies mismos, un cardo agreste  
dijo así, contemplando la lágrima celeste:

"La tierra, en que la rosa y la azucena medra,  
para mí tuvo siempre un corazón de piedra.

"Si a quejarme, alzo al cielo, mis aristas, acaso,  
me manda el cielo, en paga, el fuego en que me abraso.

Nunca, a mi lado, alegres tropas enamoradas  
cantando, desfilaron en noches estrelladas...

"Las aves pasan altas, lejos se va el amor;  
porque ¡ay! nunca dí sombra y nunca tuve flor.

"¡Oh lágrima de Dios, astro, perla, luz, gema,  
cae en la aridez de esta desolación suprema!..."

Y la lágrima etérea, celeste, luminosa,  
tembló, tembló, tembló... y cayó silenciosa.

Y algún tiempo después, el cardo consumido,  
reverdecido, daba un capullo encendido,

de un ojo macecrado, y dorado y deshecho,  
como las llagas que tiene Cristo en el pecho.

Y al cáliz virginal de aquella flor bermeja,  
iba a buscar, zumbando, miel dorada una abeja...

# G U E R R A      J U N Q U E I R O

## T R I P T I C O



## Scerzo



Es un raro equilibrio de hermosura y talento;  
dualidad prodigiosa, ¡tan difícil de ver!  
sólo en ella se cumple tan extraño portento:  
tiene encantos de diosa, corazón de mujer.

No es posible mirarla sin sentir al momento  
su atracción seductora, su invencible poder;  
el ingenio, la gracia, la dulzura, el contento,  
el jardín de virtudes que florece en su ser.

Tiene suaves contornos; su hermosura no ciega;  
es un vaso de Sévres, es un ánfora griega,  
es la línea armoniosa de gentil pedestal;

Cincelada columna que corona su frente  
donde su alma refulge maravillosamente,  
como fuego sagrado, como nimbo inmortal!

## Fuerto cerrado

Sus labios son pecados. Palpitan en deseo  
de un ósculo infinito, narcótico, letal...  
Producen en el alma vivísimo escarceo  
y encienden, voluptuosos, la lámpara sensual.

Invitan a la gloria de un cálido himeneo;  
dan sed y tienen grato frescor de manantial;  
sonríen y parecen un mágico trofeo  
que incita a conquistarlo para ser inmortal.

Hechizo torturante, manjar que no se alcanza;  
es vano todo esfuerzo, trivial toda esperanza,  
pues nadie podrá nunca lograr su posesión:

Alerta están los ojos, hieráticos guardianes  
que con sus flechas de oro castigan los desmanes  
quemando los ensueños y helando el corazón!

## Laurel

Son dos ojos azules; dos láminas de acero;  
dos limpidas turquesas de vívido fulgor;  
dos frías corrientes, diez grados bajo cero,  
que hielan los ardientes avances del Amor...

Quietud de agua dormida, remanso traicionero;  
parecen dos abismos; atraen y dan pavor;  
son vórtice, son niebla; parecen reverbero  
que ciega con su rauda, fatídico esplendor.

Pues bien; futuros siglos, humana muchedumbre:  
alzadme un monumento, la más enhiesta cumbre,  
el trono más excelso de la inmortalidad...

Sabed que mi denuedo, mi amor y mi constancia  
lograron que esos ojos depongan su arrogancia  
y alumbren mis ensueños con dulce claridad!

E m i l i o

M e n e n d e z

B a r r i o l a

## LA LAGUNA NEGRA

(Leyenda entrerriana)

P O R

ROBERTO G. PATERSON

**P**ROCURARE no insistir mucho acerca de la posibilidad de que las andróminas suprasensibles y otras papameninas más o menos socorridas que circulan como oro de ley entre las sencillas gentes campesinas, adquieren confirmación mediata o próxima. Ni aquí ni en ninguna otra región se deja de creer a pies juntillas en cuentos de duendes y aparecidos; cosa que será muy agradable oír con sonrisas de burla y escepticismo, pero que no deja de crecer entre los espíritus atrasados o rutinarios contribuyendo a derramar sombras de tonta superstición y de absurda milagrería. De la leyenda simbólica y representativa a la producida por la ingenuidad o ignorancia de hombres primitivos e incultos, hay todas las diferencias que el lector quiera establecer — y la que voy a referir tiene todo lo posible de lo último, aunque no me haya sido contada por gente incivilizada ni mucho menos.

Este proemio servirá de lavamanos al que escribe, el cual no es ni remotamente aficionado a consejas de ningún jaez, aunque se divierta "alicuando" oyendo murmurar, con los ojos dilatados y el labio balbuciente, historias (dicen) que recuerdan los comienzos de la civilización y los barboteos de la epopeya.

Quando me hablaron del misterioso e indescifrable alarido con el que a la caída del sol saludan las copas de los árboles centenarios el invisible personaje de la fábula, me propuse conocer el sitio en que la tradición colocaba el escenario del singular suceso. Viejos y jóvenes pretendieron disuadirme de tan arriesgada aventura y no poco trabajo me costó convencerlos de que no creyendo yo en lo mirífico y sobrenatural, no podía ocurrirme peregrinaje alguno, como no fuera besar el suelo o romperme las costillas de una caída del caballo.

En pleno campo, a más de treinta cuadras de la población donde residía, se destacaba el bosque que circundaba la laguna de marras, más larga que ancha, de aguas sombrías y turbias. Lamían sus orillas, exornadas con abundante vegetación, las ramas de los pinos impenetrables en las que pájaros de distintas especies y de vistosos plumajes lanzaban graznidos o entonaban endechas

quejumbrosas. Internándome con gran trabajo pude acercarme a uno de sus extremos y contemplar la corta extensión de las aguas inmóviles, en las que en sol penetraba difícilmente, tamizada por la fronda rumorosa en una vibración de espasmódico terror.

Por el abandono en que yacía, pude inferir que poco o nada andaba por allí el hombre — temeroso acaso de toparse con el fabuloso personaje que lo habitaba, — y cuando creí haber oteado lo suficiente para preparar el espíritu a la narración que se me prometiera, abandoné el agreste lugar llevando la impresión de un superior encanto y de una poesía honda y saludable. Es que la naturaleza parecía haber derramado allí a porfía las galas que más concurren a elevar el

alma sobre la aridez de los espectáculos en que abunda la vida de las ciudades, y nada satisface tanto los anhelos de la inteligencia como esos cuadros en que para nada interviene la mano del hombre, inferior siempre a lo que da hecho y acabado ese otro factor espontáneo y original del acaso.

Mientras permanecí suspendido ante el agua inquiriendo en vano la aclaración del misterio, pude oír rumores de distinta índole y procedencia; y ya fuesen pájaros de rara raza, o animales acuáticos para mí no conocidos, hubo momentos en que ya lamentos, ya carcajadas, me hicieron estremecer involuntariamente y pagar un forzado tributo a lo ignoto. La hora se prestaba para dar pábulo al terror—y acaso no hubiese podido moverme de allí

REUTER'S  
HEALING SOAP

REUTER'S  
HEALING SOAP

Jabón **REUTER**

Da juventud y belleza  
al cutis

# La agonía del tango



El bandoneón dió las 6, la hora del aperitivo. Inmediatamente, el violín y la viola comenzaron a afinar, a templar el guitarrista, como plagiando la "Danza macabra" de Saint Sacns. Un tango lento, un tango serpentino empezó a enrollar y desenrollar sus anillos me-

lódicos.

Pedro Vidal no había visto nunca aquella orquesta típica, cosa rara en un hombre tan experto. Los cuatro músicos iban vestidos de rojo, a manera de zingaros; el del bandoneón tenía perilla catalana con dos puntas; los otros tres estaban completamente rasurados y enormemente melenudos. Todos eran más feos que carátulas de tango, y tocaban metidos en un enorme caldero tiznado.

Tampoco conocía Vidal aquel cabaret extraño. En los muros de piedra oscura y viscosa había espejos verdes y decoraciones monstruosas. Del techo colgaban telas de araña enormes como redes, donde, iluminando el recinto, numerosos y grandes bichos de luz estaban prisioneros. Las mesitas tenían manteles enlutados y sobre las copas oscilaban penachos de fuego. Negrísimos, pequeñines y con rojizas libreas, los camareros adivinaban los gustos alcohólicos de cada cual.

Las parejas rompieron el baile. Parejas de esqueletos desiguales, muy blancos los más bajos, muy amarillos los más altos, parejas de esqueletos femeninos y varoniles. Las choquezuelas, los fémurs, las tibias, los húmeros entrechocaban llevando el compás; los esternones y las costillas, al frotarse, también obedecían al ritmo de aquella música lúgubre.

Era un tango sin piel, sin sangre sin formas, sin miradas, sin amor, sin odio; era la radiografía del tango; era el diagrama del tango.

Pedro Vidal se entusiasmó. Bebióse de un trago el whisky ardiente y al levantar la copa vió que sus dedos no tenían carne. Fué hacia la luna más próxima, contemplándose sin reconocerse: se parecía a todos los esqueletos, se parecía a la Muerte. Más no tuvo miedo. Al contrario; la sonrisa de sus labios descarnados, aquella sonrisa donde brillaban tres colmillos de oro, le puso alegre.

"¡Vamos a mover las tabas!" — dijo, — y salió al encuentro de un esqueletito vivaracho que en dirección de él venía.

— ¿Te quebrarás en las quebradas? — le preguntó.

— No tengo huesos de porcelana china, — le respondió el esqueletito.

— ¡Así me gustan las chinas!

— ¡Qué había sido compadre el esqueleto!

— Pichón de compadre, no más. Disculpá vieja.

— ¿Y de qué pagos?

— De junto la Chacarita. ¿Y vos?

— Nací en Tucumán, en una refinería de azúcar.

— ¿Y el apelativo?

— Me llaman Ro... osario

— ¡Qué fúnebre!

Y bailaron; bailaron muy bien, mejor que nadie, en silencio, gravemente como si tuviesen músculos elásticos y firmes. El esqueletito conocía a la perfección todas las figuras y Vidal era un maestro. Así, que ambos bailaban maquinalmente pudiendo mirarse y mirar en derredor sin perder detalle. Pedro reparó en que su compañera tenía pintados de rosa los pómulos y un lunar sobre la mandíbula inferior; la coquetería es más fuerte que la muerte. Después púsose a oír la música, un tango hecho con aires de todos los tangos, con melodías conocidas, un tango donde cada nota era un espectro. En el borde del caldero-tribuna veíase el nombre de la composición: "Tango macabro". Entonces conoció a los músicos. Era la orquesta típica Mandinga, dirigida por el Enemigo en persona, la orquesta donde figuraban además Mefistófeles, Belecubú y Luzbel.

— ¿Quién sos? — preguntó Vidal a su pareja, rompiendo el silencio.

— No me conocés — dijo el esqueleto dando una carcajada lúgubre.

— No.

— Eso: nunca me conociste. Fuí para vos un juguete, una muñeca. Me engañaste tan bien que no puedo odiarte. La muerte llegó antes que un aborrecimiento. Soy Rosalía.

Instantáneamente, el esqueletito se convirtió en un recuerdo vivo, es decir, hízose carne porque no hay recuerdo sin forma. Y entre los brazos de Vidal floreció una mujer. Rosalía. Rosa. Los mismos ojos, los mismos rizos, aquella garganta redonda y robusta, aquel perfume olvidado. Pero la mirada hería en las pupilas como el doble puñal de unas tijeras, los rizos convirtiéronse en serpientes y en la garganta se dibujaron todos los músculos y las arterias del odio. El suave abrazo del baile se convirtió en un rígido abrazo de muerte. Las costillas de Pedro crujían, aplastándose, ahogándose el corazón que había resucitado para morir como un pajarillo dentro de una jaula aplastada.

Despertóse atontado por el alcohol y la pesadilla. Todo despertar equivale a una resurrección.

Pedro Vidal es el tango en persona, el tango en figura humana, la estatua danzante del tango. Pocas veces se habrán empleado mejores materiales en una obra tan mediocre. Pedro Vidal tiene un rostro enérgico de noble y puro perfil, y una planta de atleta. Su espíritu fué creado para dominar un arte y ser esclavo de una vocación. Esa hipnótica simpatía que se traduce en amores femeniles, cariños amistosos y admiraciones públicas, fluye de su alma. Es bueno, bondadoso y alegre a pesar del vicio, a pesar de los contagios, a pesar del tango.

Sus padres, después de aumentar una fortuna heredada, vinieron a la metrópoli donde se distinguen entre la sociedad rica. Don Pedro peca más de aristócrata que de demócrata; la plebe le inspira lástima y piedad por sus males y sus enfermedades, que él trata de curar mediante una caridad aséptica. Honradote, dulcemente egoísta y de mediana inteligencia, es doctor y señor al mismo tiempo, cosa bastante difícil.

Doña Estaurófila, devota sin hipocresía, tampoco se distingue por su cariño a las costumbres plebeyas. Si con algunas muchedumbres transige, es con las de tierra adentro, con las muchedumbres puebleras, que bailan el pericón nacional y convierten el tango en una danza honestísima.

Ambos, pues, ningún mal ejemplo dieron a su hijo, al hijo querido, único esperado y mimado. Por el contrario, las aficiones de Pedrito son el tormento de los días presentes, el desengaño, su vergüenza piadosa. ¿Qué misterio psicológico encierra esta torcida predilección del heredero?

Pedro Vidal es una clase en persona, la estatua viviente de una clase. En estos grandes ríos crecidos, la espuma, el fango, los desechos y los microbios bajan revueltos entre sí y con el agua. Nadie sabe distinguir el lodo que mancha, del lodo fertilizador, la espuma limpia; nadie podrá separarlos si el filtro no sirvió.

Somos pueblo; de él venimos, en él caemos muchas veces y quizás a él vayamos. El agua de las inundaciones, la lava de los volcanes, las erupciones de los terremotos y las guerras nos transforman en pueblo. Y en medio de la calma, la plebe atrae uno a uno a sus desertores. Así, desde la manolesca duquesa de Alba — el ejemplo se impone porque está en boga — hasta Pedrito, hay numerosos seres que practican una democracia piñetosa y maleante.

El tango agoniza. Ya no es aquel baile mulato que llevaba en sus giros la ingenua y graciosa inspiración del arte africano. Después de revolver los bajos fondos, subió a la superficie, a las cumbres sociales y pasó el par. Fué un momento de imperialismo "parvenu", un triunfo inaudito; duró lo que duran los imperios. Fué una revolución canallesea y mansa, un Terror cosquilloso.

Ahora se ha hecho sabio, busca y rebusca originalidades, apeña a todos los medios para vivir, agoniza.

Pedro Vidal, el compositor, el ejecutante, el bailarín es uno

de los médicos de cabecera. Cree todavía en que el rítmico conductor de multitudes sanará.

Aquella misma tarde Pedro comunicó a sus camaradas que ya tenía completa lá idea perseguida.

Los tres compañeros de Vidal también formaban parte de la guardia vieja del tango. Entre los cuatro se habían constituido en orquesta típica, una orquesta que sólo tocaba en el interior de un departamento barato. Allí, la inspiración de Pedro era puesta en solfa, bajo la mirada pericial de Rosalía, la esqueleto de la pesadilla.

—Ya está la obra: una revista en un acto y tres cuadros.

La escena principal se me ocurrió anoche dormido. Luego he proyectado las dos otras.

—Vamos a ver —dijo el del bandoneón.

—Bueno; primer cuadro. Esta joven y yo aparecemos en escena, es decir, aparecen los dos cómicos encargados de representarnos. Rosa es la mejor bailarina de tango; tiene fama mundial, todos la admiran. Pedro es un músico pobre que ha escrito unos tangos los mejores de todos y los ha compuesto para enamorar a Rosa. En esos tangos andan mezclados muchos estilos criollos sin que nadie pueda decir que los robó. Durante toda la escena esas melodías, que forman una especie, sirven de romanza, de dúo amoroso, de terceto, etc., terminando en un baile general. Se llama: "El poder del tango", o cosa parecida; ya veremos.

El segundo cuadro es mi sueño de anoche. La escena queda a oscuras. Junto al proscenio aparece una orquesta típica vestida de diablos. Cuando empiezan a tocar salen bailando poco a poco parejas de esqueletos. Sonido de huesos. A intervalos, una luz hace visibles las cabezas. Se oye el canto de todos los bailarines. Luego, yo encuentro una pareja y me pongo a bailar. Hablando, hablando, resulta que la muchacha es Rosa. Me da bromas lúgubres; dice que está muerta y celosa, y, por fin, me abraza muy fuerte. Yo pido perdón y me ahogo. Ya le damos carácter a esta escenita que ha de ser breve. Puede llamarse "Tango macabro", "La agonía del tango", etc.

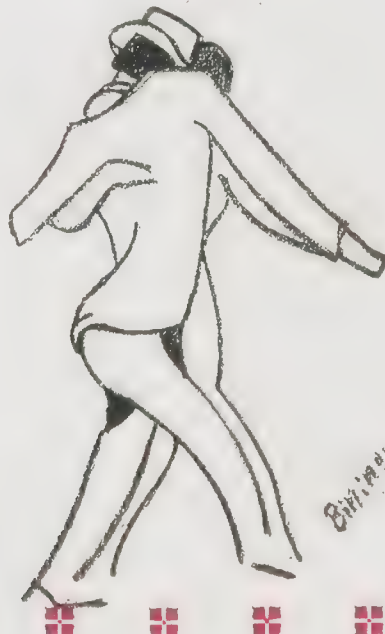
Tercer cuadro: Nadie ha muerto. Sin embargo, Rosita llevaba parte de razón porque yo estuve a punto de olvidarla por otra. Esa otra entra en escena y vuelve a soltarme la declaración número treinta y seis. Sale a su vez Rosita y tiene un dúo de celos con la tal. Después yo, que estoy enamorado terriblemente, así se lo juro sin resultado positivo. Un tipo, que está loco por la otra, viene instigado por ella y cuando levanta la daga para matarme, Rosita se interpone y resulta herida levemente. Final de amores. Ahora bien; en toda la obra no habría una palabra hablada; pura música. ¿Eso no es una trilogía?

—Me gusta — diagnosticó el del bandoneón.

—¿Cómo se llamará eso? — inquirió el guitarrista.

—No lo vas a escribir nunca — aseguró el de la viola.

—¿Es verdad que me querés? — dijo Rosita a Pedro mirándole tiernamente.



# POEMAS DE PRIMAVERA

## Las quintas

Las quintas, de florecer  
parece que no cesaran,  
que las hojas se alargaran  
profundas de amanecer.

La lluvia, lenta, imprecisa,  
lava del árbol la cara,  
en la que pinta, más clara,  
como una tierna sonrisa.

Bajo vientos perfumados  
vuélcase toda la quinta  
cual manchón de verde tinta  
sobre el papel de los prados.

En la mañana jovial,  
bajo un sol de oro y platino  
triunfa el rústico argentino,  
perfume primaveral.

Y en la tarde mortecina,  
que hondas tristezas resume,  
aun tiene grato perfume  
el manto de la neblina.

Y yo, gustando el amor  
de las flores y canciones,  
renuevo mis ilusiones  
bajo el duraznero en flor.

o—

## La golondrina

Como una anunciación  
de la feliz primavera,  
la golondrina viajera  
parlotea en el balcón.

Viene, aunque alegre, ligera,  
pues que las alas apura  
porque bien sabe que dura  
muy poco, la primavera.

A pesar del largo viaje  
por los mares realizado,  
trae, además de planchado,  
flamante y limpio su traje.

Habla en idioma extranjero  
(puesto que de Europa viene)  
y anda, trina... y se detiene  
por último en el alero,

al que, por irse a cumplir  
un año ha que no lo habita,  
le prolonga la visita  
hasta que torna a partir.

—o—

## A una tacuarita

Tacuarita feliz que regresas  
al rústico rancho,  
a dejar en un hueco el tesoro  
de tus cinco huevitos rosados;  
tacuarita feliz, que modulas,  
en tu canto extraño,  
no sé qué hondas tristezas rurales  
del otro verano;  
tacuarita feliz, que me has vuelto  
un instante a mi tiempo pasado,  
cuando puso el amor en mi alma  
sus raros milagros;...  
yo te quiero, feliz tacuarita,  
te protejo y te digo en mi canto:  
vuelve siempre al alero pajizo  
de este pobre rancho,  
aunque en él tu tesoro no dejes  
de tus cinco huevitos rosados,  
y tan sólo el recuerdo me traigas  
del tiempo pasado,  
cuando puso el amor en mi alma  
sus grandes, sus raros, sus santos milagros.

—o—

## Etapas crepusculares

Cerró el sol su ojo de lobo  
y en el agreste paraje  
tuvo el alma del paisaje  
la sensación de un arrobó...  
El mortero de algarrobo  
silenció su machacar;  
todo el patio familiar  
quedó, de pronto callado,  
y en el pozo abandonado  
púsose el grillo a cantar.  
De los montes al confín,  
dos nubes, cual grandes brazos,  
fueron quedando a pedazos  
sobre un campo de carmín.  
El solitario crespín  
rompió a silbar en la fronda;  
la soledad fué más honda,  
y con amplio velo incierto  
el campo quedó cubierto  
dos leguas a la redonda.

Desde el ramaje vecino,  
que ibase quedando solo,  
el cantito del chingolo  
trajo un viento repentino.  
Resonó por el camino  
el casco de un mancarron,  
y del perro cimarrón,  
el aullido persistente,  
hizo más largo y doliente

el parto de la oración.  
El río, entre los juncales,  
cantó su trova sencilla  
en cuartetos de gramilla  
y décimas de zorzales.  
Los doblados pastizales  
comenzáronse a parar,  
y a la luz crepuscular,  
que el campo de sombras viste,  
el sauce púsose triste  
como si fuese a llorar...

Junto a la añosa tranquera,  
en un mugido obstinado,  
llamó al ternero amarrado  
la dócil vaca lechera.  
Revoló por la tapera  
diabólico lechuzón,  
y en la gran palpitación  
del corazón de la noche,  
volcó la estrella, en derroche,  
intensa fulguración.

Plena sombra... La llanura,  
sin su riente atavío,  
bostezó el mortal hastío  
de su calma y su negrura.  
La noche, cual ave obscura,  
a poco huyó presurosa,  
y en torrentes de luz rosa  
asomó la aurora, ufana,  
como cuando a su ventana  
asomó una niña hermosa.

—o—

## Las últimas violetas

Pobres flores de otoño que los vientos  
dispersan al pasar, como en la vida  
dispersa el odio, en ímpetus violentos,  
la ilusión o la dicha más querida.

Y que no tienen, suspirosas flores,  
—en el silencio de las tardes lilas—  
para calmar sus íntimos dolores,  
para llorar por ellas, dos pupilas.

—o—

## Ausencia

Ya vuelven, argentinas,  
a sonar las guitarras,  
las gárrulas cigarras  
vuelven al monte azul;  
en los ramajes vuelve,  
fragante, a abrir el broche,  
y en medio de mi noche  
sólo no has vuelto tú.

—o—

Cuando hay confianza

no hay duda

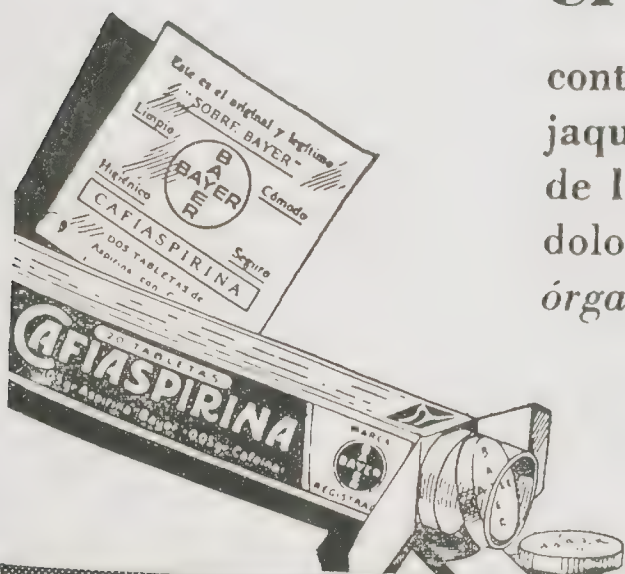


Ese instinto que atrae hacia nosotros la paloma,—símbolo de paz de todas las edades,—se llama *confianza*.

Para disfrutar de perfecta salud, el símbolo de paz es la Cruz Bayer que distingue a la Cafiaspirina,

### **el producto de confianza**

contra los dolores de cabeza, muelas, oídos; jaqueca, neuralgia; resfríos; dolores propios de la mujer, etc. Al mismo tiempo que mata el dolor, *levanta las fuerzas, sin perjudicar ningún órgano del cuerpo.*      »      »      »



# CAFIASPIRINA

el producto de confianza



# Las mujeres de la literatura

(Virginia de Saint Pierre)

**A**UNQUE los autores suelen enfadarse conmigo, yo no me incomodo con los autores, y eso que la recíproca molestia que nos causamos, en ellos es voluntaria, y en mí, no: ellos leen mis críticas porque quieren, y yo tengo la obligación de leer sus obras.

Demuestra esto que soy hombre de excelente carácter al menos en los asuntos que a mi profesión se refieren. Y como el hecho de llamar la atención sobre una de las bellas cualidades que me adornan pudiera parecer pecado de orgullo, diré, ante todo, que si lo realizo, no es para vanagloria, sino para disculpa. Trato de hacer perdonable el enfado que voy a manifestar — acaso muy duro, pues estoy furioso — contra un autor.

Tal enfado parecerá, sin duda, profesional meramente, ya que tiene por causa la creación de una figura literaria y que va contra un escritor muerto hace más de cien años. Sin embargo, no lo es; repito que jamás perdí, incomodándome con los autores, la augusta serenidad que debe informar siempre a quien actúa en los inapelables tribunales de crítica.

No y no. Mi enfa lo contra Bernardino de Saint-Pierre, porque en su novela "Pablo y Virginia" haya hecho a ídem — digo ídem para no repetir Virginia, ¡hay que cuidar el estilo! — tan espúrida como esta estupidísima joven resulta, es de índole absolutamente personal. Como crítico, ante la referida estupidez de crear un tipo de mujer así de estúpido permanezco ecuánime, condeñando el delito; pero compadeciéndolo al delincuente. Más es que no sólo ejerzo el sacerdocio de la crítica, sino que también soy oficiante de la "Sociedad de los Terribles", y por ser esto, el ejemplo que da Virginia me perjudica, haciéndome incomodar con Bernardino Saint-Pierre, su creador. ¿Comprendéis?... Voy, por si acaso, a explicar-

me más claramente; todo lo claramente posible. La mentada entidad, constituida bajo la advocación de "El terrible Pérez", tiene por objeto el fomento de las conquistas amorosas, estando obligados los socios a ser, como el patrono lo era, émulos en sus altas hazañas del señor Tenorio (Don Juan). Y existe en los Estatutos una cláusula que dice: "Pieza levantada será pieza cobrada". Y tiene el reglamento un artículo que establece la expulsión, por indigno, del miembro que fracase en un galante empeño. Así, la presentación de Virginia como modelo para doncellas amantes, me perjudica en mi calidad de "terrible".

¿Qué qué hay en la vida de esta joven contrario a los nobilísimos propósitos de los discípulos de Pérez?... En la vida, nada. Virginia, desde sus primeros pasos, caminó por donde Pablo, su enamorado, quiso conducirla, ora fuera a los bosques, ora fuese a los páramos, que en la isla Mauricio — lugar de la acción del novelucho de Saint-Pierre — son bastante sombríos y desiertos respectivamente. Y ya por amor... ¡Cómo que entre las diversiones infantiles de estas criaturas estaba el jugar a los matrimonios!

No es broma, ¿eh?... De un modo muy ridículo, pero muy serio a la par, se dice en la novela: "En ocasiones representaba Virginia a la infeliz Ruth y hacía como que iba recogiendo las espigas olvidadas por los segadores. Pablo, imitando la gravedad del patriarca bíblico, se acercaba a ella y movido de compasión socorría la inocencia y el infortunio, dándole toda clase de provisiones. Después fingiendo conducirla al templo, declaraba que la tomaba por esposa." Hay que creerlo,

pues. Y hay que creer que a Virginia le divertía el jueguecito, porque nadie juega a lo que no le divierte.

Después sigue Virginia constante en las aficiones y se muestra tan decidida a realizar de veras lo que fingía jugando, que su señora madre tiene que advertirla: "Oculta tu amor a Pablo, pues cuando una doncella da su corazón a su amado no le queda ya que apetecer de ella". Virginia, sin embargo, no atiende el consejo y expresa al antiguo compañero de juego lo que siente por él, prometiéndole ser suya o del claustro, según la clásica fórmula de las novias leales.

Y siempre igual. ¡Ni la ausencia aparta el amor, que, por Pablo, Virginia siente, aunque durante la ausencia vive Virginia en la corte de Francia, rodeada de jóvenes gallardos e ilustres! Sólo piensa la amada, mientras está lejos de su amado, en correr a reunirsele, cosa que realiza en cuanto se le presenta ocasión. Tal es la vida toda de Virginia, pues muere antes de pisar la isla Mauricio. Excelente vida, ¿eh?...

Pero si nada tengo que censurar de la vida de Virginia — vida toda dedicada al objeto de su amor, vida como para la mujer que pretende debe desear un "terrible", — tengo, en cambio, mucho que censurar de su muerte. Virginia murió hogada porque prefirió morir a... ¡Ah!, qué estupidez tan grande se le ocurrió poner al estúpido de Bernardino de Saint-Pierre para final de su estupidísima novela.

Regresaba Virginia a la isla Mauricio para casarse con Pablo, cuando, a la entrada misma de la bahía de Puerto Luis, tan cerca del muelle que se veían y cambiaban saludos, Pablo desde la orilla y Virginia desde el barco, cuando ¡cata-plun!, el barco naufragó. Todos, tripulantes y pasajeros, se salvaron, pues despojándose de sus ropas se tiraron al mar. Todos menos Virginia, que no quiso ponerse en las condiciones

necesarias a la natación, ¡porque estaba delante de su novio. Virginia rechazó la propuesta de desnudarse "con nobilísima dignidad", y hasta se arrolló las faldas a las piernas para evitar que el oleaje, alborotando aquellas descubriese éstas a las miradas de Pablo.

Las mujeres deben morir primero que enseñar las pantorrillas ante sus pretendientes. Esta es la moraleja que se desprende de la conducta de Virginia.

## EL SUTIL ESPIRITU DEL HOMBRE DE CIENCIA

que ha hecho imposibles en excepciones maestras, también ha producido el Vaseline después de muchos años de experiencias científicas. Es la grasa natural de la piel humana que en forma de Crema Vaseline usada en masajes regulares, conserva el rostro, brazos y cuello jóvenes y frescos. Al aumentar la actividad cutánea favoreciendo la circulación produce a su vez una renovación rápida y completa de todas las células. Úsela diariamente y la convencerá su resultado.

Virginia. Ustedes verán si tal moraleja es opuesta al generoso objetivo de la "Sociedad de los Terribles", y si tal ejemplo puede perjudicarnos a los miembros de la benéfica entidad. Yo creo que esto último, sobre todo, es indudable.

El propio Don Juan Tenorio que levantara la cabeza fracasaba en su empeño galante dando con una mujer imitadora de Virginia. Claro, no tendrá muchas mujeres que le imiten... Pero con que haya una y dé yo con ella, me veo arrojado ignominiosamente de entre los "terribles".

Comprended, lectores, mi enfado contra Saint-Pierre. Considerad que tengo razón solrada para incomodarme con el creador de Virginia. Y disculpadme si, olvidando la augusta serenidad de la crítica, le insulte.

Bernardino, ¡eres un morral!



Su nombre es Lilián, pero la llamaban Lily.

Por la época en que comienza esta historia, actuaba como "chorus girl" en uno de los teatros de Londres.

Alta, esbelta, tenía los ojos azules de su raza y la boca más bella y provocativa del mundo. La adorable cabecita coronada por cabellos abundantes, de un rubio que tiraba a rojo, — ese rojo indefinible, predilecto del Ticiano, — era fina, delicada, luminosa; sobre todo cuando, desprendidos aquéllos del carey que los mantenía aprisionados arriba de la nuca, los dejaba "Lily" caer sobre los hombros y las espaldas en cascadas de oro que, a los reflejos rutilantes del escenario, adquirían ondulaciones de fuego.

Alegre, parlera, había cierto hechizo infantil en su gracia esencialmente femenina. Susceptible de todas las curiosidades y de todas las asimilaciones, gustaba de la música, de los dulces, de los objetos raros y de los lindos sombreros. Tenía por lo demás, tendencia instintiva hacia lo refinado, lo verdaderamente artístico y de buen gusto. Nacida en hogar modesto y de cortos recursos, suspiraba a solas por lo que veía fuera de su alcance. Pero la extraordinaria dosis de sentido común con que la naturaleza la había dotado, hacía entregarse a la dulce y amable filosofía de los que "saben esperar", previniendo que algún día llegarán tiempos mejores.

Desdeñaba, entretanto, todo lo que era mediocre, y antes que abandonarse a un amorcillo pasajero y "a pura pérdida", — según su expresión, — prefería entretenerse con el piano, con las flores y con los gatos de Angora, por los cuales mostraba verdadera ternura.

La idea de entrar al teatro, que la había seducido más de una vez con el fascinador e irresistible miraje que, en cierto medio social suele atraer a las jóvenes de carácter independiente, sobre todo en Inglaterra, concluyó un buen día por dominarla en absoluto.

Figuraba Lily Moore, todas las noches, en "The Dollar Princess", obra popularísima que entonces llevaba ya más de mil representaciones sucesivas en el "Gaiety" ante el inagotable público de la gran metrópoli inglesa. Aparecía la muchacha, e, invariablemente, al tomar colocación en su puesto, dirigía los ojos hacia la primera

## L I L I A N

fila de "stalls", en uno de los cuales — invariablemente también — se veía la cara pálida de un joven vestido con correcta ele-

sus miradas de condenado a algún infierno terrestre: el de los celos, quizás. Sus grandes cejas y pestañas, negras como el bigo-



gancia; pero delicado, casi enfermizo de aspecto.

Delgado moreno, de estatura mediana, tenía el cabello oscuro y las facciones finas y regulares. Observábase, al punto, que el asiduo concurrente a las veladas del "Gaiety" no iba allí por el espectáculo, ya visto cien veces, sino por el interés que le inspiraba aquella linda muchacha cuyos ojos de cielo parecían calmar dulcemente la angustia de

te y el cabello, su expresión deprimida, casi doliente, denotaban un temperamento del todo opuesto al que caracteriza al joven británico en general.

Ella, la bella Lily, determinaba, por su parte, en aquellos propios momentos el más hondo contraste — tanto por la expresión como por la actitud — con aquel personaje exótico, a quien debían ligarla, sin embargo, lazos de simpatía, ya que no vacilaba en

mirarle sin disimulo, dentro de un ambiente tan riguroso como el que se respira en el recinto de los teatros londinenses. Los ojos de Lily chispeaban de alegría sana, mientras su busto, alto, esbello y perturbador, se mecía al compás de la música, en el ritmo de una ondulación uniforme y cálcica, impuesta por el maestro de coros, colectivamente, a todo aquel grupo de preciosas "girls", cuyos trajes pintorescos, pero de suaves tonos, matizaban con armonía perfecta el fondo del escenario, convertido en asca de luz, y en poema de color.

La historia, hasta allí, era breve y sencilla. El joven extranjero, oriundo de una república de la América del Sur, Colombia, comenzó por admirar a Lilián por sus formas esculturales, sus labios rojos, su gracia y alegría, y concluyó amándola locamente. Lilián reía, — con aquella sonora y cristalina risa suya que dejaba ver las dos hileras de magníficos dientes, blancos y brillantes como granos de maíz en flor, — reía ante tal pasión, calificada por ella de "awfully silly"; pero que halagaba sin embargo su amor propio.

Servando Lara — así se llamaba el joven — poseía bienes de fortuna y era soñador, romántico por naturaleza. Alejado de la sociedad mundana allá en su sencilla tierra natal donde viviera en compañía de su madre, viuda y achacosa, había llegado a Europa solo y con todas las ilusiones de un ingenuo. Creía en el amor ideal. Había cumplido ya treinta años y, no obstante, seguía viendo el mundo al través del cristal color de rosa con que algunos hombres — muy pocos — suelen todavía a esa edad ver transformadas en pétalos hasta las gramilas más humildes.

Lilián se distraía con la sociedad de Servando al cual daba el sobrenombre de "Jack in the box" con motivo de los sobresaltos que solía darle el mozo al salir en ocasiones brusca y repentinamente de su melancólico mutismo para instarla, con pasión tropical y en forma casi contundente, a que abandonara el teatro para irse a vivir con él a Colombia: es decir, según Lily, "en los confines del mundo".

Pero la chica resultaba intransigente en tal materia. ¡No habría cambiado jamás la realidad de sus alegres cenas nocturnas y su "cosy flat" de "Cadogan Gardens" por los misterios de un país

lejano y "desconocido", en compañía de un camarada tan triste!

Pasó un año, al cabo del cual, abatido por las contrariedades que le ocasionara su no correspondido amor, — según su manera de entenderlo; — viendo el mundo, no ya como a su llegada color de ilusión, sino color de desencanto; neurasténico en grado alarmante, decidió regresar a su país.

Hacia ya varios meses que sufría, para colmo de desventura, de la vista. Un ardor permanente en las pupilas, cierta extraña sensación de pesantez en los párpados determinaban síntomas a los cuales no dió importancia al principio; pero que concluyeron por preocuparlo.

Consultó un médico especialista, quien, después de examinarlo detenidamente, no ocultó su perplejidad: aquellos síntomas parecían sorprenderlo, perturbarlo.

Ensayó varios medicamentos: colirios minerales; extractos de yerbas; aplicaciones eléctricas — sin resultado. El ardor en las pupilas persistía; la pesadez de los párpados se hacía cada vez mayor...

Servando perdió la paciencia y el ánimo, resolvió no seguir consultando a aquel facultativo con el cual, a su juicio "estaba perdiendo el tiempo y su dinero". En una hora de cansancio, de falta de fe y de repentino anhelo por volver al lado de su madre, al ver anunciada en un periódico la próxima salida de uno de los vapores que realizan la carrera entre Southampton y la América Central, resolvió embarcarse.

Antes de hacerlo, escribió una carta a Lilián, misiva que envió acompañada del regallito habitual, y cuando llegó la fecha de la partida del transatlántico dijo adiós "para siempre", — según lo había expresado al grupo de compatriotas amigos con quienes comiera la víspera en uno de los restaurantes más alegres de Picadilly, — dijo adiós a aquel soberbio y grandioso Londres que tanto le había hecho gozar y tanto le había hecho sufrir.

Desaparecido Servando, Lily siguió su acostumbrado género de vida en la metrópoli. Sabemos ya que, linda como una flor de primavera, había resuelto sacar de esa belleza los mayores resultados posibles. A los pocos días de embarcado el extranjero, se había

olvidado ya hasta de la existencia de su melancólico festejante.

Muere en Colombia la madre de Lara y éste ve agravarse aún la enfermedad a la vista, que le aflige.

Poco después queda, a más de huérfano, ciego; pero con los amplios medios materiales de subsistencia de que siempre había dispuesto.

Una noche, en cierta alegre "Super" a la cual asiste Lily, después de la hora del teatro, en compañía de varios jóvenes ingleses y sudamericanos, alumnos los más de ellos, de una Escuela Superior de Agricultura vecina a la capital, conoce la terrible desgracia de Servando y escucha de labios de un joven recién llegado de por allá que el pobre ciego no tiene otro pensamiento, otra preocupación en medio de su melancolía que el recuerdo de Lily, a quien ha amado y sigue amando con pasión tan ingénua como profunda.

Lily, al oírlo, se entristece. Pero la sombra que empaña de pronto su alegría pasa como esas nubes errantes que al cruzar por el cielo lo interceptan durante un segundo el brillo de las estrellas...

Hallándose otra noche, como de costumbre, la bella figurante del "Gaiety" en el proscenio de su teatro, incorporada al lindo coro de muchachas, se oyen de repente gritos angustiados de alarma:

"¡Fuego! ¡Fuego!..."

Un incendio voraz cunde y amenaza abrasarlo todo. El pánico es horrible: el público huye; los artistas escapan, a su vez, por salidas especiales; mangueras de auxilio comienzan a derramar torrentes de agua sobre las llamas.

Lilián, como sus compañeras, intenta correr, pero enreda su traje entre los alambres de un telón que intercepta el paso, y aprisionada así, se desploma sin sentido, aturdida más por el terror que por el golpe.

De allí la retiran poco después los bomberos, desmayada aún y con graves quemaduras, sobre todo en la cara. ¡Su vida queda en salvo; no así, ¡ay!, su hermosura! Horribles lesiones, ocasionadas por el fuego desfiguran el rostro, haciendo que peligre en absoluto aquella extraordinaria armonía de facciones que hasta

entonces ha constituido su principal, más bien dicho, su única fortuna.

Es llevada a un hospital, y allí se logra, al cabo de algún tiempo, disiparle la fiebre, cicatrizarle las heridas, pero no hacer desaparecer los estragos faciales que la convertirán para siempre casi en un monstruo de fealdad. La hermosa y alba frente presenta arrugas que el cabello — cuando crezca de nuevo — podrá difícilmente disimular. La nariz perfilada y delicadamente aquilina, se ha descarnado, y al volver a cubrirse de piel perderá, seguramente, su forma escultural; sabido es que para caricaturar esa facción, basta exagerar o disminuir una simple línea, agregar una leve protuberancia, determinar una ligera depresión...

Lily, desamparada, careciendo en absoluto de recursos, sin ánimo ni aptitudes para ganarse la vida trabajando en cualquiera otra forma que no fuese la que hasta entonces había adoptado, siente de pronto que el cerebro se le ilumina con una idea. Pienso en Servando, en ese noble ser que, al decir de sus amigos, la ha amado y parece seguir amándola con tan profundo cariño. ¡Si fuera posible llegar hasta él, consagrarle su naufragada existencia a cambio del apoyo que de él solicitaría; compartir, en fin, su desgracia — ¡hacerlo feliz tal vez!... El no vería nunca la fealdad de aquel rostro alterado sólo ante la mirada... Mas le asalta entonces una duda: Servando, al conocer la existencia de tan terrible transformación, ¿tendría ya el mismo interés en conservarla a su lado?... Quedaba el recurso de ocultárselo todo; pero, cómo asegurar, en tal caso, el secreto de lo que debía, seguramente, ser ya notorio hasta en la propia lejana tierra de su amigo?... ¡Ay! en la mejor de las circunstancias, es decir, si esto último lograra obtenerse, Servando no habría de creer en tan repentina devoción, en una actitud inexplicable después de su pasada conducta para con él. Interrogaría, llegaría a saber, comprendería pronto que sólo un vil interés, la desesperación, la habían llevado hacia él...

¡Ah, la cosa era imposible!...

Uno de los amigos de Servando, — el único que, compasivamente, fuera a visitarla después de su salida del hospital, — la sacó de dudas y dispuso sus vacilaciones. ¡El caso era no solo posible sino de éxito seguro! Ser-

vando no podía saber aun las verdaderas consecuencias que había tenido para Lily el accidente. El se encargaría de obtener que la noticia continuara manteniéndose secreta a su alrededor. Servando seguiría, pues, engañado respecto de la extensión del desastre; debía, por el contrario — y puesto que su ceguera era fatal e incurable — creer en la persistencia de la belleza esencial de Lilián, en un noble impulso de piedad por parte de la joven, quien al tener noticia de la terrible desventura de aquel hombre que le había consagrado al decir de sus amigos, su alma entera, se decidía a visitarlo, a llevarle por algunos días el consuelo de su presencia, aprovechando, a la vez, la ocasión de conocer un país nuevo para ella y de disfrutar de un breve y fructuoso descanso a aquella vida de agitación y de aturdimiento constantes.

El poder sugestivo de la voz, la dulzura y disimulo de Lily, harían lo demás.

La ejecución del plan comienza a desarrollarse con sigilo. Los amigos más íntimos de Servando, impuestos de él, preparan el terreno y logran coordinar un verdadero complot, tendiente a resguardar el secreto indispensable a los proyectos de la joven, quien se siente segura de que una vez al lado del apasionado ciego, éste no se decidirá jamás a dejarla partir.

Todo sucede como se ha previsto. El médico de Servando, impuesto de los antecedentes, se ha encargado, por su parte, de contribuir a mantener la ilusión en el enfermo y de proteger el misterio con que se desenvuelve el idílico proceso — que ha tenido, desde luego y ante todo el resultado esencial, no sólo de evitar una catástrofe psíquica, sino de levantar de modo intensamente progresivo "el moral" del paciente.

Como buen hijo de Colombia, era aquel facultativo, a más de excelente profesional, fervoroso cultor de las letras y de la filosofía. Su privilegiada memoria le ponía en el caso de poder recitar páginas enteras de Platón, de Lope, del Tasso y de Musset — sus autores predilectos. Hablando del piadoso engaño mediante el cual proponíase reconstituir la salud de su paciente, solía traer a colación aquellos hermosos versos del autor de la "Jerusalén", relativos "al vaso cuyos bordes es preciso untar de miel para disimu-

## El ojo del gendarme

**S**I, — nos decía aquella noche la dueña de la casa, — yo he conocido todos los terrores del culpable que va a caer en manos de la justicia, cuya suerte es inevitable y a quien tortura, a falta de remordimientos, la perspectiva demasiado cierta del castigo. A pesar del tiempo transcurrido, no olvidaré jamás la historia que voy a contaros.

Era yo entonces una chiquilla de ocho años y polleritas cortas. Como seña particular, por decirlo así, añadiré que sentía por los gendarmes un miedo exagerado. Habría hecho diez leguas a través de los campos sólo por evitar el encontrarme con un sombrero de dos picos en mi camino. Aparte de esto, yo era una niña como todas las demás. Mis padres, siguiendo la costumbre de todos los años, me habían enviado a pasar un mes en casa de uno de mis tíos, honrado maestro rural en un rincón perdido de la Côte d'Or. A decir verdad, a mí no me hacían muy feliz los encantos de semejante veraneo. Mi tío y mi tía eran excelentes personas, pero la cotidiana necesidad de hacerse temer de una banda de chiclelos había con el tiempo comunicado a sus rostros una dureza de expresión tal, que bastaba una sola de sus miradas para helar la sonrisa en los labios de un niño.

Por lo que hace a la casa-escuela, aún me parece estar viéndola, una simple dependencia de la municipalidad. El maestro ocupaba un pabellón contiguo, con un patio y un gran jardín. ¡Oh, qué jardín precioso! Por desgracia, era un paraíso terrenal del que yo me veía excluida, por respeto a los macizos de flores, a los cuadros de legumbres, a los setos de boj, a los frutales. Y como, en opinión de mi tío, mi dignidad de pequeña señorita ciudadana consistía en que en la plaza del pueblo pudiese yo tomar parte en los juegos de los rapaces lugareños, el resultado era quedarme confinada dentro de los límites del patio, un patio horrible y pelado, donde los días transcurrían para mí en el más profundo aburrimiento.

Yo tenía, no obstante, una manera de distraerme. El patio de recreo de la escuela quedaba al lado, comunicándose los dos por una puerta de madera. No necesito decir que esta puerta estaba siempre cuidadosamente cerrada, pero mi tío, con objeto de vigilar desde la casa a sus discípulos, había practicado en ella un agujero, desde el cual observaba con frecuencia las riñas de los chicos más turbulentos, para en seguida abrir de golpe la puerta, pillándolos infraganti, e infligirles el condigno castigo. Este procedimiento inspiraba un verdadero terror a los escolares, pues la inquietud constante les hacía imposible toda diversión en las horas de recreo. Era la amenaza de un perpetuo peligro, contra la cual había que prevenirse tratando de reconquistar esa seguridad sin la que la vida resulta perfectamente intolerable lo mismo para los chicos que para los grandes. En consecuencia, organizaron una contra-policía: uno cada vez, turnándose, acechaba por el agujero y arrojaba a los otros la presencia de mi tío. Poco tardé yo en darme cuenta de aquella maniobra, y ella me sugirió la idea de un entretenimiento de muy mal gusto, lo confieso, pero disculpable en una niña de ocho años que se aburre de lo lindo y no tiene distracciones que elegir.

Cuando el ojo de un observador interceptaba el rayo de luz que penetraba por el famoso agujero, yo avanzaba a gatas a lo largo de la pared hasta llegar a la puerta; entonces me enderezaba de pronto y ¡zas! un escupitajo. Y experimentaba en seguida una maligna satisfacción cuando, mirando a mi vez, veía a un infeliz incontentón enjugarse el ojo con la manga de la blusa.

Bueno: una mañana, había yo bajado al patio, bajo el dominio de una grande emoción. Dos gendarmes en jira acababan de llegar al pueblo, y habían suplicado a mi tío, que a sus funciones de pedagogo añadía las de secretario de la alcaldía, que certificase oficialmente su paso. La presencia de aquellos dos representantes de la autoridad era lo menos a propósito para tranquilizarme, os lo juro, y lo primero en que pensé fué en escapar a sus miradas, juzgándoles lo suficientemente poderosos para hacer menudillos de mi persona, si tal era su gusto.

Sin embargo, a cosa de las diez, notando que el agujero hecho

**Señora: Modernice su hogar**

**usando**

**Aparatos eléctricos**

*El aspirador de polvo, la estufa, el calentador, la tetera, el tostador, el secador de cabello y todos los aparatos con que la electricidad contribuye a aligerar las tareas domésticas, han dejado de ser un lujo para convertirse en artículos que nuestro sistema de ventas en pequeñas cuotas mensuales coloca al alcance de todos.*

**VISÍTENOS Y ELIJA**

**SUCURSALES:**

Almagro — Breda 3820  
Barracas — Breda 1817  
Belgrano — Cabildo 2520  
Chacarita — Feder. Lomas 890  
Droga — Lizar 3845  
Florida — Breda 7317  
Palermo — Correo 3483  
Parrillas — Breda 1843  
Trinidad — Tronador 961  
Urquiza — Guaranicho 3133  
Villas Barrios — Breda 8901

**Compañía HISPANO AMERICANA de ELECTRICIDAD**

**CASA CENTRAL: BALCARCE 184**

en la puerta se oscurecía a menudo, olvidé mis temores para entregarme a mi diversión acostumbrada, y bien pronto, triunfante, después de haber lanzado un escupitajo con todas mis fuerzas, miré... ¡Oh, abominación! ¡Uno de los gendarmes, rojo de vergüenza y de cólera, se restregaba rabiosamente un ojo con un gran pañuelo a cuadros! Pintaros el terror que en aquel momento se apoderó de mí, es poco menos que imposible. Sentí que todo daba vueltas a mi alrededor y, empujada por un pánico insensato, salí corriendo como una tromba en dirección de la casa, subí a saltos la escalera, rodé hasta las piernas de mi tía y fui a dar, por fin, castañeteándome los dientes, bajo la cama de su dormitorio. Pero lo que renuncié absolutamente a describir es la sorpresa de la buena señora, que conocía el terror que me inspiraban los uniformes de la gendarmería, cuando por toda explicación le dije: "¡Tía! ¡He escupido a un gendarme en un ojo!"

Fueron menester Dios y ayuda para hacerme salir de mi escondrijo, cuando llegó la hora de almorzar. Durante mucho tiempo viví en continua alarma. Yo sabía que el gendarme todopoderoso se vengaría, no cabiéndome en la cabeza que pudiera ser de otro modo. Apenas oía ruido de botas, echábame a temblar, esperando, temiendo a cada instante castigos tan terribles, que ni siquiera me atrevía a imaginármelos.

Pero al fin, como los días pasaban y yo seguía libre, fui poco a poco volviendo la tranquilidad, si bien me quedaron de aquella aventura, primero una grandísima extrañeza por haber escapado a los rayos de la justicia de los hombres, y luego un cierto desdén por los gendarmes.

## El gran homenaje del Ateneo Ibero Americano en honor del poeta Vicente Bove



Dr. Calixto Oyuela



Vicente Bove



José Eugenio Compiani

El sábado 22 de Agosto se celebró en los salones de la Biblioteca del Ateneo Ibero Americano, Avenida de Mayo 953, el acto literario musical organizado por esta entidad en honor de nuestro distinguido colaborador el brillante poeta Vicente Bove.

En el escenario que había sido adornado con hermosas flores naturales, tomaron ubicación los componentes de la Junta Directiva del Ateneo bajo la presidencia del señor D. José Eugenio Compiani, el Dr. Oyuela, miembro de la Academia Argentina de Letras, la declamadora señorita Delia Funes Gnecco, Dr. Santiago B. Zaccaro, Profesor José J. Berrutti, Oscar R. Beltrán, Eloy Fernández Alonso, Dr. J. Canterell Dart, F. Gil Esquerdo, J. Perlotti, Félix B. Visillae, Roque Cepeda Verón, de la dirección de FRAY MOCHO, Luis F. Suárez Arán y Emilio A. Noya, Presidente y Vicepresidente de la Asociación Patriótica Argentina "Pro Patria", Angel C. Sci-jo, el homenajeado señor Vicente Bove y otros caballeros.

Se inició la fiesta con números de



Delia Funes Gnecco

violín a cargo de las señoritas Francisca C. Bedinsky, la que fué acompañada al piano por la señorita Francisca Pastor.

Inmediatamente ocupó la tribuna el admirado maestro de varias generaciones, doctor Calixto Oyuela, quien disertó sobre la obra poética y personalidad de Vicente Bove.

Sus elocuentes palabras fueron largamente aplaudidas.

Se cumplió a continuación un interesante programa a cargo de la señorita Funes Gnecco, la que interpretó con singular acierto composiciones del poeta. Enviaron una hermosa cesta de flores las señoritas Delia y Elsa Gómez y la señorita Edelmaira R. Corominola la entregó a la esposa del obsequiado un ramo de flores en nombre de la concurrencia.

El señor Bove a pedido de la concurrencia recitó sus versos "En Palermo", y "La Mujer", las que fueron muy aplaudidas.

A continuación insertamos varias de las poesías recitadas por la Señorita Gnecco.

### INTIMA

Si también como yo sufres rigores  
Y quieres eclipsar tu buena suerte,  
En la cumbre más alta quiero verte  
Donde van a quebrarse los rencores,

Santificada siempre en mis amores  
No han de lograr de mi alma desprenderte,  
Todo mi corazón para quererte  
Lo llené de armonías y de ardores.

Siempre es el triunfo de las almas buenas,  
Juntos disiparemos nuestras penas  
Muy lejos de la anónima asechanza

De gente deleznable y maldecida,  
Que cruza los senderos de la vida  
Sin fe, sin un amor, ni una esperanza,

## No esperes

Yo sé que al darte a tí la despedida  
Es desgarrarse para siempre el alma,  
Es perder cual las luces de una estrella  
En el desierto de la vida ingrata.

Te lo mandé decir, trémulo y triste,  
Ayer, por intermedio de una carta,  
Que entre mis manos sorprendió la aurora,  
Y fué empapada con ardientes lágrimas.

Junto con ella tu retrato iba,  
Perfumado de flores marchitadas,  
Un poco consumido por mis besos,  
Un poco ajado por mis locas ansias.

Así es la vida si el deber se impone.  
Así es la vida si el destino manda.  
Y se pueden perder riquezas, honores,  
Más despedir a la mujer amada,

Es algo que nos duele interiormente,  
Es un dolor sin nombre que anonada,  
Y és como una espada de dos filos  
que hiere el corazón y las entrañas.

No esperes que yo vaya a despedirme,  
Sería acrecentar nuestra desgracia.  
Separarnos por siempre, adiós decirnos,  
Ah! No esperes, no esperes que yo vaya!

## Tardía

Al verme triste, de dolor transido,  
Te apartaste, orgullosa de mi senda.  
Y ni un consuelo como humilde ofrenda  
Se escapó de tus labios al herido.

Náufrago entre pesares sumergido  
No hallé para mi mal ninguna venda.  
Pero sin desmayar en la contienda  
Luché contra un titán desconocido.

Al monstruo lo vencí. Gané la orilla  
Y por la parte que en oriente brilla,  
Retorné vencedor y no humillado.

Y hoy que un amor mi triunfo te despierta,  
Te veo aparecer como una muerta  
En la gran nebulosa del pasado.

## No me digas Adios

No me digas adiós, porque tu acento  
Ha de partirme el alma,

Dime más bien que vuelves, o hasta luego,  
O dime hasta mañana.

¡Qué grandioso poema de ternura  
Dicen estas palabras,  
Cuando exhaladas por los labios trémulos  
De la mujer amada,  
Eleva nuestro espíritu a las nubes:  
La comunión eterna de las almas!

Tú, a quien adoro, mi sin par princesa,  
Como nunca adorara,  
Cuando me encuentre de tu amor en brazos,  
Canta a mi oído, canta:  
No me digas adiós, porque tu acento  
Ha de partirme el alma,  
Dime más bien que vuelves, o hasta luego,  
O dime hasta mañana!

## Suprema

El mundo le miró como un vencido  
De esos que el mar de la existencia azota.  
Sin amparo, sin luz, el ala rota,  
Cual un águila errante de su nido.

Pero él audaz, valiente, decidido,  
Marchó cruzando la región ignota.  
Y conquistó un laurel como un patriota  
En medio a la refriega enardecido.

Llegó a cubrirle de oropel la gloria,  
A tenderles sus brazos la victoria,  
Aclamando su olímpica figura.

Hízose el día en su profunda noche,  
Y al mundo le arrojó como un reproche  
Su gran talento y su genial bravura.

## Eras y eres

Eras mi corazón. La ardiente llama  
Que dentro el pecho, inextinguible, flota.  
Y del espacio azul aquella nota  
Suave, ondulante, que el amor reclama.

Vaso de juventud que se derrama  
Sobre otra juventud gota por gota.  
Y aquella flor que a la esperanza brota  
Con mil aromas de pasión que inflama.

Si todo lo eras tú, beldad, sonido,  
Amor, sonrisa, floración, latido,  
Y el astro luminoso en mi alborada.

Si todo lo eras tú para el creyente,  
Hoy del eterno luchador ardiente,  
Ya no eres luz, ni corazón, ni nada.

V I C E N T E B O V E

# MIS VECINOS

Por JOAQUIN DICENTA

Frente a mi ventana hay un árbol, en el árbol, un nido. Está en las ramas inferiores al alcance de mis manos y de mis ojos.

Dueña de la modestísima habitación fabricada, con paja, plumas y hojas secas, es una familia de jilgueros.

Los padres revolotean sobre mí. El macho usa traje pardo con festones amarillos y rojos.

Es muy galán. Tiene los volares varoniles; el cantor amoroso y dulce.

La hembra, más recogida de figura, menos rica en los matices del plumaje sale poco del nido. El cuidado de los pequeños entretiene sus horas.

Los hijos son cuatro. Todavía no han soltado el plumón. Todo en ellos es pescuezo y boca. Los ojos brillan con glotonía codicia. Las bocas están siempre abiertas. Los pescuezos se estiran como si fueran de goma.

He trabado amistad con la voladora familia.

Al principio cuando me vieron aproximarme a su vivienda pasaron un mal rato. Las crías piaban angustiosamente. Los padres echaron a volar. Luego dieron vueltas y más vueltas a mi persona con los picos amenazantes y las golillas en tensión. Me tomaron por enemigo, por animalucho rapaz que iba robarles la libertad y la existencia.

Pronto les saqué de su error. Ni un ademán hice de acercarme a las crías. Recosté mi silla al árbol; puse en frente de la silla una mesa, y comencé a escribir.

Los padres viendo que el animalote humano ni se ocupaba de ellos, fueron acercándose poco a poco, volando sobre las crías temerosas. Más brava la madre, metióse noblemente en el nido. El macho hizo firme en los altos del árbol. Sólo al caer la noche se reunió con su compañera.

Ya somos los mejores amigos del mundo.

El macho me da los buenos días con sus trinos; la hembra

me saluda sacudiendo las alas: los pequeños pían al mirarme y engullen las migajas con que les obsequio.

Ocasiones hay durante las cuales el macho sube a la mesa donde escribo y pasea desdenosamente sobre las emborronadas cuartillas. Algunas veces las pisotea y las ensucia. Parece un crítico de jilguero.

Me he declarado protector de su hogar.

Ya lo saben los graujillas de Port-Quiberon, dedicados en esta época a agarrar y destruir nidos. ¡Pobre de quien se atreva a poner sus manos en éste!... Todas mis iras de potencia de primer orden caerán sobre el detentador.

Es muy curioso el vivir de mis pájaros. Curioseándolo paso largas horas. Me encanta esa familia que se balancea en una débil rama del océano.

Para mis jilgueros, el universo está encerrado en ellos y su cría. Se aman y las aman. Buscan el sustento común por matas y praderas y arbustos; cantan junto al nido el himno de la paternidad y calientan con su tibio plumaje el sueño de los hijos.

Cumplieron a su tiempo las leyes hermosas de amor, persiguiéndose de árbol en árbol. Hoy cumplen las leyes paternales, sin regatear nada al cumplimiento.

Para formar su nido rebuscaron en la campiña los más delicados materiales; para mullirlo arrancaron plumas a sus pechos. Al nacer los hijos ni el padre los desconoció ni la madre se apartó de ellos, poniendo picos ajenos en su crianza. Aún no se usa esto entre los pájaros.

Ellos no conocen "las conveniencias", no temen por "el qué dirán". A sus criaturas se entregan. El macho canta cerca de la hembra en crianza, la hembra endulza con sus trinos las vigiliadas del macho.

Uno y otro se substituyen en el nido para que no falte a los huevos el calor. Cuando ellos se

abren, cuando el jilguerillo asoma por entre la cáscara, como un rebusco de algodones, hacia él se inclinan, prorrumpiendo en gorjeo triunfal.

Después a cuidarlos, a que no falte alimento a sus bocas y a sus cuerpecillos. Durante el día a buscar la vida de todos. Durante la noche, a posarse en el nido, a volverse edredón sobre los pequeños, a que los pequeños, duerman mientras sus padre entreduermen atentos al más insignificante rumor.

Mis jilgueros son, a más, muy inteligentes. Se entienden a maravilla. Hablan, se comunican ideas, impresiones, afectos...

No es broma. Tengo pruebas de que se entienden mejor que muchas parejas humanas, de que discurren mejor que muchas personas.

El padre y la madre se cruzan siempre en el camino cuando realizan la faena de alimentar a sus hijuelos. Estos aguardan la pitanza con las cabezas fuera del nido, las bocas de par en par abiertas y los elásticos pescuezos en última tensión.

Los padres meten por turno la comida en aquellos picos. No se ha dado el caso de que el padre o la madre den de comer dos veces seguidas a un mismo pollo.

Sin embargo, el padre y la madre nunca llegan parejos al lado de sus hijos. Se cruzan en el aire; uno trae la pitanza; otro va en busca.

¿Cómo no se equivocan? ¿Cómo nunca se ofrece el caso de que un jilguerillo goce doble ración?

Para mí está claro el asunto. Cada jilguerillo tiene su nombre propio. Este se llama Pepe, aquél Juan, Pedro el otro. El más chiquitín — una monería — Antoñito, ponga por nombre.

Uso de nuestro calendario, porque desconozco los de los jilgueros. Cuando macho y hembra se tropiezan en el camino, se detienen en el aire un segundos, juntan los picos y

sacuden las alas.

—¿A quién has dado de comer — pregunta el que va al nido.

—A pepe, — contesta el que vuelve.

—Pues entonces — le tocas a Juan.

Y el que vuelve al nido da de comer a Juan, y el que retorna a Pedro, el que le saca de a Antoñito.

Así debe ser. Por lo menos, yo lo creo así.

Mis vecinos del árbol se comprenden, discurren.



Si yo entendiera su lenguaje, ¡qué párrafos echaría con el jilguero macho cuando éste pateca mis cuartillas!...

Ayer fué duelo para mis alados vecinos.

Antoñito, el chiquitín de la casa, murió. Andaba el pobre muy enlenguado.

Los padres aleteaban en el borde del nido, sin atreverse a entrar, mirando el cadáver minúsculo, acariciándolo con sus picos.

Al cabo lo cogieron entre los dos picos, lo empujaron silenciosamente por la rama y el pajarillo muerto se perdió bajo una ola, entre remolinos de espumas.

Los padres volvieron lentamente a su hogar tristemente.

El macho, en pie con las alas abiertas, lanzaba trinos que parecían ayes.

La pálida luz del crepúsculo llenó el nido de sombras.



I

¡Un sombrerazo de anchas alas que andaba solo! Véase qué extravagancia, pero así, así hay que decirlo.

Luisita, la chiquitina, de no más de año y medio, cogía con afanoso esfuerzo el enorme sombrero y se lo encasquetaba en la cabeza hasta los hombros, y luego, a

Bú... Bú... Bú...

ciegas, marchando a pasito ligero, con los brazos extendidos como quien va a tientas íbase hacia la gente de la casa haciendo bú, bú, como un palomo, bú, bú... el cu-

co, para asustar a su padre, a su madre, a cuantos pasan.

Aquello era espantoso. El angelito creía que de ese modo llenaba de terror al mundo.

Con escrupuloso cuidado para que aquel ogrito feroz no tropezara y cayese al suelo... todos aquellos a quienes perseguía fingían muy cómicamente un profundo

miedo.

—¡Dios mío! ¡que vienen! ¡que vienen!

—Bú... bú... bú...

Era un encanto aquello. ¿Cómo era posible que durase mucho tiempo una escena tan espantable?... Al fin no faltaba quien, venciendo el miedo, realizara la heroicidad de descubrir el engaño, y zás de pronto quítase el sombrero a la pequeña... y el resultado mágico era la explosión de una alegría general, resonante, bulliciosa, expansiva, inefable.

Como debajo del cubilete del prestimano jugador aparece la flor o la joya inesperada, aparecía entonces una cabezita de querubín jubiloso, y relumbraba en los ojos y en las risas de aquella monísima cara una luz como la del cielo con los esplendores del día.

—Luisita, Coquillo-hermosa, ¿eres tú? ¡Qué miedo nos has dado, lucero de mi vida! ¡Si no era el coco, no era el coco!... ¡Era la niña!...

Y la niña daba suelta a carcajaditas regocijadoras, apresuradas como notas de gorjeo. Música grata como otra no podía cautivar más el alma y complacer los oídos.

De este modo, el jolgorio y la broma se repetían en el comedorecillo, en la galería, en el gabinete... y hasta en el severo cuarto de estudio de Miguel, el padre de la nena.

¡Bú, bú, bú!

Miren si no resultaba que aquella niña de rizos tan rubios y ensortijados, que eran embeleso de los que la veían, que aquella gordiflancita, cuyas piernecillas bien carnadas y coloraditas tentaban al apetito de mordisquillos y besos; que aquella pequeña de manos miniaturas, que hubieran formado admirable contraste ante las más grandes magnificencias de la creación, la niña boquita botón de rosa, ojos como estrellas miren si no resultaba que hubiera venido al mundo...

¡Ja, ja, ja! ¡Qué hechizo!

## II

Nosotros, los que nada sabemos, hemos de contentarnos con repetir lo muy sabido, y a decir a esta pluma lo que muchas gentes de puro saberlo... ¡ah!—puede que lo tengan olvidado! Es ello que en el mundo no siempre se está alegre, y además, que tras del gozo, viene el pesar... Perdonen, perdonen los que mucho saben... y sobre todo los que saben cosas nuevas.

Viene el recordar lo dicho para manifestar... que una tarde Miguel y Filomena se hallaban compartiendo amarguras y pesares... en el severo cuarto de estudio...

Allí los pesados libretos, los enroscados mapas, los papelotes de cuentas... formaban un abrumador conjunto...

La luz... de suyo tan traviesa e indiscreta como hermosa, penetraba atenuada, pues contenían su paso los finísimos visillos y los bordados cortinones del balcón.

Negocios, disgustos, un complicado y tormentoso cúmulo de contrariedades y contratiempos, eran como nubarrones que de aquí y de allá habían llegado a reunirse y formaban una amenazadora tempestad.

Todo era sombrío. Se había destemplado el ambiente del hogar; se había alterado un poco de orden de vida en la casa; pasaba allí algo... grave, sin duda alguna...

Filomena, sentada en una butaca frente a Miguel, mirábase dulce, compasivamente, como demandado que él le diese parte de su secreto pesar, para sobrellevarlo también.

¡Maestras de paciencia, las mujeres ofrecénsenos como lecciones vivas en los más penosos trances de la vida!

—¿Lo quieres saber todo? —dijo Miguel.

—Sí, todo, todo... ¡Quiero que todo me lo digas!

—¿Y para qué, para qué? Para sufrir...

—Para sufrir... justo; para sufrir cuando tú sufras... Además, que mi padecimiento es mayor si te veo triste y apenado y no me explicas...

—Pues... te lo diré.

Lo dijo, y aquello que Miguel dijo fue enorme. Tal parecía, por lo menos, según el afligido lo manifestaba. Entrábase en miserables menudencias de la vida.

La intriguilla de los codiciosos, la descarada crueldad de los mal educados, la calumnia, industria de los folicularios, todo esto produciendo el descrédito.

—¡Pero aún no nos han arruinado! —dijo Filomena.

—No... en lo que se refiere al posible cumplimiento de lo que debo... pero después...

—¿Después?

—Sí, después... Ya no me cabe duda, vendrá la pobreza.

—¡La sufriremos... Dios así lo dispone!

—Pero una pobreza horrible... la del día, la que muerde de continuo... la que pide valor para reír ante los hombres... valor para humillarse...

—Lo horrible sería envilecerse.

—Sea; pero ten presente hija mía, que sin dinero no hay honor...

—No, no te acobardes... trabajarás... lucharás como hasta aquí... ¡Yo, yo sólo sé la grandeza de alma de mi combatiente!

—No puedo más, no puedo más. El negociante fullero, el canalleco de M. Ri-

gró... aquel... aquel...

—Déjalos... ¿Qué son?

—No, no, en un mundo en el cual viven esas gentes... no se puede no se debe vivir... Me acobardo... más por repugnancia que por miedo...

Entonces llegó Miguel a ese grado de pena en el cual el hombre se siente abrumado: aun las cosas más insignificantes le parecen verdaderos horrores... y los hombres más despreciables... los crea dignos de odio... la sangre quema, los ojos se empañan en una agüilla que no forma lágrimas, pero que abrasa... la saliva amarga en la boca... el mundo se ennegrece... diríase que al elevar al cielo la mirada... ciego el hombre... nada ve.

Con los puños crispados, ceñudo el entrecejo, contraídos los labios, tético, remordido, irritado... hallábase Miguel con el corazón... en martirio, y la mente en confusión...

Filomena había inclinado la cabeza y lloraba.

Atrevióse a decir después algunos consejos... los fué poco a poco manifestando. Eran dulcísimas palabras impregnadas de aroma, llenas de frescura; pero caían en Miguel como las primeras gotas de lluvia en un seco erial.

Miguel, o callaba... o desatábase a hablar con acento trágico y exagerados ademanes. Su voz se oía alterada y ronca, y luego un silencio, durante el cual... marcábanse perfectamente los vaivenes, el tic-tac de la péndola del reloj...

De pronto el enojo aparente y momentáneamente flameó... como fuego de volcán... y de nuevo Miguel hubo de expresar su indignación, su desesperación, su protesta contra los hombres... y tal vez contra el cielo.

Entonces, entonces oyóse... el bú-bú-bú...

La niña, no se sabe cómo ni por dónde había llegado a la puerta del despacho... y con el sombrero puesto... entró muy resuelta haciendo... la espantable...

—Bú-bú... bú-bú...

Extendiendo los brazos y deteniéndose, como si esperase oír las exclamaciones de miedo de su padre y de su madre.

Estos se miraron; aquello les sorprendió, hiriéndoles en el corazón. Sin embargo, se contuvieron: era necesario no asustar a la niña... Pero de pronto Miguel hizo un brusco, un extraño movimiento... como quien con heroísmo se arroja a un combate... y exclamó, cogiendo en sus brazos a la pequeña, a la cual se se cayó al suelo el sombrero:

—¡Hija mía de mi alma... Es verdad... soy un cobarde... ¡Pero no, no lo seré!...

Y con las lágrimas en los ojos, él y Filomena se echaron a reír... Y el rayito de sol aclaró el cielo... y dispipó los nubarrones.

¡Y la nena que se había propuesto asustarlos!... Bú-bú, bú-bú, ¡El coco!

¡Dios mío; qué chiquillos más adorables; ¡Combatiría Miguel? ¡Viviría Miguel? ¡Podrías dudarlo?





El carro-jaula de la perrera, rodeado de agentes y de colegas míos en el presupuesto municipal, cuando repleto, a lento traneo y con retumbos huecos de carromato lo veo pasar a través de las verjas del apacible establecimiento que dirijo, en esas frescas y alegres horas de la mañana, ese carro exalta mi fantasía con tristes pesadillas. Me parece oír el re-

### Mi perro en la perrera

chinar de las enmohecidas rejas de la "conciergerie", me parece ver en cada vigilante la guardia republicana, y en mis desg-

ñados colegas los ciudadanos "sans culottes" que abrían paso y rodeaban a la fatídica carreta que retumbaba sonora y si-

niestra bajo las bóvedas del portalón: aquéllos eran oficiales del comité de sanidad, como éstos de ahora también lo son, como aquéllos llevaban víctimas a la guillotina por los derechos del hombre, éstos, por los derechos del hombre llevan víctimas a la cámara de asfixia.

Hoy los condenados son legión: el carro-jaula va repleto,

un falderito lanudo y sucio está todo arrimado a un bastardo grandote y al que mira como para pedirle protección; y el gigante, con el húmedo y obscuro hocico pegado a la reja, quieto, indiferente, insensible, mira hacia afuera, al extraño convoy que lo rodea; tres o cuatro de aquellos de raza pendenciera no sienten ahora los odios ancestrales que le instiló el hombre, se miran como hermanos. En el centro uno, grácil, endeble y todo tembloroso por el frío, no está apelmasado y oprimido por los otros, parece que en esa hora suprema los demás compañeros comprenden su fragilidad casi de biseuit. Muchos van con el hocico a tierra, como meditando, los otros con la cabeza alta como implorando aire. Seguramente ha habido fugas, hasta que el lazo traidor los detuvo, seguramente allí en ese apelmasamiento hace calor, y nadie sin embargo respira fatigado y con la boca entreabierta, alguna preocupación profunda trabaja el tardo sentir de esos rechuidos.

No hay allá adentro perros enormemente demacrados, perros evidentemente enfermos; esos hace tiempo que terminaron su vida bajo el adoquinazo del atorrantito cruel, bajo

la tunda de palos de los vecinos de un conventillo, en cuyo patio se deslizan furtivos para buscar la migaja a su hambre enneguecedora.

No, aquí en este carro de la muerte van tan sólo los perros llenos de vida, que una medida preventiva del derecho del hombre los inhibe a vivir, porque más tarde, pueden volverse hidrófobos. Aquí en este carro va el perro que, conector de los preceptos de la higiene y del asco, no quiso macular el interior de la vivienda donde se aloja, fué sorprendido a la mañana, cuando abierta la puerta de la calle, se deslizó un momento afuera a satisfacer actos fisiológicos retenidos con mil sacrificios; aquí en este carro va el viejo perro que pacientemente conduce todas las tardes a su dueño ciego; va aquel que, enseñado en cuatro o cinco vueltas, hace el pobre mercado de la viejita temblorosa y sola, cuyas piernas debilitadas se rehusan a andar. Está el cachorrón, hermano de leche de aquel niño rubio y lindo que alivió los senos doloridos de la madre, que disolvió infartos y ahuyentó mastitis; jugaban los dos en el umbral de la puerta, bajo un rayo de sol matutino que daba encantos de idilio a esa escena, y

que ponía reflejos de llama en los bucles dorados del barabino, y el audo corredizo apretó; y con un violento círculo en el aire fué a desplomarse como cuerpo inerte en la trampa del carromato; llora el niño desconsolado, el carro ya pasa frente al umbral y el cachorro con una mirada profundamente humana mira intensamente por última vez al hermanito que queda.

Y un día, en ese exponente de la cruel cultura humana, cayó mi perro de los ojos dulces, el que me entiende, cuando yo descanso, vigila mi sueño y sabe amorosamente despertarme, no sé si debido a que uso una crema de gusto agradable para los labios o si es que siente por mí un amor perruno. Es que mi perro, es un perro perfecto... es verdad que alguna vez tiene algunas distracciones con las perritas de la calle, sin que por cierto pueda decirse que es un perro Narciso, ni un perro Don Juan, ni que esto sea criticable. Es tan común en los hombres... lo de las distracciones fuera del hogar.

Mi perro que en la vereda olfateaba amorosamente el paso de una elegante bull dog en momentos en que levantaba la pata sobre el montante de la puerta — se sintió elevado en

el aire y cayó en la cruel remanga.

Inútiles fueron las súplicas, las protestas las exhibiciones de tarjetas, las cariñosas miradas llenas de lágrimas a los desgredados perreros municipales — estos son como los "sans culottes", inexorables ejecutores del comité de Santé.

Y mi perro, quizás confortado con mi vista, no daba muestras de tristeza ni de asombro, estaba tan alegre que con su presencia y su belleza pareciera consolar a las pobres víctimas que lo rodeaban, fué así también para ellas menos triste la última parte del viaje, en su feliz inconsciencia olvidaron la tremenda duda de hace un rato, el estaba alegre, como entonces y los otros se animaban en su presencia; tan sólo un pobre cachorro, quizás también hermano de leche de un rubicito divino, seguía triste y arrinconado con el hocico clavado en el suelo.

Y mientras el convoy seguía su lenta marcha ya tranquilizado por la libertad de mi perro, que era segura, yo miraba la expresión artificialmente impasible de los agentes y la canalla truhana, brutal de esos ejecutores perrunos que forman parte de los beneficiados por el presupuesto municipal.



## SONETO

A una dama casquivana

I

Trocad, señora, el manto en capirote  
y el negro veludillo en seda clara,  
no decoreis de palidez la cara,  
ni ardid hagáis que el llanto os alborote.

III

Mirad que hoy, si sois viuda, aún sois esposa,  
pues marido y amigos igual cosa  
para vos fueron por tan sabios modos,  
y así, si amor y muerte daís por junto,  
llorando á todos como al tiel difunto  
no tendréis tiempo de llorar á todos.

II

Mal va nuestro dolor de galeote  
en tan linda galera. ¡Oh, quién bogara  
por ese golfo que una luna ampara  
con el cuarto creciente del escote!



# P R I M A V E R A

Ya no podía vivir allí. Tomé el tren y he bajado en la primera estación que me ha parecido: en la estación de un pueblo encantador. Como aquí no hay más posada que una, que está cerca de la estación, y deseo no oír ruido de trenes y de máquinas, he preguntado en dos o tres sitios dónde podrían hospedarme, y me han indicado una casa de labor fuera del pueblo, en el camino real, y aquí estoy.

Mi cuarto es grande, de paredes blanqueadas; en el techo tiene vigas de color azul con labores toscas de talla, el balcón, con el barandado de madera carcomida, es de gran saliente y da al camino real.

Estoy alegre, satisfechísimo de encontrarme aquí. Desde mi balcón ya no veo la desnudez de Marisparza. En frente brillan al sol campos de verdura, las amapolas rojas calpican con manchas sangrientas los extensos bancales de trigo que se extienden, se dilatan como lagos verdes con su oleaje de ondulaciones. Por la tierra, inundada de luz, veo pasar la rápida sombra de las golondrinas y la más lenta de las palomas que cruzan el aire. Un perro blanco y amarillo se revuelca en un campo de habas, mientras un burro viejo, atado a una argolla, le mira con un tácito reproche con las orejas levantadas.

En el corral, que veo desde mi balcón, los pollucos pican en montones de estiércol; gruñen los estúpidos cerdos y andan de acá para allá con ojillos suspicaces y actitudes de misántropo, cacarean las gallinas, y un gallo, farsantón y petulante, con sus ojos redondos como botones de metal y su cresta y su barba de carnosidad roja, se pasea con ademanes tenorioscos.

Aquí no se ven pedregales como en Marisparza; todo es jugoso, claro y definido, pero alegre. A lo lejos veo montes cubiertos de pinares negruzcos; más cerca, entre los viñedos, un cerrillo poblado por pinos de copa redonda. Arriba, muy alto, en el espacio azul, sin mancha, resplandeciente, se divisan los gavilanes, que trazan lentas curvas en el cielo.

Es la vida, la poderosa vida que reina por todas partes; las mariposas, pintadas de espléndidos colores, se agitan temblando sobre los sembrados verdes; las altas hierbas vivaces brotan lánguidas, holgazanas, en los ribazos; pían, gritan los gorriones en los árboles; revolotean en algarabía chillona golondrinas y vencejos, corren como flechas las aéreas libélulas de alas de tul verde y decrado; los mosquitos zumban en nube; pasan como balas los grandes insectos de caparzones negros, brillantes; rezonguean las abejas y los moscones, curioseando por los



huecos de tapias y paredes, y el gran sol, padre de la vida, el gran sol, bondadoso, sonríe en los campos verdes y claros de alcañel, incendia las rocas del monte con su luz vivísima, y va rebrillando en el agua turbia y veloz de las acequias que se desliza con rápido tumulto y ríe con gorjeos misteriosos por las praderas florecidas y llenas de rojas amapolas.

¡Oh, qué primavera! ¡Qué hermosa primavera! Nunca he sentido como ahora el despertar profundo de todas mis energías, el latido fuerte y poderoso de la sangre en las arterias. Como si en mi alma hubiese un río interior detenido por una presa y al romperse el obstáculo corriera el agua alegremente, así mi espíritu, que ha roto el dique que le aprisionaba, dique de tristeza y de atonía corre y se desliza cantando con júbilo su canción de gloria, su canción de vida; nota humilde, pero armónica en el gran coro de la Naturaleza Madre.

Por las mañanas me levanto temprano, y la cabeza al aire, los pies en el rocío, marchando al monte, en donde el viento llega aromatizado con el olor balsámico de los pinos.

Nunca, nunca ha sido para mis ojos el

cielo tan azul, tan puro, tan sonriente; nunca he sentido en mi alma este desbordamiento de energía y de vida. Como la savia las hojas de las piteras, llora en los troncos de las vides y las parras podadas, llena de florecillas azules los vallados del monte y parece emborracharse de sangre en las rojas corolas de los purpurinos geranios, así esa corriente de vida en mi alma le hace reír y llorar y embriagarse en una atmósfera de esperanzas, de sueños y locuras.

Por las tardes recorro la almazara y el lagar, oscuros, silenciosos y cuando por alguna rendija de las ventanas entra un rayo de sol como un dardo de fuego o una vara de metal fundido hasta el blanco dorado, en donde nadan las partículas de polvo, siento una inexplicable alegría.

Estos rincones de la casa de labor, estas cosas primitivas y toscas, la zafa donde se tritura la aceituna, el molón de piedra grande y cónico las tinajas de barro que parecen gigantes hundidos en el suelo, todo me sugiere pensamientos de algo que no he visto jamás y me produce un recuerdo de sensaciones quizás llegadas a mí por herencia.

Suelo comer y cenar en el zaguán, en una mesa pequeña, cerca de los hombres que vuelven del trabajo del campo. Estos lo hacen por orden: los mayores de mula y los muleros, sentados; los chicos que llaman turreros, de pie. Rezamos todos al empezar y al concluir de comer.

No pinto, no escribo, no hago nada, afortunadamente. De noche oigo el canto tranquilo, filosófico de un cuco y el grito burlesco y extraño de un pavo real que siempre está en el tejado.

¡Cuánta vida y cuánta vida en germen reocultará en estas noches! — se me ocurre pensar. Los pájaros reposarán en las ramas, las abejas en sus colmenas, las hormigas, las arañas, los insectos todos, en sus agujeros. Y mientras éstos reposan, el sapo, despierto, lanzará su nota aflautada y dulce en el espacio; el cuco su voz apacible y tranquila; el ruiseñor su canto regio; y en tanto la tierra, para los ojos de los hombres, oscura y sin vida, se agitará, estremeciéndose en continua germinación, y en las aguas pantanosas de las balsas y en las aguas veloces de las acequias brotarán y se multiplicarán miríadas de seres.

Y al mismo tiempo de esta germinación eterna, ¡qué terrible mortandad! ¡Qué bárcara lucha por la vida! ¿Pero para qué pensar en ella? Si la muerte es depósito, fuente, manantial de vida, ¿a qué lamentar la existencia de la muerte? No, no hay que lamentar nada. Vivir y vivir... esa es la cuestión.

# P I O B A R O J A

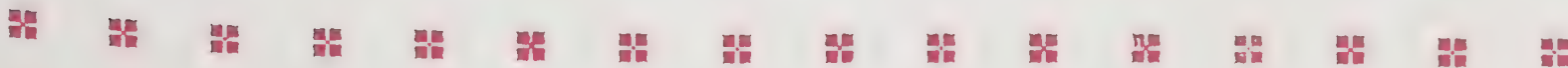


# Del cine nacional



NELO COSIMI

CHITA FORAS



# CANTO A LOS ARBOLES SALVAJES



## EL SAUCE

(EL ARBOL TRISTE)

Arbol de la tristeza, tu nostalgia  
es mi nostalgia... Cuando llega el frío  
y te quedas sin hojas, siento dentro  
del corazón un dolor largo y vivo.  
Yo me asocio a tu pena y tú a la mía;  
y así, cumpliendo idéntico destino,  
vamos viviendo paralelamente  
y paralelamente nos morimos.

A mí me duele tu letal tristeza  
y me contagio de ella... En el crepúsculo,  
cuando vistes el luto de las sombras,  
mi espíritu también viste de luto.  
Te pones triste y pensativo y sufres,  
y yo me quedo pensativo y mudo;  
y te oscureces tú bajo las sombras,  
y cual las sombras yo me vuelvo obscuro....

Por ser tu pena antigua, yo supongo  
que en un bosque de espinas tú has nacido;  
porque la pena antigua es el reflejo  
de un gran valor que se mantiene vivo.  
Yo también; yo corrí tu misma suerte;  
sé que tenemos un igual destino:  
yo, como tú, sufro una pena antigua;  
y tú crees en Dios, como yo mismo.

No sé para qué entona la cigarra  
su canción de esperanza en tus ramajes,  
ni para qué, la luna sobre el río,  
pónese, enamorada, a contemplarte;  
si tú no sabes de alegría y sólo  
de pesadumbres y tristezas sabes,  
¿por qué te canta la cigarra y quiere  
la luna con sus ósculos besarte?

En todo instante, cual poeta triste,  
sueñas en medio a tu pesar inmenso,  
sin importarte si te canta el pájaro,  
te baña el sol o te acaricia el viento.  
Yo también sueño siempre; cada día  
de mi existencia, es otro grato sueño;  
soñar es elevarse; hasta la estatua  
sueña en el mármol su glacial silencio!

Tú, gran hermano vegetal, uniste  
tu melancólica alma con la mía,  
y yo a tu tronco me abracé sintiendo  
que juntaba mi vida con tu vida.  
Por eso, en esta comunión tan noble,  
mi existencia a la tuya se aproxima,  
y amo tu soledad, tu tristeza amo,  
y amo tu sombra, que es mi sombra misma!

Julio DIAZ USANDIVARAS



## *Eran unos ojos ...*

Eran unos ojos azules muy bellos,  
 Que tenían vivos y claros destellos  
 De color de mar;  
 Ojos qué grandeza de alma traslucían;  
 Ojos que cantaban, que reír sabían,  
 Y también llorar...  
 Ojos que se habían vuelto más azules  
 Al rasgar los tenues, los etéreos tules  
 De la inmensidad;  
 Que tenían dejos de melancolía;  
 Que a veces hacían chispear la alegría  
 Con vivacidad.  
 Ojos que tenían sublimes reflejos  
 De santas dulzuras gustadas muy lejos...  
 ... Ideal país  
 Donde todo es cierto, donde no hay falsía  
 Donde nunca es noche, donde siempre es día,  
 Donde se es feliz ...  
 Reflejos azules del azul plumaje  
 Del ave-quimera, que en puro lenguaje  
 Darío cantó;  
 Ojos que tenían la suave hermosura  
 De una misteriosa, lejana dulzura  
 Que nadie expreso....  
 Si el mar es zafiro de color variante,  
 Si azul es el cielo, sereno, brillante  
 Más leve que el tul;  
 ¿No tuvo razón el poeta famoso  
 Que lleno de ensueño dijera armonioso  
 Que "el arte es lo azul?...."  
 Por largas pestañas muy negras sombreados,  
 Yo he visto esos ojos por siempre cerrados  
 En ensueños de Edén;  
 Volvieron al cielo, desde cuya altura  
 Mi alma tornaron más grande más pura  
 ¡Más azul también!....

M A R G A R I T A

A B E L L A

C A P R I L E

## *El romance de los ojos*



Por tus grandes ojos, por tus ojos alargados.  
Sabiamente humedecidos, y picaresca entornados.  
Por tus ojos, tanto tristes, y abrumados;  
Por tus locas obsesiones, por el raro clarobsuro  
De tus grandes ojos claros.

— 0 —

Yo no sé si son azules, si son verdes, o son pardos.

— 0 —

Si les hablo de dolores, de un amor nunca encontrado...  
Son oscuros, muy oscuros, son los grandes ojos pardos;  
Si les hablo de caricias, de ternuras y de halagos,  
Si los miro muy de cerca... muy de cerca, preguntando  
Si me quieres... me sonríen deliciosamente largos...  
Se hacen verdes... inquietantes cual las aguas de los lagos...

— 0 —

Yo no sé el color, amada, de tus ojos adorados...  
Si les hablo de purezas y de nardos y jazmines,  
Si recuerdo la muñeca, que ayer tarde has olvidado.  
Se hacen claros... infantiles... se hacen claros,  
Se me fingen muy azules... como cielos de verano,

— 0 —

Yo no sé el color, amada de tus ojos adorados.  
Yo no sé si son azules... si son verdes... o son pardos.

Beatriz Eguía Muñoz Cabrera

El Cura sale del Convento, todas las tardes. Sale, como siempre, con la sola compañía de su perro, un perro socarrón, lanudo, al que los muchos años hacen cojear de una pata. El perro le sigue, despacioso, separándose apenas un instante para olfatear una esquina, en cuya pared perdura el rastro amarillento de otros perros, y hacer lo mismo que éstos hicieron poco antes. Son, ese perro y la criada setentona, los únicos compañeros del Cura. La criada pasa el día, ya en la cocina, guisando para el amo, ya en la solana, remendando las medias negras; echándole un zurcido a la raída sotana, haciéndole un añadido a una alba, o disimulando el deterioro de alguna casulla. Y cuando sus pobres manos están, por un momento, ociosas, agarran el rosario, y entonces, en tanto las cuentas de vidrio van pasando entre sus dedos nudosos, los labios bisbisean y los ojos se entrecierran, como en arrobó inefable.

El Cura ha salido, como otras, esta tarde. Ha atravesado la plaza. Al pasar frente al atrio, ante la Cruz del Perdón, recta sobre su poyo resquebrajado y tiñoso, se ha perseguido. Luego ha tomado la calle, recta, recta, y ha ido hasta el cementerio nuevo, más allá del Calvario. Va con el propósito de desentumecer las piernas. Una vez llegado al cementerio, empuja la puerta de tablas, desplomadas a medias, y por enmedio de las filas de toscas cruces que despliegan sus brazos entre los mogotes de "zacate limón" y las matas cundidas de maravillas y de siemprevivas, llega hasta un altozano que domina el cementerio, y a su vez, el camino. El Cura arroja su sombrero sobre la hierba, y, sentándose sobre el mullido tapiz, abre su breviario, y comienza sus oraciones.

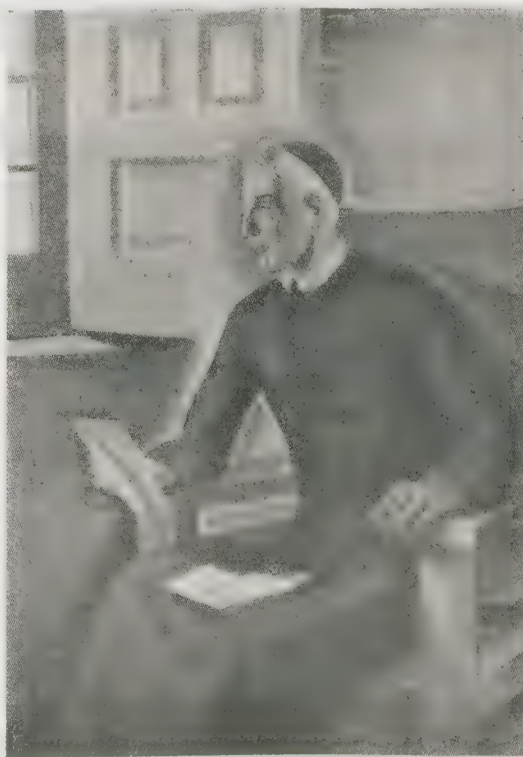
Su oración es apenas como un zumbido de abejorro dentro de la corola de una rozagante "chocolatera". El Cura reza, mientras los pájaros indisciplinados se desternillan, cantando, en los ramajes espolvoreados de oro por el sol poniente. Hay mariposas que vuelan en redor de los frondosos haces de lirios, sobre las espesas manchas de borraja. Una, un soberbio pavón de alas de terciopelo recamado de filigranas. Llega hasta donde el Cura reza, y ahí se está, un instante, sacudiendo, nerviosa, las anchas alas. De pronto, describiendo una curva, salta hasta las manos del Cura, y se queda, esta vez, inmóvil, fija, plegadas las alas. El Cura, que es hermanito del Seráfico San Francisco de Asís, y que llama "hermano" a los seres y a las cosas, contempla con ojos filiales, con ojos húmedos de ternura a "la hermana mariposa", y la deja tranquila, ahí donde está, clavada al borde del breviario, como un broche de gemas rutilantes.

Por el camino blanquecino va pasando una carreta entoldada. El porraceo de las ruedas en los baches y carriles, apaga, un instante, el rumor de vida del cementerio. No se oye a los sinsontes, que ritornalizan en un chaparro de "chichicaste", cuyas hojizas rugosas cobran, al reflejo solar, vívido titilar de escamas. No se oye, a la parva de "guacalcías" que alborota entre las pencas de los piñales. No se oye a la "gustumona", que en lo alto de un "guachupilín" despide con sus arrullos al día que se va y saluda a la noche que se avecina, misteriosa, de puntillas, arrastrando sus crespones de viuda. No se oye al grillo que inicia su agria sonata bajo unas piedras musgosas. No se oye,

## LAS VIDAS OPACAS

### EL CURA VA DE PASEO

tampoco, el leve crujido de las hojas secas que remueve el arrastre de alguna cautelosa sabandija. La carreta pasa. Se aleja. A la vuelta de un recodo del camino, entre los follajes polvosos, se pierde su toldo de cuero de res. Se apaga el porraceo de sus ruedas en los baches y carriles. La mariposa ha volado. Allí se ha ido, a posarse en el filo del recio embudo de un floripondio, a embriagarse en el aliento capitoso de la solanácea. El buen hermanito del Seráfico San



Francisco de Asís, la ha visto irse, con honda melancolía; la ha visto detenerse en la pelagrosa flor, como en el vestíbulo de un antro de perdición. Ha suspirado, pensando en "la hermanita" que se descarría. El alma del Cura es frágil y sonora, como un cristal de bacará. Sus labios marchitos, sus labios inconsistentes, se agitan por última vez. ¿Pedirán acaso al Señor que está en los cielos, y que lo observa todo, pedirá a ese Ser, todo bondad, todo ternura, que vele por aquella desgraciada errabunda? El Cura cierra su breviario, forrado de pana negra. Toma su sombrero de teja, y se lo pone. Se incorpora. Alguna brizna de hierba, alguna magullada forecilla, se prenden al paño del raído balandrán. El Cura avienta una y otra de un papirotazo. Y descendiendo, despacioso del altozano, cruza de nuevo por enmedio de las cruces diseminadas del cementerio. Al trasponer la puerta, se vuelve, y con gesto rápido, se santigua. El altozano aparece en el fondo, desdibujado, borroso. En el fastigio de los cerros que cierran el horizonte, el sol ha dejado, apenas, una ténue orla de tremante cobre. En el tronco de un amate descuajarginado, un escuerzo invisible hace rechinar su torno de madera. El Cura.

pian, piano, regresa al Convento. La vieja criada espera, impaciente. Los guisos humean en la mesa, cubierta de almidonado mantel de rojas guardas. Una lámpara de gas arde, apesetosa. El Cura llega, deja el balandrán y la teja y va a la mesa. El Cura come, silencioso. Es de parco yantar. Engulle, apenas, dos, tres cucharadas de jugo de carne; la orilla de una dorada costilla de ternero; un poquín de arroz con "quilitos"; una rodajita de pasta de membrillo, y con el último sorbo del café, el buen hermanito de San Francisco de Asís, tan sobrio en el comer, comete un pecado, ¡gran pecado! El santo varón, saca su petaca, una petaca toda recamada de turbia mostacilla, y destapándola, extrae de ella un puro, ¡Con qué pecaminosa fruición lo despunta, con los dientes, e incorporándose se inclina hacia la lámpara, para encenderlo por sobre el tubo, en la llama del gas! El Cura, se queda de una vez en pie. Sin abandonar el puro, se ha persignado, prestamente. Ma musitado las gracias al Señor. Luego, dirigiéndose al corredor exterior del Convento, comienza a pasearse de un extremo al otro. El puro humea en sus labios, como una chimenea. Por la plaza del pueblo, que está completamente a oscuras, se entrecruzan algunos bultos. En la esquina del atrio de la iglesia, arde, en su poste, un farol. La llama apenas alumbraba. Es un débil manchón cobrizo sobre el muro encalado de la portada. El cura ha terminado su paseo. Es ya la hora de retirarse a su habitación. En esta habitación, de encaladas paredes y de techo cruzado por toscas vigas descubiertas, hay, en un rincón, dentro de su camarín de cristales, un crucifijo de marfil y ébano, de tamaño más que regular. La anatomía del Cristo es de un verismo espeluznante. La sangre que corre en hilos por su rostro macilento, que se coagula en pegotes en los hundidos costados, parece de lacre. A los pies de la imagen, arde una mariposa de aceite. El vacilante reflejo de la llama presta al desvaído marfil del Cristo, livores espectrales. En un vago, a la vera de la llamita, se amustia un ramito de "barbonas" azufrosas. Hay, además, un armario. Un estante de pino con unos cuantos libros. Hay, ante todo, una hamaca de pita, pendiente de sus argollas de hierro. El Cura se despoja de su sotana, y se queda en mangas de camisa, en pantalones de dril. En esta traza, busca en la hamaca el verdadero descanso. El silencio de la noche, la quietud de la estancia, es apenas alterada por el agrio chirrido de las argollas. Y ahí se queda el Cura, siguiendo los caprichosos giros, las frágiles volutas del humo de su puro, hasta que el despertador de la mesa de noche, marca las diez. Entonces se levanta, da una vuelta de inspección al rededor de la estancia. Corre la falleba de una ventana, atranca una puerta, echa llave a un armario. En seguida va a su reclinitorio, y ante el Cristo desangrado, reza sus oraciones. Una vez concluidas se desviste, calmosamente, y se mete, tranquilamente, en la cama. Extingue la vela. Se le oye dar vueltas. Se le oye resoplar. Luego nada. Instantes después un sonoro, un estruendoso roncar se inicia, que durará hasta el amanecer, incesante, sin bajar de diapason. El buen Cura, el humilde hermanito del Seráfico San Francisco, duerme como un bendito.

# LOS INTRUSOS

## Cuento campero

**E**l paisano Ramón, al irse, había cerrado la puerta y las dos ventanillas, dejando dentro sus pobres muebles, sin esperanza alguna de encontrarlos al regreso.

Los matreros, sin embargo pasaban siempre cerca del rancho, y jamás intentaban abrir su endeble puerta de un empujón. Tenían cierto cariño al buen gaucho que los había salvado más de una vez de la muerte, y respetaban su propiedad, no permitiendo que nadie se acercase a ella. Sabían también que el paisano Ramón era muy pobre, y que no guardaba en su vivienda ningún tesoro, ni siquiera un "cinto" de cuero de nutria con botones de plata.

Cruzaban, pues, por sus cercanías sin intención del menor daño, y como siempre, se guarecían en el monte, hacia cuyos bordes daban las ventanas del rancho.

Una tarde cayó el viejo al pago sin que ser viviente alguno lo viera, y no pudo menos de admirarse al detener su "manso" frente a la puerta, de que todo se conservase como él la dejó, pues aquella continuaba cerrada con llave, según pudo confirmarlo empujándole de espaldas de a caballo.

Pa que se vea no más...—dijo en voz alta.—No es tan mala la gente del monte; que así güen lao en la mesma entraña fierá.

Pero apenas acababa de hacerse este raciocinio, cuando las ventanas que daban a la parte del monte, y que de allí no podía ver, cayeron con estruendo, como si hubiesen sido forzadas con un tronco de guayabo entero.

El paisano Ramón, sin asustarse, y en voz fuerte para que lo oyesen los ladrones, exclamó con muy buen talante:

—¡Juntito con el hablar me tapiaron la boca, mozos!

Y se echó a reír, con esa risa socarrona, simpática y contagiosa del gaucho comadronero e inofensivo.

Crefa que fuesen los matreros los intrusos; pero nadie le contestó.

En cambio, sintió dentro del rancho un gran ruido, caídas de bancos y mesas que se chocaban con estrépito.

—¡Ehu, mozos!...—gritó jovial;— ¡pilcheen lo que quieran; pero no ruepan el almario y la consola vieja!

El barullo seguía en el rancho.

Todo venía por el suelo; un mueble dio contra la puerta, y otros se estrellaban entre sí y en la pared con increíble violencia.

Por su parte, él seguía gritando a voz en cuello:



—¡No regüelvan el cobre de abajo e la cama, que no así que escapolaríos de ña Simona, y un crucifijo de guampa que jué de la dijunta, por Dios bendito!...

Y en acabando de hablar, el paisano viejo se sonreía con humildad, por sí asomaba por allí algún trabuco.

Ni una voz le respondía.

El estruendo iba en aumento: los bancos parecían pelearse con la mesa, el armario de pino con la cama, el cofre con una cabeza de vaca; y aunque sucedíase a intervalos el silencio, la batahola se renovaba con furia como si allí hubiese entrado el diablo.

El paisano Ramón empezó a parar la oreja. Y viendo que nadie le contestaba, dió vuelta al rancho en su caballo, paso ante paso; se sacó el sombrero nuevo de "panza de burro" que había comprado en el "pueblo", y antes de enfrentarse a una de las ventanas abiertas, iba diciendo a voces:

—¡Toito es de ustedes, mozos!... pero no quiebren el mobiliario que es enocente. ¡Cristo padre!...

Con el sombrero en la mano, y sin apearse, se echó sobre el pescuezo del caballo para asomar la cabeza por el ventanillo; y en ese instante, uno de dos enormes yaguaretés que estaban dentro, lamiéndose los bigotes—lo saludó con un bramido.

—¡Mía!... dijo el paisano Ramón muy azorado, y dió vuelta con la rapidez del rayo, metiéndose en el brazo por el barbijo el sombrero.

Ruido de espuelas y rebenque, y arranque

Por E. Acevedo Diaz

a escape del mancarrón, fué lo único que se sintió en un segundo.

El paisano viejo en un soplo cinco cuabras, y el quintuple habría seguido corriendo desahogado, si un encuentro imprevisto con una partida de matreros no lo hubiese compelido a sujetar riendas en un bajo. Eran cinco mocetones de largas guedejas, que se pararon a mirarle con su ceño arisco y sombrío, cambiándose entre ellos algunas palabras.

El paisano se acercó todo arrollado en los lomos de su cebruno, al que aun le temblaban los corvejones, y dijo con una risita insegura:

—¡Güenas tardesitas, mozos!... ¿Quieren pitar? Aquí traigo unas tagarninas del "pueblo". ¡Es güen tabaco!...

Los matreros le contestaron el saludo y le aceptaron los cigarros.

El viejo desató entonces la lengua y contó la causa de su fuga.

—Es el mismo—dijo uno de ellos, mirándolos atentamente.—¿De adónde sale, paisano Ramón?

—De Montevideo—respondió éste, todavía espantado.—Y pa que vea, juntito que me ayegué al rancho no parecía sino que el mismo demonio se había colao por la chimenea... ¡Qué cocear adentro del mobiliario, Cristo bendito!

¿Son petisos los jaguares ño Ramón?

Se me hacen más grandes que un toruno; y macho y hembra han de ser porque le adentró venía un jedor recalentao que volteó el hocico al mancarrón.

Los matreros rieron y se miraron.

—No tengás cuidao, viejito—dijo uno.—Aurita vamos a desoyarlos pa que no güelvan a hacer cría en la cama del paisano Ramón.

Todos cinco arrancaron tras estas palabras a gran galope, armando unos los lazos y revisando otros los trabucos.

El viejo se quedó por allí más de media hora, caminando de acá para acullá, un poco temeroso; y cuando hubo él calculado que la cosa debía estar ya en punto, encaminóse al rancho con un trotecito menudo.

Uno de los tigres había sido muerto y estaba extendida su piel sobre las hierbas, como un presente de la gente montaraz.

Si bien todo se veía revuelto en el rancho, no faltaba absolutamente nada, y por el contrario, los banquitos, la mesa y la consola, porque tanto se afligía el paisano, habían sido levantados y puestos en montón en el centro de su vivienda.



# IMPRONTU

*A toi, fleur, lune, Amour,  
Songe éternel!...*

I  
Que este álbum simbolice  
Primavera, yo deseara:  
Primavera azul y clara  
que envidiase Berenice.  
Berenice y Cloe y Bice;  
una lámpara y un ara,  
un coloquio de ilusiones...  
Primavera de bombones,  
exquisita,  
dulce  
y rara!...

II  
Rosa de las maravillas  
dulces, raras y sencillas  
de un país de nebulosa!  
Suspiros en traje rosa,  
bajo una tarde ojerosa,  
besándote de rodillas...  
Y mientras, gime un violín  
de terciopelo y satén...  
y un excéntrico Arlequín  
pálido a melenas de oro,  
diciendo un chiste y al fin  
vertiendo lloro y más lloro,  
inacabable,  
incoloro,  
de esplín!...

III  
¡Oh Julieta,  
¡Oh Divina  
Mariposa vespertina  
hecha de luna y neblina!  
Taciturna violeta  
loca de ensueño,  
extrafina!  
Ave mística y secreta  
de tu místico Poeta  
a quién le has robado el sueño!...  
¡Oh la tres veces Divina  
perla fina,  
la peregrina  
Julieta!

la tres veces Parisina  
que interpreta  
a Chopín y a su Poeta!

Graba este "improntu" halagüeño  
a manera de blasón  
en tu inquieto corazón  
junto al nombre de tu dueño,  
entre una postal y un sueño,  
y una perla  
y un  
bombón!...

Julio Herrera y Reissig



## La abuela del barrio

(Diálogo familiar)

- Murió la viejecita de al lado hace un instante.
- Digamos a su nombre nuestra oración amante.
- Murió como una blanca paloma dulce y tierna.
- ¡Y yo que la creía la única cosa eterna!
- Casi era centenario su cuerpo rudo y noble.
- Como una vasta encina, como un altivo roble.
- Pero la vida roe hasta la raíz más fuerte.
- Y no hay árbol que escape al soplo de la muerte.
- Todos se van, a pasos acelerados, todos.
- Unos detrás de otros, aunque de varios modos.
- Primero aquella niña que tan gentil brillaba.
- Después aquel poeta que tan feliz cantaba.
- Hoy la abuela del barrio cede al invierno frío.
- ¡Y mañana, quién sabe mañana quién, Dios mío!
- Murió la viejecita, como vivió, tranquila.
- Así escuchan los justos la funeraria esquila.
- Nada me duele, dijo la última tarde, nada.
- ¿Qué había de dolerle, si era carne sagrada?
- Nada me duele, dijo, sólo me falta aliento.
- La máquina ya inútil perdía el movimiento.
- Se recostó y durmió en un sueño de escarcha.
- Poco a poco paraba el corazón la marcha.
- Al fin abrió los ojos y anheló todavía.
- Es que se le iba el alma y ella la despedía.
- Ya no veremos nunca su perfil legendario.
- Sus manos temblorosas repasando el rosario.
- No herirá los oídos su voz gruñona y hueca.
- Ni horadará los muros su tos cascada y seca.
- Murió la viejecita del pañolón arcaico.
- Si cerca de sus hijos, lejos del lar galaico.
- Murió la trasplantada con su destino en guerra.
- Y suspirando siempre: ¡Aires d'a miña terra!

Oscar TIBERIO

## Tristeza

Qué tristeza tan grande el alma siente  
al ver venir la diosa Primavera  
y no tener un alma sensitiva  
a quien brindar mis ilusiones nuevas!...

El cielo va adquiriendo los matices  
precursores de dichas venideras,  
y hay murmullo inefable en las canciones  
y hay reflejos de amor en los poemas.

Van brindando las flores sus perfumes  
como ofrenda de gracia y de belleza,  
y las fuentes, que bullen cantarinas,  
semejan una música agorera.

Mas, qué triste, Señor, se siente el alma  
por no tener un corazón amigo...

¿A quién daré mis perfumadas rosas?  
¿A quien daré mis versos preferidos?

Bajo la tarde de inefable calma,  
quiero pensar en mis amores viejos;  
pero la pena enturbia las ideas  
y una vaga tristeza oprime el pecho.

Placeres encantados de otros días,  
poemas que forjaron mis ensueños,  
cantares, ilusiones bendecidas  
¡apartad de mi mente los recuerdos!

Quiero mirar altiva los rosales  
que engalanan las rejas de mi huerto,  
quiero que sean buenos mis afanes.  
quiero que sean plácidos mis versos.

porque el Manto disipa la belleza  
de los cielos radiantes de ventura;  
y se mueren de pena las estrellas  
y se empañan los rayos de la luna.

Mas, que pena, Señor, qué pena siento  
al no tener un alma sensitiva...  
¿A quién daré las rosas encantadas  
que nacen en el huerto de mi vida?

Poemas inefables de otros días,  
visiones que forjaron mis ensueños,  
placeres y romanzas preferidas,  
¡apartad de mi mente los recuerdos!...

Sofía Espíndola.



... te mofaste  
y me echaste una mirada  
que llevo en mi corazón  
como una espina clavada

....te reíste,  
despiadada,  
y llevo en el corazón  
tu risa mala  
como una espina clavada

### Como una espina clavada

Por VICENTE MEDINA

... me volviste  
despreciativa, la espalda  
y llevo en mi corazón  
tu acción canalla  
como una espina clavada....

La vida  
me tienes apuñalada  
Yo te quiero, pese a todo,  
¡malas entrañas!

Y esta pasión me consume  
y me mata  
porque va en mi corazón  
como una espina clavada!

# El miedo en la selva



UE un tenue hedor a tabaco el que delató la presencia del hombre en la manigua, mucho antes de que las fieras de la selva pudieran ver el resplandor de su fogata encendida en un calvero de la floresta.

El primero en sentirlo fué Jab, el elefante; con la trompa extendida aspiró largo rato el extraño perfume del hombre. De pronto echó a correr hacia el cañaveral, cuyos juncos le cubrían hasta las orejas.

De improviso tropezó con el mono, y como necesitaba mensajeros para divulgar la nueva en la selva, obligó al cuadrumano que advirtiera a los camaradas la aparición del hombre.

Al cabo de una hora estuvieron congregados en el cañaveral los más representativos animales con sus séquitos; éstos no faltan nunca, pues el chacal sigue al tigre como un sirviente y el mono al león como ayuda de cámara.

Jab los recontó apresuradamente; no faltaba ninguno, pues el interés por el hombre era más que mediano.

—Como sabéis — comenzó el león, luego de recelosas miradas en torno suyo, — el hombre ha venido esta noche y es preciso tomar una determinación.

—Una palabra — dijo el elefante; — aquí se trata de vengar la muerte de mi hermano, a quien mató un cornac, y justo es que yo sea el vengador.

—Alto ahí — musitó el tigre, erizando los pelos del dorso; tú, Jab, no harías otra cosa que ponerle sobre aviso. Deja a las personas ágiles esa faena tan divertida.

—Propongo — exclamó Sip, la serpiente-pitón, — que se vote individualmente quien ha de ser el vengador.

—Bien — rugió el rey; — oye — continuó dirigiéndose a uno de los cinocéfalos de su servidumbre, — corre a palacio y trae doscientos dientes de las osamentas, y un guijarro del mismo tamaño.

A todo esto el hombre, una vez que hubo alimentado profusamente su hoguera, se dispuso a tenderse.

No debía, sin embargo, hallarse muy satisfecho en aquella manigua inmensa donde los altos árboles quitan la respiración. Varias veces, se le vió examinar su rifle y colocar el enorme revólver al alcance de su mano.

Luego en un pequeño cazo echó café, y situándolo encima de unas brasas, esperó a que hirviera.

En sus ojos acorados se notaba una expresión desconfiada; ya antes, cuando el elefante le acechaba, había notado en las cañas un movimiento sospechoso.

En una mano el rifle de repetición, con la otra enderezaba el pequeño recipiente, y, de vez en cuando, escrutaba la oscuridad atentamente.

Cuando el cinocéfalo — ayuda de cámara — trajo los doscientos dientes y el guijarro, Jab, empujándose, arrancó una enorme hoja en forma de embudo y allí fueron depositados. El que sacara el guijarro, sería el vengador esa noche. Júzguese el interés de todas las fieras al contemplar los preparativos.

El primero en escoger fué el propio monarca, y un resopli-

do colérico señaló el fracaso.

—Bien — volvió a decir el monarca; uno a uno y en el mayor silencio, irán desfilando todos ustedes. ¡Ay del que intente hacer trampa o sustituir los colmillos por otro pedruzco!

El segundo en adelantarse fué el tigre; rápidamente echó dentro de la hoja una mirada fraudulenta, y viendo que no podía distinguir el guijarro, escogió al azar, arrojando furioso el enorme colmillo de jabalí que le tocó en suerte.

Luego fueron desfilando, uno a uno, pues no se admitía sino un solo ejemplar de cada especie, el lobo, el hipopótamo, la pantera, el oso...

—¡La piedra! — exclamó dando fuertes golpes en el bestial pecho, ancho como una encina.

—Calla — dijo el tigre; — con ese tambor destemplado vas a levantar la caza.

—Señores — intervino el monarca agitando su hermosa melena negra como ala de cuervo, — es Seik el orangután el elegido por la suerte para vengar al elefante solitario. Propongo al general oso, por su reconocida ciencia y habilidad, para fraguar el plan de ataque. Un detalle importante; antes de enviarle al paraíso de los hombres es menester que contemplemos a tan raro ejemplar, a nuestro sabor. Por eso Seik esperará mi orden para matar. ¿Están todos de acuerdo?

—Un momento — exclamó Sam, el oso gris; — todavía no sabemos si ese que está allí es comestible.

—Sí que lo es — respondió el tigre, entreabriendo sus fauces golosamente.

—¡Puah! — hizo el ciervo, con el asco particular de los herbívoros hacia la carne.

—Bueno — rugió el león, — que el general oso exponga su plan de batalla.

—Es sencillo — respondió éste adelantándose — Consiste en evitar que esa cosa roja que ha puesto delante el hombre, nos queme los pelos. Por lo demás, bastará que Seik apriete un poco, entre dos de sus dedos, el gaxnate del hombre para que Red elefante tenga venganza.

—Bueno — dijo el monarca; — ¿alguno de ustedes siente miedo?

—¡¡¡Miedo nosotros!!! — exclamaron a una las fieras erizando el lomo; — quizá el ciervo tema al tigre, éste al león y el león al pitón, pero lo que es al hombre, ¡jamás!

—Un instante — dijo Wung, la hiena rayada. — A los más valientes de la manigua mostraría yo ciertos cuadros que he visto en los camposantos...

—Déjate de camposantos — bramó el monarca. — y mános a la obra. No se habla aquí de miedo, desde que todos somos muy valientes para experimentarlo; y si alguno lo duda — continuó encespando la melena soberbia, — trabará conocimientos con mis garras.

Buen monarca — intervino el chacal, — esclarecido monarca — añadió con su servilismo habitual, — yo también he contemplado escenas capaces de poner de punta melenas más hirsutas que la suya. Y esta noche he sentido que se me encespaban los

pelos del dorso al ver una figura blanca e inmóvil en medio de los cañaverales. Era alta y llevaba en el hombro una especie de cuchillo enorme. En cuanto a la cara, era igual a la de las osamentas que adornan el piso de tu morada.

—Una calavera se llama eso — gruñó asustado el erizo. He tenido ocasión de verlas de hombres, y por cierto que esa imagen que has descrito, entre los hombres se llama la Muerte.

—Fuera de aquí — rugió enfurecido el monarca. — Y ahora — añadió cuando vió al chacal huir con la cola baja, — adelante y a matar.

Un poco nervioso el hombre, después de tomar su café, avió la hoguera y encendió la pipa.

Sacó luego de su faltriquera un frasco de ginebra y bebió unos tragos.

Estaba ensimismado contemplando las copas de los árboles, cuando su atención se desvió de golpe.

En una de las plantas fronterizas, un pequeño bulto negro pendía meciéndose a veces al compás del viento.

Picada su curiosidad se irguió lentamente y, recogiendo un tizón de la hoguera, se acercó a observarle.

La forma ovoidal del bulto le hizo suponer si se trataría de un panal de avispa.

¡Qué bien le hubiera caído un poco de miel, en la sequedad amarga de su boca, a causa de las continuas pipas!

Dió un golpe con la culata de su carabina y luego otros muchos, hasta que el negro bulto cayó.

Con la afilada hoja de su largo cuchillo, casi un atlatl, hendió el panal hasta que la mitad comenzó a rezumar.

¡Qué banquete en plena selva! Y alegremente, se dispuso a comerla. En el mismo cazo del café fué volcando el verdoso líquido cuidando de quitar las basurillas, pacientemente.

¡Pero qué olor extraño el de aquella miel! Casi hubiera jurado que olía a agua de Colonia, a cosa de botica. De todos modos era un verdadero manjar de rey y como tal se preparó a ingerirlo.

Poco a poco las gotas fueron cayendo en su sedienta boca. El hombre se relamía de gusto.

Concluída la miel, el hombre echó nuevos troncos a la hoguera y decidió dormirse. Colocó el rifle en la cabecera, que consistía en el tronco de un árbol muy raro, que ya le había llamado la atención por la tarde. Sus hojas casi le tocaban la cara. Pero era tal su repentino sopor, que desistió de buscar otra posición más cómoda.

Lentamente el hombre fué cerrando sus ojos, hasta que el revólver que conservaba en su mano derecha cayó al suelo. Luego, quedó dormido.

Entretanto, la procesión de la selva avanzaba cautelosamente.

Ni el león, ni las demás fieras de representación, lo hubieran confesado jamás, pero no las tenían todas consigo.

Las palabras de la hiena y del chacal resonaban todavía en sus oídos, y varias veces un hálito de miedo pasó por sus lomos.

Lentamente Jab, el elefante, iba apartando los obstáculos del camino. Detrás de él Sip, la serpiente, evitaba que los cachorros

despertaron al hombre con sus jugueteos.

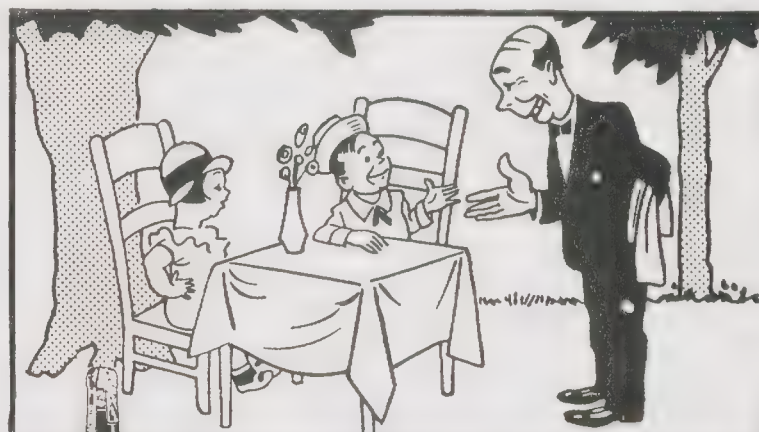
Poco a poco avanzó Seib hasta la gruesa cortina de vegetales que separaba el calvero de la selva.

Sus gruesos dedos apartaron muy cautelosamente las lianas entrevesadas; ya se veía el fuego, y un olor extraño llegó hasta las narices del orangután.

De golpe pudo contemplar la escena a su sabor, pues la cortina ya no existía.

Seik inclinó su cuerpo hacia adelante y miró.

Debía ser tan horrible el espectáculo, que Seik, paralizado al principio por el terror, huyó a través de la selva dando alaridos.



— ¿Que van a tomar?  
— Ni lo preguntes, viejo. Trae la botella del famoso Aperitivo reconfortante

**HIERRO QUINA BISLERI**

EL TONICO MAS EFICAZ PARA LOS NIÑOS

Los otros animales atropelladamente miraron también. Con el pelo erizado, el monarca primero, huyeron así mismo, rugiendo de terror.

Las hojas del árbol donde el hombre apoyara su cabeza, cubrían casi totalmente el rostro de aquel.

Pero era un cuerpo de una blancura horrible, como la de una persona degollada, peor aun, y las manos extendidas hacia adelante transparentaban completamente hialinas, la hoguera del otro lado del cadáver.

El hombre había caído en poder de la miel narcótica y del árbol carnívoro. Como se sabe la primera ayuda al segundo, adormeciendo al infeliz que se guarece bajo la copa.



## ¿Que hacen en Hollywood los cesantes?

Celia Montalván, después de su aventura con Jack, el indomable león africano, se asoció con los inteligentes hermanos Rodríguez, mejicanos como ella, y filmó una interesantísima película parlante con el originalísimo aparato de producción y proyección sonora inventado por aquéllos, que piensan explotarlo organizando una gran

empresa independiente.

María Fernanda Ladrón de Guevara se sometió a una dolorosa cura de reforma y embellecimiento de su nariz, con la que ahora podrá hasta oler dónde hay trabajo en perspectiva. Su actuación en "Madame X", en "Cheri-Bibi" y en "El Proceso de Mary Dugan" le dió derecho al estrellato.

Elvira Morla, hoy Mrs. Jean Ostet, descansa de su luna de miel en su residencia de Sierra Bonita Acenue.

Marina Alcañiz, cada día más guapa, sueña con Nueva York, mientras el simpático Amadeo vislumbra París en lontananza...

Virginia Barragán, excelente actriz, se lamenta de no haber negado a tiempo de debutar.

María Calvo, para entretenerse, se pasa los días bordando banderas tricolores de la llamante República Española, de la que espera dé su nombre a algún teatro aragonés en agradecimiento a la por ella regalada al Consulado de Los Angeles.

Carmen Castillo, cantando por radio las composiciones de su esposo Xavier Cugat, quien, a su vez, se ocupa en componer un Himno para el Estado de Cataluña.

Conina Lamar, Carmen Guerrero, Esperanza Rivera, Delia Magaña y unas cuantas mejicanitas más, al otro lado de la frontera otra vez...

Elena Landeros escribe una revista satírica, letra y música de ella, para representarla en una larga "tournee" que piensa realizar por toda nuestra América.

Paquita Santigosa, casada con Felipe Veracoechea, volvió al teatro, y en los alrededores de Hollywood se la admira.

Alma Real, la gran cantante, vive de sus ahorros, sin echar de menos sus mejores tiempos.

Lupita Tovar, que ha negado su anunciada boda con Paúl Kornel, aguarda de la reapertura de los estudios de la Universal, a los que tanto debe.

Angelita Benítez, en espera de la segunda película independiente del maestro Vilches.

Ernesto Vilches — cuando escribimos esta página — se dispone a someterse a una delicada operación quirúrgica, y, bromeando, se despide de sus amigos para un viaje al otro mundo... (El chiste, que es de él, nos pone los pelos de punta).

Rafael Alvir, olvidándose de su paso por las pantallas de la Paramount y de Fox, para trabajar en un teatro americano de Los Angeles.

José Boñr, ganando dinero por Méjico, cuyos principales teatros recorre cantando sus tangos y dando pintorescas conferencias sobre Hollywood.

## Por nuestras salas

### Grand Splendid - Select - Gloria - Electric

Los templos del arte mudo y sonoro, deberían llamarse las salas que respondiendo al favor que el público les dispensa, estrenan producciones de grandes éxitos programados todos por la casa Max Glucksmann, como lo que detallamos a continuación:

**GRAND SPLENDID.** — Santa Fé 1860. El cataclismo de la risa, Laurel-Hardy en "OTRO LIO MACANUDO" y Buster Keaton en "TENORIO EN PIJAMA".

**GLORIA.** — Av de Mayo 1225. Variedades sonoras en castellano "UN HOMBRE DE SUERTE" y "SU NOCHE DE BODAS".

**ELECTRIC.** — Lavalle 836. "LA TRAGEDIA SUBMARINA", "LLEGADA DE LA SARMIENTO A NUEVA YORK" "EL ESPIA DE MOSCU" por Gay Johnson, "ESCLAVAS DE LA MODA", drama social, lujoso y espectacular, por Carmen Larrabeiti y Félix Pomes.

**SELECT.** — Lavalle 921. "LA MORAL DE LAS MUJERES" y "LA MUJER X (Madame X) genial creación de M. Ladrón de Guevara y José Crespo, hablada en castellano.

## A una muerta

### I

Tus blancas manos temblorosas  
en el crepúsculo besé,  
cual fuesen dos trémulas rosas  
que en el camino yo encontré.

¡Qué delicioso olor salía  
de entre las ramas; lo aspiré,  
como contigo solía;  
y al aspirarlo suspiré...

Los altos álamos callados  
al soplo apenas mecíanse,  
y tu sombra iba por los prados  
más y más aclarándose.

Un negro pájaro maldito  
cruzó fugaz; y yo no sé  
si parecióme o si dió un grito  
muy salvaje, llamándote.

Luego un arrullo contenido  
entre las ramas escuché,  
y dos palomas en el nido  
vi que estaban besándose.

Yo tuve celos al instante;  
por la quebrada a andar eché.  
Y con voz débil y temblante  
lejos fui llamándote.

Tu sombra siempre por los prados  
más y más aclarándose,  
cobraba aspectos muy variados  
como transfigurándose.

Mas yo tu sombra alcanzaba  
no obstante lo que caminé,  
cada vez más nos separaba  
la distancia, no sé por qué.

Y sin embargo, te seguía  
con ciego afán, con viva fe;  
¡tanto era lo que te quería!  
¡Y tanto lo que te querré!...

Los murciélagos tenebrosos  
por la senda cruzándose,  
me siguieron muy silenciosos  
todo el trecho que caminé.

Y las pardas lechuzas fieras,  
que tu muerte anunciáronme,  
me chistaban de las taperas  
raro miedo infundiéndome.

¡Pero qué grato olor salía  
de entre las ramas! Lo aspiré  
con profunda melancolía,  
y muchas veces suspiré...

Ya la noche se avecinaba,  
el campo obscureciéndose,  
y tu imagen se me borraba  
con las sombras fundiéndose...



### II

Yo sé que ya no he de juntarme  
con tu alba sombra que se fué,  
ni con tu cuerpo he de estrecharme  
nunca en la vida, bien lo sé.

Más yo sigo muy obstinado  
y seguiré buscándote,  
cada vez más enamorado,  
con ciego afán, con viva fe.

Alguno ya me ha preguntado  
por qué te busco y para qué,  
y yo mismo me he interrogado,  
y todavía no lo sé.

Ah, pero ya en las tardes grises  
bajo el árbol que yo cuidé,  
a escuchar lo que tú me dices  
yo sé que nunca volveré.

Ya en mis poéticas glorietas  
tu rostro nunca besaré,  
ni te cubriré de violetas,  
ni mi canción te cantaré.

Cuando eche flor la madreselva,  
brote el rosal donde te amé,  
y se ponga verde la selva,  
¡cuanto de tí me acordaré!

Y al buen abrigo de las ramas  
de los sauces que cultivé,  
como escuchando que me llamas,  
que pienso en tí, responderé.

Tus blancas manos temblorosas  
de nuevo, entonces, besaré,  
como escuchando que me llamas,  
que pienso en tí, responderé.

Tus blancas manos temblorosas  
de nuevo, entonces, besaré,  
y junto a tus queridas rosas  
una oración te rezaré.

Y yo que jamás he rezado  
porque sin creencia me quedé,  
¡oh, cuánto entonces te habré amado  
porque por tí me salvaré!

J U L I O   D I A Z   U S A N D I V A R A S



# TEATROS

**GUILLERMO GRASES** es un artista. Verdad es que en contadas ocasiones se pueda calificar en esta forma a los cómicos; pero quien haya visto al actor Grases en su interpretación de "FRAY CAN" en el **MONJE BLANCO** de Eduardo Marquina, necesariamente habrá sentido, belleza; belleza que solo pueden transmitirla los actores que hacen del arte devoción de verdad.

**GUILLERMO GRASES**, joven actor de la compañía de Lola Membrives, que volverá a actuar nuevamente en el Teatro Odeón a su regreso de Montevideo, es un amante del arte y la belleza en todas sus manifestaciones.

Días antes de su partida de Buenos Aires, fuimos a felicitarlo por su interpretación y mientras el nos hablaba tratando de explicarnos su concepción del teatro, relacionándola en forma natural, con las demás manifestaciones artísticas concebidas por el genio humano, nos dijo: El teatro como exponente de belleza moral, está vinculado al arte entero, y, por consiguiente, necesita que el alma, la verdad y la cultura sean sus intérpretes.

Con esto, puede formarse una idea de lo que para Guillermo Grases significa el teatro y lo que exige al intérprete.

**NACIONAL.** — Conjunto Artístico Nacional. Director-Empresario Pascual E. Carcavallo. Como siempre el teatro de los grandes éxitos criollos de la calle Corrientes, sigue atrayendo público, el que no se cansa de aplaudir "El Conventillo del Gavilán", la opereta porteña "Pistoleros del Amor" y "Caramelos Surtidos", sainete musicado de gran éxito.

**BUENOS AIRES.** — Con gran éxito debutó la Compañía Brasileña Tro-Lo-Lo, de grandes revistas, bajo la dirección de Jardel Jercolis. Obras del debut: "A Revista em Brincadeira"... y la super-revista de gran visualidad "Meninas Engrazadinhas!" con las 20 interesantes girls.

**AVENIDA.** — Sigue acudiendo el público a esta sala de la Avenida de Mayo, donde sigue cosechando aplausos la Troupe estudiantil uruguaya "Bisturi" con las revistas "Cocktail Bisturi", "Bisturi de Gala" y "Don Quijote y Good-Bye".

**SMART.** — Compañía Podestá-Ballerini. Espectáculos cómicos (no aptos para señoritas), siguen en cartel las producciones "Casa Amueblada", "Carne de Vicio" y "Los Invertidos".

**MAYO.** — Compañía de zarzuela Felisa Herrero. Continúan cosechando aplausos las secciones de esta sala, manteniendo en cartel, "El cantar del Arriero", "Los pícaros Celos", "En Sevilla está el Amor" y Lysistrata por Felisa Herrero.

**COMICO.** — Empresa A. Manzi y Cía. Gran Compañía Argentina de Revistas de Actualidad.

Como siempre con el beneplácito del público, que de continuo llena esta sala, se mantienen en las carteleras las revista "Ojo, que las papas queman", "Uriburu quiere largar" y el reestreno de "El Rascacielo de las Estrellas".

**LICEO.** — Compañía Fregues-Singerman-Olarra. Continúan los aplausos para "Yo quiero que tu me engañes" y con mucho éxito "Sin Querer" y "Cuando tengas un hijo."

**ATENEO.** — Compañía Evita Franco. Con grandes éxitos sigue destacándose en este coliseo, la figura de Evita Franco en las producciones "La mujer que ellos sueñan" y "La calle"



*Teatro Odeon*



THEATRO ODEON - 1934 - 1935  
S. A. G. O. S. A. G. O. S. A. G. O. S. A. G. O. S.

1934  
1935  
1936  
1937  
1938  
1939  
1940  
1941  
1942  
1943  
1944  
1945  
1946  
1947  
1948  
1949  
1950  
1951  
1952  
1953  
1954  
1955  
1956  
1957  
1958  
1959  
1960  
1961  
1962  
1963  
1964  
1965  
1966  
1967  
1968  
1969  
1970  
1971  
1972  
1973  
1974  
1975  
1976  
1977  
1978  
1979  
1980  
1981  
1982  
1983  
1984  
1985  
1986  
1987  
1988  
1989  
1990  
1991  
1992  
1993  
1994  
1995  
1996  
1997  
1998  
1999  
2000  
2001  
2002  
2003  
2004  
2005  
2006  
2007  
2008  
2009  
2010  
2011  
2012  
2013  
2014  
2015  
2016  
2017  
2018  
2019  
2020  
2021  
2022  
2023  
2024  
2025



## La laguna negra

(Continuación de la página 15)

si una fuerza de convicción superior al sofisma que pretendía inhibirme no hubiese despejado mis ojos haciéndome contemplar cara a cara la vida y la realidad.

Un cendal de sombra caía sobre la tierra tranquila disminuyendo paulatinamente la extensión del poco antes vasto horizonte y de rato en rato oía cruzar por sobre mi cabeza, descubierta para saludar la solemne majestad del cuadro, un ave presurosa en busca del remoto nido...

Pero vamos a la leyenda y dejémonos de descripciones, que nunca fué este recurso, cuerda de mi guitarra. ¿Habrá entendido usted, por ventura, que se trata de un bosque y del campo y de la laguna, de la famosa laguna, negra cuya existencia es positiva, indudable?

\* \* \*

Hace aproximadamente medio siglo vivía en las cercanías de la susodicha laguna una pobre mujer, viuda y madre de una niñita de poco más de un año. Esta mujer ganaba un sustento lavando ropa que le confiaban algunos vecinos, y el sitio elegido para el desempeño de su tarea era la orilla de la laguna.

Cantando—tal vez para desahogar íntimos pesares—se entregaba a su trabajo confiada en la fuerza de su brazo y en la entereza de su corazón, y golpeando vestidos y manteles pasaba allí tres y cuatro horas hasta que al atardecer volvía a su rancho. Esa labor, realizada sin excepción todos los días, la había familiarizado con la extraña y para ella indiferente población de aves y alimañas que en los árboles y en las aguas tenían su nido, y según se refiere, más de un canto y más de un grito imitó con perfección tan acabada, que estando ella allí no se sabía si era su garganta o la de sus irracionales acompañantes que hacían vibrar la silenciosa atmósfera circundante.

Confiada en aquella identificación y satisfecha del consorcio jamás interrumpido, en que transcurrían las horas de su trabajo muchas veces dejaba su cuna en un extremo de la laguna mientras ella buscaba agua clara donde terminar la limpieza de la montaña de telas que condujera. Si descuidada perdía de vista a la niñita, le bastaba proferir un grito de ésta conocido, grito que recibía contestación inconfundible y que la tranquilizaba hasta dar fin a su tarea.

Llegó un día en que, enferma de gravedad la mocosa, tuvo que suspender su viaje cotidiano a la laguna y dedicarse a cuidar a aquella con todos los esfuerzos de su pecho acongojado, y conseguida que fué la curación, reanudó una tarde de primavera su excursión al sitio donde trabajaba.

Me imagino el cuadro en que esa escena se desarrollaba. Un sol tibio descendía sobre el campo ilimitado animando la naciente vegetación que cubría su ondulante superficie. El aire corría sobre las copas de los árboles meciéndolas suavemente, y de las entrañas del bosque que rodeaba a la laguna salían voces que sonaron con singular repercusión en el espíritu de la trabajadora y confiada campesina.

Poco esfuerzo le costó internarse por senderos conocidos, y con la carga de ropa en la cabeza y la de su chiquilla en los brazos, columbró el espejo del agua acariciado por rayos solares quebrados y centelleantes. El concierto de trinos y de murmullos que tantas veces había alegrado su permanencia en aquellos agrestes y encantadores lugares infundió en su corazón sereno y valeroso una singular alegría, y poco tardó en desembarazarse de su doble carga contestando con sus canciones el saludo—o lo que a ella le pareció saludo—de agua de cielo, de aves y de reptiles.

Próximo a la orilla oriental de la laguna había un tronco grueso, irregular y verdinegro,

que eligió para asiento de la criatura, en la seguridad de que allí, según su costumbre, no se movería. Volvió ella a cargar con su ropa y fué a dejarla como a unos seis metros de distancia, donde la desenvolvió y donde se instaló para trabajar.

Ruda fué la tarea esa tarde por la gran cantidad de trapos que requerían limpieza; pero como fuerzas y deseos era lo que le sobraban, emprendida que fué la labor, transcurrió el tiempo insensiblemente hasta que las sombras se internaron velando el ambiente y dejando sobre las cosas pinceladas extensas y opacas.

“Un ratito más—se dijo—y acabo con todo lo que traje”. Y quedóse, efectivamente, meneando los robustos brazos y agitando su cuerpo con un entusiasmo que revelaba a las claras la intensa satisfacción de ver coronados por el éxito sus esfuerzos empeñosos.

Sigue diciendo la gente que recogió al leyenda—y hasta ahora nada ha acaecido, a mi juicio, que merezca el nombre de tal—que al volver la infeliz el rostro hacia donde sin desconfianza dejó a su hija, no vió rastro alguno de ella, y fué tan enorme el salto que dió para llegar hasta el consabido rincón, que solamente con alas o con piernas desmesuradas se concibe que haya podido realizarlo. Gritó, lloró, invocó a Dios y al misterio, pero no pudo descubrir en las cercanías el paradero de la criatura. Entonces quiso ver de nuevo el madero en que la dejara... y éste también había desaparecido.

Supuso que se habría levantado, contra su costumbre, yendo hacia la espesura, y menos tardó en pensar eso en que internarse hasta lo peligroso, hasta lo inaccesible, gritando siempre: “¡Nena, hijita... mi Dios... dónde estás!” Y así anduvo, desafiando espinas, con el rostro y las manos ensangrentadas, hasta que habiendo recorrido todo el bosque sin oír nada más que el susurro de hojas y el chillar de pájaros y cu-

lebras, cayó la noche como una pesadumbre sobre el espacio insondable cubriendo con el misterio de su velo el agua de la laguna, agitada por el corretear de sus peligrosos pobladores...

Y aquí empieza la parte decididamente fantástica del relato—y empiezo yo a ponerme serio en señal de acatamiento a cuanto me dijeron para dar remate al episodio.

El troneo,—agregó el paisano que tenía la palabra,—no fué tal, se presume. Lo que la cuitada mujer había elegido para descanso de su hija era un yacaré, que regalón, insensible o identificado con aquella compañía, se había dejado estar hasta la entrada del sol, hora en que, sin esfuerzo se arrastró hacia la orilla de la laguna y desde allí hasta su remota guarida.

La pesquisa, infructuosa y conmovedora, terminó con un sollozo hondo y desgarrador y con una injuria arrancada por la impotencia. A poco andar y cuando las tinieblas poblaron la extensión como crespón mortuario sobre el lamento de las nocturnas aves y el murmullo de las opacas aguas, hizo coro a las voces de la abigarra da población campestre, la suave, acariciante, desoladora de la pobre mujer sin hija que quería llamar con la música de su dolor los manes de la infeliz víctima de la laguna negra.

Pocos días después, añadió el trasmisor de esta fábula campesina, murió la desgraciada lavandera en un hospicio de dementes—y precisamente desde aquel día en que esa muerte se produjo, se viene oyendo, a la caída del sol y desde distintas alturas de la citada laguna, un como gemido, una como súplica que desgarran la quietud del ambiente, y que no puede ser más que el gemido del alma de la viuda que en vano llama a su hija enterrada en el fondo cenagoso de la aguada, a la que hace guardia perenne el impenetrable bosque de pinos seculares...

# AMOR Y TRAGEDIA

*un enigma de la historia*

**F**UE la reina de Escocia María Estuardo, el juguete de fuerzas sinietras entre las garras de la política, o fué una mujer sin corazón infiel, que se servía de los hombres como muñecos para sus fines?

La memoria de María Estuardo es una moneda confusa en la que no se sabe cuál es el anverso y cuál el reverso.

La belleza, el amor, la tragedia de la vida de la reina de Escocia han despertado dos bandos: el uno, la ataca; el otro, la defiende; pero ninguno de ellos acaba de apuntar datos y documentos que puedan resolver el enigma.

Durante su vida sólo un hombre pudo librarse de sus fascinadores encantos: Juan Knox, el severo reformador.

Desde su muerte no ha habido hasta el día mujer más ardentemente defendida ni vilipendiada que María Estuardo; ni ha habido vida que más se indague, estudie y revuelva. Su vida ha sido el tema de escritores como Schiller, Alfieri, Walter Scott, Swinburne, Drinkwater y otros.

De todas las versiones, aparte de su ambición de sentarse en el trono de Inglaterra, sólo hay en claro el hecho indiscutible de su belleza y de sus encantos.

María fué desde su trono de Escocia la principal o una de las principales figuras en la lucha entre católicos y protestantes.

La vida de la Estuardo toca cuatro coronas: las de Escocia y Francia, que poseyó, y las de España e Inglaterra que en ciertos momentos pareció iban a ceñir sus sienes.

Si se hubiera casado con el príncipe que después fué Eduardo VI o si don Carlos hubiese sido su consorte, la historia de Euro-

pa hubiera cambiado por completo.

Otra vez estuvo a punto de ser reina de Inglaterra cuando las negociaciones para hacerla esposa del duque de Norfolk.

A los cinco años fué enviada a Francia; a los diez y seis, prometida del delfín; a los diez y siete, reina de Francia; a los diez y ocho, en el año 1560, viuda del rey.

Santa o pecadora, María vivió en plena tragedia, rodeada de personajes que creían en la magia. Su época se esfuma cuando ya su hijo, Jaime VI de Escocia, llega a ser Jaime I de Inglaterra.

Aparece Catalina de Médicis, con cuyos hijos se educa María en Francia. Quizá allí conoció a Rabelais; la atmósfera de la corte se deja ver en una carta de Catalina, en la cual invita a un primo suyo a un almuerzo en el que se asesinará a otro invitado.

Catalina aborrecía a María, y contra ella conspiró cuando aun llevaba el luto por su hijo Francisco II.

Chastelard, hipócrita cortesano, la acompañó en su viaje a Escocia; dos veces le encontraron escondido en las habitaciones de la reina, y fué decapitado. ¿Era su amante, o un espía que se hacía pasar por tal?

Rizzio, el italiano, llega a ser su secretario particular, y su poder es tal que irrita.

El secretario se encuentra cenando con la reina; un grupo de nobles escoceses, capitaneados por Darnley, penetra en la habitación; uno apunta a María con una pistola, mientras otros sacan a Rizzio de detrás de la reina, que lo ocultaba con sus faldas y le asesinan en la cámara contigua.

Cuando notificaron a la reina que Rizzio había sido sacrificado a los insanos celos y a la intriga de Darnley, con voz firme exclamó: "¡Basta de lágrimas; pensemos en la venganza!"

Pero aun la tierra está húmeda con la sangre del italiano cuando María pasa a ser esposa del asesino. Un día, según cuentan los enemigos de la Estuardo, dijo ésta a Darnley: "Ya han pasado doce meses, y ya es hora de que uno más grueso que Rizzio vaya a yacer a su lado". El asesino, que había engordado mucho, murió en una quinta que fué volada con pólvora. Lo que aún se ignora es si la reina tuvo o no parte en el crimen.

Finalmente, aparece el conde de Bothwell, amigo de la poesía uno de los caballeros más ilustrados de la época.

Bathwell era el mimado de las damas. Tuvo tres mujeres, además de María. Para casarse con ésta se divorció de su mujer; pero una vez casado con la reina conservó como mujer "adjunta" a la esposa divorciada.

La reina no tenía otra voluntad sino la del conde, y éste, que hacía su voluntad, llevaba a Escocia la guerra civil por la supremacía de las religiones.

En febrero de 1567 voló la casa en que estaba encerrado Darnley. En mayo otorgó María el título de duque de Orkney al conde, y se casó con él, a pesar del divorcio y de su religión.

Pocos sintieron la muerte del gordo Darnley. Era insolente, humillante; mal esposo y mal padre.

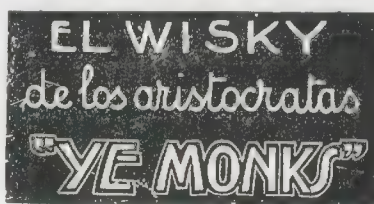
Bothwell fué acusado por conspirador; se presentó ante los jueces armado; según era costumbre. Fué absuelto; pero la nobleza andaba revuelta con las cues-

tiones religiosas, y se llegó al terreno de las armas.

Bothwell y los suyos y, por consiguiente, María, fueron vencidos. La reina de Escocia se vió obligada a huir disfrazada de hombre.

Bothwell pudo o le dejaron escapar. Se refugió en Dinamarca, en donde acabó sus días.

La reina fué encontrada disfrazada de campesina, en julio de



1567 y se la obligó a que abdicara en favor de su hijo, el niño Jaime VI.

María, la alegre, la bella, la encantadora reina que ciñó dos coronas, fué encerrada en una prisión. Llamó a Bothwell y cuando la dijeron que estaba en lugar seguro, muy contento, viviendo con su antigua legítima esposa, su desesperación fué grande: quería morir.

Su vida, en realidad, fué sólo media vida. A los veinticinco años de edad abdicó; a los cuarenta y cuatro, su cabeza rodaba por el patíbulo.

Un amigo, alguien que no le quería bien, la aconsejó que huyera de la prisión de Loehleven y pasase a Inglaterra, y así lo hizo, presentándose a la reina Isabel. El ratón entraba en la jurisdicción del gato. Muchos son los cargos que allí se le hicieron, las falsedades, las falsificaciones, las cartas supuestas, de todo hubo, pero hoy nada de cierto se sabe. El enigma histórico sigue pie.

# Simple olvido

Dieron las cuatro en el reloj del ministerio, y el señor Legranduc se quitó las mangas de percalina, secó la pluma, cogió el sombrero y los guantes de hilo gris, y, una vez en la calle, guiñó los ojos bajo el sol, como si fuera un mochuelo.

Los rayos del astro del día habían deslumbradores. El señor Legranduc vaciló un momento. ¿Regresaría a pie? Un vaho de calor que le enrojeció el rostro le acobardó. El autobús pasaba; saltó dentro, y, ágil, fué a sentarse en un sitio vacante junto a la vidriera.

A su izquierda tenía a una corpulenta dama de vestido anticuado; enfrente a un caballero venerable de blanca barba, y al lado de éste, a una muchacha feucha, de párpados fatigados. En una palabra, nada interesante. Para no estar ocioso, el señor Legranduc sacó los lentes, y lentamente, concienzudamente, meticulosamente, se dispuso a leer el periódico.

—Vamos a ver qué hay de nuevo... ¡Toma, toma!, una estafa de trescientos mil francos... Leámoslo:

"Una de las más importantes casas de banca ha sido víctima de una estafa formidable. Se ha dictado orden de arresto contra uno de sus empleados, que ha logrado apropiarse cerca de trescientos mil francos. Se llama Boisgorry, y hace tres días que ha desaparecido de su domicilio. Se teme que haya conseguido ganar la frontera."

Seguían la fotografía y la filiación exacta del estafador: 30 años, moreno, afeitado, etc.

El señor Legranduc cesó de leer. El autobús había vuelto una esquina, y el sol, en todo su esplendor, entraba por la ventana abierta. Molestos los párpados de la feucha, se cerraron convulsivamente; la gruesa señora exhaló un húmedo suspiro, al que el señor Legranduc, congestionado, hizo eco.

Solamente el caballero venerable supo tomar un partido inteligente, que fué levantar el brazo y bajar la persiana.

La calma renació instantáneamente. Los párpados ofendidos volvieron a abrirse; la incendiada y gruesa dama se dignó sonreír, y el señor Legranduc dobló su

periódico. El prudente caballero continuó mirando pacíficamente en el vacío.

En la parada inmediata descendió sosegadamente detrás de él.

Pero, señor Legranduc, ¿qué le pasa a usted? ¿Está usted loco, enfermo o hipnotizado? ¿De tal modo este espléndido sol primaveral le ha turbado a usted el cerebro, que apenas llegado a la Magdalena se cree va a Bagnolles?... ¿O es que, de repente, le ha entrado a usted el deseo de subir a pie hasta su casa? Pero, no: ¡si toma usted una dirección completamente opuesta!: una callejuela a la derecha, otra a la izquierda... ¡Por vida mía! ¡Juraría que sigue usted al caballero viejo!...

¡Sí, sí! Esto es. El señor Legranduc se ajusta a su paso. Poco hábil en su papel, algo inquieto, va rozando las paredes, preso entre el triple miedo de ser notado, de perder la pista y de no encontrar agente alguno.

¡Por fin, está salvado! A lo lejos, sobre la acera, indolente, la nariz al aire, un agente espía ansioso una nubecilla blanca, microscópica, perdida en el cielo resplandeciente.

El señor Legranduc no anda: corre, vuela, salta sobre el agente.

—¿Ve usted a este caballero de barba blanca?... Este que atraviesa la calle... ¡Pues es preciso arrestarle! ¡Aprisa, aprisa, despache! ¡Es Boisgorry! ¡Boisgorry! ¡Ah, ah! ¡Es buena la ocurrencia del burgués! ¡Hum! Con este calor, no hay más remedio que beber...

Y, desdenoso, encogiendo sus poderosos hombros, el agente volvió la espalda y se alejó a buen paso.

Furioso y obstinado, el señor Legranduc volvió a atraparlo:

—¿Que sí, que sí! ¡Es Boisgorry! Estoy seguro, ¿entiende usted?... ¡seguro!...

—Ya era demasiado! Y el agente, áspicamente:

—¿Quiere usted dejarme tranquilo? ¿No ha leído usted sus señas? Treinta años, alto distinguido... ¿Corresponden al abuelo encorvado que se ve allá abajo? ¡Déjeme usted en paz! ¡Y márchese!...

—¡Digo que es él! — aulló Legranduc en el colmo de la deses-

peración. — ¡Tengo pruebas!

—Eh, nada de tonterías! ¿Si el señoritingo tuviera razón? De un salto abandonó el agente la acera, la nubecilla blanca y los grandes ensueños que pueblan el firmamento... Ya está a cincuenta metros del viejo, a diez metros, a un metro, y como tiene el brazo largo, balanceando hacia adelante su cuerpo alcanza a tocarle por la espalda:

—En nombre de...

Estupefacto, el anciano y venerable caballero se detiene, se indigna, protesta.

Se reúne la gente; los niños se burlan, las mujeres charlan, los hombres discuten, corren rumores...

Falseadas, las aladas conversaciones siguen hasta la comisaría al viejo, al agente y al señor Legranduc, triunfante y lleno de importancia.

—¡Eh! ¿Qué viene usted contándonos ahora?...

El hecho es cierto, y hay que rendirse a la evidencia. El mismo viejo acaba de confesarlo todo, y, despojado de una barba artísticamente imitada y de la respetable peluca, aparece Boisgorry enderezado y arrogante, en todo el vigor de su juventud, con todo el parecido de su rostro audaz.

Lo confiesa todo, el robo, la premeditación y hasta los nombres de los encubridores. Después guarda silencio, y burlonamente y con cinismo mira al señor Legranduc. Una pregunta le quema los labios:

—¿Cómo pudo descubrirle aquel insignificante caballerete? Después de pasear durante tres días, a plena luz, su personalidad desfigurada ante los ojos de los sabuesos, ¿cómo ha sabido reconocerle este individuo hético, grotesco, mezquino y miope?

Le obsesiona esta pregunta, hasta que no puede más y la dirige con tono arrogante al señor Legranduc, que responde simplemente:

—Le reconocí cuando levantó usted el brazo, en el autobús, para bajar la persiana...

Y luego, como el otro abriera desmesuradamente los ojos, añadió burlón:

—Y pude leer en la parte interior del puño su nombre, marcado por la lavandera...

## Compañía Italo Argentina de Electricidad

CORRIENTES 561-569

U. T 31 - Retiro 3401

C. T 1387 y 2524 Central



Los cafeteras  
y teteras eléc-  
tricas son  
elegantes  
prácticas  
y decorativas

**D**E las muchas aventuras políticas que Europa presencié durante el siglo XVIII, ninguna fué tan extraordinaria como el advenimiento al trono de Córcega del barón Teodoro De Neuhoff. Cuando en los comienzos de abril de 1736 corrió por Génova la noticia de que un simple barón alemán había desembarcado en Córcega y había sido proclamado rey por los descontentos de la isla, ni el dux ni el senado quisieron creerlo, tan inverosímil parecía aquello. Y sin embargo, el hecho era cierto.

Teodoro Esteban de Neuhoff, nacido en Colonia el 25 de agosto de 1694, era de familia noble, pero pobre. Su padre era un gentilhombre sin oficio ni beneficio; su madre, hija de un pañero de Leja. Huérfano cuando era todavía un niño, la tutela de su tío el barón de Brost le valió poder ir a París como paje de la duquesa de Orleans. Gracias a ésta, al hacerse hombre consiguió el grado de teniente en una compañía de Alsacia, y luego fuese a Baviera, donde obtuvo el mando de una compañía. Pero allí se hizo jugador, y acabó por tener que renunciar a la carrera militar para refugiarse en Francia, y luego en Inglaterra, perseguido por una falange de acreedores. El haberse mezclado en la conspiración de Goertz y Gyllenborg le obligó a abandonar también las Islas Británicas, y entonces vino a España. Al turbulento Alberoni le cayó en gracia aquel aventurero, y lo tomó a su servicio. Gracias a su protección llegó a coronel, y luego, por consejo de Riperdá, casó con Lady Sársfield, condesa de Stilmanoch y dama de honor de Isabel Farnesio.

La caída de Alberoni provocó su ruina. Habiendo contraído en Madrid nuevas deudas, y no pudiendo soportar el carácter, realmente insufrible, de su mujer, abandonó secretamente la corte y pasó de nuevo a Francia, y luego a Portugal, a Holanda y a Italia. En todas partes vivía del juego o de la estafa, y de todas partes huía para no verse encarcelado por deudas o por tramoyas.

Presentóse en Génova en 1732, cuando aquella república llevaba dos años de lucha con los corsos sublevados contra su autoridad. Comprendiendo que en Córcega podría hacer negocio, Neuhoff conferenció con algunos de los jefes rebeldes, comprometiéndose a auxiliarles, pero, como era lógico, tuvo que salir de Génova. Embarcado para Oriente, fué hecho cautivo por los corsarios de Argel, pero apenas llegó a la costa africana, logró escapar y refugiarse en Túnez. Socorrido por el cónsul inglés, en agradecimiento le expuso sus proyectos acerca de Córcega. El cónsul no le prestó atención, pero en cambio el rey de Túnez no sólo se interesó en aquel plan, sino que dió a Neuhoff los medios que necesitaba para ponerlo en ejecución.

Cuando el aventurero desembarcó en Córcega, en Alería, que había caído en manos de los rebeldes, fué recibido con grandes honores, conducido al palacio episcopal de Cervione, y se le concedió una guardia personal de doscientos hombres y dos piezas de

## UN AVENTURERO REY DE CÓRCEGA

*La historia romántica de  
TEODORO DE NEUHOF*

artillería. El alemán, que se hacía titular grande de España, lord de Inglaterra, par de Francia, barón del Sacro Imperio y príncipe del Solio Romano, llevaba consigo un secretario, un capellán, un mayordomo, un cocinero y once criados moros. Los auxilios que había prometido a los corsos, y que en efecto fueron sacados del barco, consistían en diez cañones, cuatro mil fusiles, tres mil pares de zapatos, mil sacos de trigo y muchas otras provisiones. Todo ello valdría muy bien dos millones de ducados. Al día siguiente, atribuyéndose una autoridad que tácitamente se le reconocía, nombró tres coroneles y creó veinticinco compañías de soldados. Su energía, sus aptitudes para el mando y sus modales altivos y corteses a la vez, cautivaron a los corsos, lo mismo que su extravagante traje, compuesto de larga túnica escarlata, sombrero de picos, peluca blanca, espada al cinto y un cayado en la mano. Un mes más tarde era proclamado rey de Córcega en el convento de Alefano, bajo el nombre de Teodoro I.

En el acto de la coronación se acordó que el trono sería hereditario, prefiriéndose los varones a las hembras, e imponiendo al rey las condiciones de profesar la religión católica y residir en la isla. Establecióse una Dieta compuesta de veinticuatro miembros, que deliberarían con el rey, y se decretó la fundación de una orden de nobleza. Después de recibir el juramento de fidelidad de los jefes de la rebelión contra Génova, el rey Teodoro fué conducido al campo, donde, levantado en hombros por los soldados, recibió las aclamaciones de las tropas.

Entretanto, la república genovesa, que al principio tomó a risa el desembarco del aventurero en Córcega, empezó a tomar sus medidas contra él, y el 9 de mayo, el dux publicó un edicto poniendo precio a la cabeza de Teodoro I, al que calificaba de hechicero, ladrón, vagabundo, hombre de depravada conducta, seductor de los pueblos, perturbador de la paz pública, reo de traición y de lesa majestad, y por lo tanto, digno de toda clase de suplicios. Repartido este edicto por todas las ciudades corsas que permanecían fieles a la república, Teodoro contestó con un manifiesto en el que se llamaba redentor de la esclava Córcega y decretaba el secuestro de todos los genoveses que pudieran cogerse, a beneficio del tesoro. Más aún: con un ejército de diez mil hombres se apoderó de Porto Vecchio y puso sitio a Bastia, aunque sin lograr entrar en ella.

Entretanto, entre los súbditos del nuevo rey empezaba a cundir el descontento. Les había prometido el auxilio de Inglaterra, y aquel auxilio no llegaba nunca. Dentro del partido corso se formó un partido contra

Neuhoff, y uno de los oficiales de éste fué arcabuceado por aquella nueva facción. Sin embargo, el aventurero lograba nuevos triunfos sobre Génova, y confiado en su trono obraba como un verdadero monarca. Hizo acuñar moneda, y creó la orden de la Liberación, cuyos caballeros vestían de azul y estaban obligados a recitar todos los días dos salmos y a desnudar la espada en misa, al llegar al Evangelio.

Pero las guerras exigen mucho dinero; la naciente monarquía se arruinaba, y Teodoro se comprometió a pasar en persona al continente para buscar nuevos auxilios. No fué, en verdad, muy digna de un rey su salida de Córcega. Es cierto que le acompañó hasta el barco toda su minúscula corte, pero tuvo que hacerse a la mar disfrazado de abate y con bandera francesa, para no ser hecho prisionero por los barcos genoveses.

Después de recorrer parte de Italia, pasó por París y estuvo en Inglaterra y en Holanda, acabando por establecerse en Amsterdam, donde un buen día fué llevado a la cárcel a petición de sus antiguos acreedores. Algunos infelices engañados, interesados por la causa de Teodoro, o más bien por la de Córcega, pagaron sus deudas y obtuvieron su libertad, y aún le facilitaron dinero y otros auxilios que el rey se apresuró a enviar a Córcega para mantener vivo el entusiasmo de sus súbditos. Realmente lo necesitaba, pues su vida en el continente no podía ser más miserable, siempre cambiando de residencia y de disfraz para escapar a los asesinos pagados por Génova, que a todas partes le seguían.

A todo esto, y en vista de que sus propias fuerzas no le bastaban para dominar la insurrección, Génova llamó en su auxilio a Francia. Neuhoff se apresuró a buscar armas y dinero. Obtuvo de España las primeras y el segundo de Alemania, y con ello volvió a Córcega, en medio del entusiasmo de los isleños. Mas en el momento de ir a desembarcar, algunos buques franceses se presentaron con tropas para prenderle, y creyéndose perdido huyó a toda vela hacia Nápoles. Aquella fuga fué su ruina.

Creyéndose traicionados, los corsos renegaron de su rey, y éste comenzó una verdadera peregrinación por toda Europa, solicitando primero auxilio para recuperar su corona, y ofreciéndola luego al mejor postor sin encontrar quien le diese dos cuartos por ella. En Roma vivió algún tiempo, y tuvo que huir disfrazado de mujer para no ser asesinado. Establecido en Londres, al principio pudo encontrar quien le prestase dinero para darse vida de grande, pero después de ir dos o tres veces a la cárcel por deudas, murió en la mayor miseria en casa de un sastre que le había recogido. Un mantequero vanidoso pagó el entierro muy orgulloso del honor de dar sepultura a un rey. El ataúd fué arrojado a la fosa común, y Lord Walpole le dedicó un epitafio en el que el pobre Teodoro y su breve reinado eran objeto de las más sangrientas burlas.

Pablo, Manuel, Enrique... ¡Perdón! quiero decir los otros gallos y pollos de mi gallinero, continuaron como antes cantando tonterías y esperando aburridos la hora de yantar, y mi gallina catalana arrimándoles cada picotazo "que daba fiebre". Debo añadir que ya algunas gallinas más jóvenes, ilustradas con su ejemplo comenzaban a picar también a los varones. Así las cosas, un buen día, o mejor dicho una buena noche, me anunciaron en mi casa que el "compadrito" de la vecindad había devuelto el gallo y que éste venía convertido en un hermoso y fiero animal, dorado como un faisán y con unos puones que daban miedo. Confieso, reina, que ante los hiperbólicos elogios que me hicieron de la maravillosa transformación de la bestia estuve tentado de ir inmediatamente a hacerle una visita de cortesía; pero como mi gallinero no tiene instalación de alumbrado, no tuve más remedio que postergar para el día siguiente la entrevista. Y, en efecto, fui a verle bien temprano, antes de tomar mi lección de esgrima, antes de todo... y la sorpresa que me proporcionó no es para describirla... En medio del corral y rodeado de todas las gallinas sin distinción de clases ni plumajes, estaba mi gallo, o mejor dicho, un gallo, erguido y resplandeciente de oro, como un paladín antiguo. Los otros gallos formaban un grupito compacto, sumisos y cabizbajos en el rincón más lejano, y más

allá, junto casi al estanque de los patos, se veía el cuerpo aplanado de una gallina muerta. "¡Diablo! ¿Y eso?" Y era la gallina catalana, era mi amada gallina negra que yacía muerta, bien muerta, rígida ya, con dos tremendas puñaladas en el pecho!...

—¿Y después?

—Y después, mi reina, he reconstruido el drama: El gallo que volvía de las trincheras, purificado de renunciamentos, de abandonos y de cobardías, entró en el corral arrogante y fiero. El jefe del gallinero por decreto de la cocinera y no por sus méritos personales, quiso hacer algo por el honor del cargo que ocupaba. Era un gallo "calzeta", hinchado de plumas y con un aspecto de cuarentón ventrudo vestido de jaquet. Picoteó un grano imaginario y se vino acercando al forastero con una serie de pasitos muy sugerentes; pero, apenas mi gallo se puso en guardia, con esa parsimonia y aplomo que delatan una larga experiencia en los peligros y en el noble ejercicio de las armas, y erizó las reemecerdas doradas de su cuello a la manera de una rodela antigua, el rey del gallinero hizo una espontánea abdicación del trono y fué a reunirse con los otros gallos en la penumbra de aquel rincón neutral a que he hecho referencia. Estaba para comer, para gozar y para divertirse, pero no para "jugarse el cuero" por los ojos de una gallina... Al ver que nadie se oponía a su entrada, que no había caso de pelear allí, mi gallo,

tranquilizado, quiso en seguida ser tan amable con las señoras presentes, como correspondía a su educación, a su juventud y a su gallardía; pero, la desgracia quiso que tropezase con mi gallina favorita... Ella, engañada sin duda, creyó que él era un gallo como los otros y se dispuso a atacarlo bravamente, y él, que regresaba de las trincheras, en donde sólo pelean los gallos, se equivocó también y tomándola por un gallo la dejó muerta en el primer envite, de dos puazos certeros...

—¿Qué gracia! ¡Con una pobre mujer... ¡con una pobre gallina... quise decir...

—Preciosa mía; él no sabía que era una gallina. Ella lo engañó con su actitud, porque lo recibió como un gallo.

—Muy bien; pero de todos modos era una gallina y una buena gallina; usted mismo lo dijo antes...

—No lo niego, preciosa; pero de cualquier modo ella tuvo la culpa. La naturaleza es madre, sin duda, pero una madre severa, a la que no se puede burlar impunemente!

Hay un corto compás de silencio. El la mira sonriente y ella, con la cabeza inclinada, juega, pensativa, con sus anillos.

—¿Ha entendido, preciosa?

—Sí... pero usted no ha estado en las trincheras...

—No; pero he estado en las trincheras de la vida seria, a donde me llevaron los quince años y en donde, para el caso, se aprende mucho más que en las otras trincheras, reina mía...

## AFICIONADOS

La casa MAX  
GLÜCKSMANN

le entregará la revelación y copias  
esfaltadas

en 6 horas

MAX  
Glücksmann



FLORIDA 336/44

(Edificio propio)



CALLAO 188/92



## R I M A S

|                            |                            |                                 |
|----------------------------|----------------------------|---------------------------------|
| Al ver mis horas de fiebre | Cuando la muerte vidrie    | Cuando mis pálidos restos       |
| E insomnio lentas pasar,   | De mis ojos el cristal,    | Oprima la tierra ya,            |
| A la orilla de mi lecho    | Mis párpados aún abiertos, | Sobre la olvidada fosa,         |
| ¿Quién se sentará?         | ¿Quién los cerrará?        | ¿Quién vendrá a llorar?         |
| Cuando la trémula mano     | Cuando la campana zure     | ¿Quién, en fin, al otro día,    |
| Tienda, próximo a expirar, | (Si suena en mi funeral),  | Cuando el sol vuelva a brillar, |
| Buscando una mano amiga,   | Una oración al oír la,     | De que pasé por el mundo        |
| ¿Quién la estrechará?      | ¿Quién murmurará?          | ¿Quién se acordará?             |

G u s t a v o A. B e c q u e r

# Páginas Gauchas

## FABULAS

Por Montiel BALLESTEROS



### El hornero

CUANDO el hornero vió venir al hombre con sus herramientas, limpiar el terreno, hacer excavaciones, lo saludó con su voz simple y buena.

—Buen día, hermano; ¿vamos a trabajar?...

—Es verdad, contestó el hombre. El pájaro arquitecto se buscó una horqueta en un tronco propicio y

también inició su fábrica.

Acarreó su barro, sus pastitos secos y, satisfecho de su obra, cantaba.

Finalizó su labor y lamentaba no poder ayudar al hombre, que lidiaba con las piedras, con los ladrillos, con su canto. A la oración le gritaba:

—Bueno, hermano, basta.

El obrero suspendía su tarea y sentábase ensimismado, suspirando, sin encontrar placer en la vista del campo lleno de paz, del cielo cuajado de estrellas.

El pájaro reflexionaba:

—El hombre no está alegre... ¿Por qué?... Es tan lindo trabajar, hacer su casita...

—¿Estará cansado?... Ya vendrá la compensación cuando traiga su familia, en la que debe pensar ahora.

La casa se levantó fuerte y graciosa. Reían sus paredes claras, sus ventanas verdes, su techo rojo.

—Si yo no supiese construir mi palacio confortable, te envidiaría, lo elogiaba el hornero.

Por el camino se vió una nube de tierra; se sintió el rumor de un carro aproximándose.

Venía la familia del hombre...

El hornero les dió la bienvenida en su algarabía, con sus gritos repiqueteantes como el martillo del herrero cantando sobre el yunque.

Pero, sorprendido de no ver jubiloso al obrero, y mirándole irse, le interrogó:

—Oh, y ¿ahora que te hiciste tu casa te vas?

—¡Mi casa!, se dolió el trabajador: ¡Yo no tengo casa!

—¿Cómo!

—La casa es para los otros... yo soy pobre... Para vivir en ella, cuando nos dejan, debemos hacer otras cosas.

—¿No la hacías para ti, entonces?... Sin embargo, te he visto trabajar con amor como en cosa propia.

¡Eres un héroe!

El hombre no sintió las últimas frases. Se alejaba enervado, aprisa, a llevar pan para sus hijos... a continuar levantando casas... para los otros.



### LAS BOLEADORAS

Antes que Satanás, el ángel rebelde, fuera convertido en el demonio, tú sabrás que era hijo de Dios. Pero, desde pequeño, mostraba zurdas inclinaciones y ejecutaba mil diabluras.

Cierto día su padre lo buscaba para mandarlo hacer una buena obra y él, habiéndose hecho enseñar de un brujo virtudes mágicas, se transformó en un ratón.

Dios lo descubrió y vuelto gato lo cazó.

Entonces el se volvió una liebre. Dios tomó las apariencias de un lebre y lo detuvo. — El se hizo mosquito: Dios se encarnó en un avestruz y lo atrapó. — El diablo adoptó la forma de una paloma y su padre, transformado en gavilán, le cortó el vuelo.

—Ah, reflexionó Satanás cuando se vió preso; viene la noche, él no querrá hacerme mal, no tiene armas con que herirme, me volveré un venado, que es el animal más rápido que existe y corriendo en la sombra podré huir sin miedo.

Y así lo hizo.

Dios, desesperado de su lucha, alzó los ojos al cielo y vió que en ese momento nacían, puras y luminosas las Tres Marías.

Las llamó, las ató con un pelo de su barba y las arrojó atrás del venado veloz que, vencido, vió interrumpida su carrera.

Habían nacido las boleadoras.

## EL TORDO

El tordo es un mozo bien, venido a menos.

Hijo de un estanciero rico, se lo pasaba cantando por los boliches, jugando, haciendo el amor.

No tiene hábitos de trabajo ni respeta el laborioso esfuerzo de sus semejantes.

Estaba habituado a andar en coche y se hace esa ilusión encaramado a las vacas mansas, rascándose, haragán, paseando por el campo.

No canta porque empeñó la guitarra por una deuda de juego ni tiene un traje nuevo para un día de fiesta.

Ya le ves el vestido, color ratón, descolorido de viejo.

Cuando tenía plata, — que él no la había ganado, — intentó ser poseedor del nido más lindo del mundo y con ese fin reunió a todas las aves y les pidió expresaran las excelencias de sus casas.

El hornerito arquitecto le enseñó su palacio: con dos picetas, con su zaguán amplio para dar paso al aire y a la luz y defenderse de la lluvia.

—Mira, le indicaba: no descuides la ubicación, que es el secreto del éxito, y el material: tierra negra, pastitos duros y este cemento, le señalaba. Hay que estar en guardia esperando la lluvia y luego de ésta el sol, momento propicio para laborar.

—Sí, sí, aprobaba el tordo; lo haré así.

Vino el boyero. Mostró su nido, su larga bolsa tejida primorosamente con fuertes crines de caballo y el fondo mórvido, con su colchoncito de plumas, de pelusa de flores.

—Es fácil de hacer, juzgó el tordo...

Se toman las cerdas, se entrecruzan...

¿Las cerdas se las compras a los caballos?...

—No hay que recogerlas pacientemente de los alambrados, donde ellos las dejan cuando se rasean.

—Dime, ¿por qué lo colocas sobre una elevada rama suspendida sobre el agua?

—Por precaución. El hombre no me lo puede robar fácilmente y si crece el arroyo o la laguna lo levanta siempre.

—Ah, muy bien; elijo tu fabricación.

Llegó la cotorra:

—Mi casa es sólida, segura y ventilada.

—¡Tan alta!

—Se ve más lejos, tenemos mejor aire.

—Prefiero tu casa.

El carpintero le mostró un tronco seco y martilló con su rudo pico de acero:

—Una residencia seca y sana.

—Muy linda, la quiero como la tuya.

La lechuza elogió su cueva:

—Es fresca en verano, caliente en invierno, no se inunda aunque llueva, es fácil de contruir.

—Me gusta, me gusta...

El espinero que juzgaba su casa una fortaleza:

—¿Qué te parece?

Muy bien defendida. Es la mejor

La tacuarita chilló:

—Yo tengo un palacio de piedra, tordo.

—Es comfortable tu fábrica.

Después vino el yarao, que anida en los pajonales de los bañados, el jilguero y el zorzal, que ama los árboles bellos en el medio del bosque.

Todos le gustaban, pero ninguno dejaba de tener inconvenientes, exigían esfuerzos: acarrear barro, juntar cerdas, amontonar palitos cavar la tierra, subirse a los árboles tan altos!

Pensó:

—Tengo plata, que trabajen los otros.

Tomó uno por uno a sus colegas y les ordenó:

—Hazme, sin fijarte en los gastos, un nido bien hecho, con todas las comodidades.

Pero, cuando llegó la hora de pagar, él ya no tenía dinero; no cumplió, y ninguno le quiso dar el nido en propiedad.

El desfachatado, como dueño y señor, pone sus huevos en cualquier nido y después se va, tan campante a pasear, espulgándose, arribá de las vacas.

El chingolo lo critica:

—He ahí los que medran... Yo soy artista, canto con amor y no tengo quien me proteja de los gorriones... El, haragán, sirvergüenza, engorda y se divierte.

El bicho-feo macho que es un gran ironista, sonríe:

—No hables tan fuerte, chingolo; decir la verdad es peligroso; mira que he sabido que al señor tordo lo van a nombrar comisario...

## LOS PICAFLORES

En el reino de las aves se llevaba a cabo una gran fiesta en celebración de la Primavera.

Estaría allí representada la flor y nata de los poetas, de los trabajadores, de los viajeros. Vendrían galondrinas y zorzales, horneros y calandrias, carpinteros y churrinches, mirlos y martín pescadores... No faltarían, por cierto las delegaciones extranjeras: su excelencia el Ruiseñor, el mejor poeta del mundo; el ave del paraíso que posee unos adornos tan finos, el cóndor, majestuoso y calvo como un viejo diplomático; el tuacán con su enorme pico de cimitarra; los papagayos vistosos y conversadores; la alondra madrugadora y las nobles águilas blancas.

Como era una fiesta criolla, los dueños de casa serían representados por una delegación de pájaros indígenas, pero en homenaje al don de mundo de la señora picaflor y para hacer admirar la graciosa miniatura de su castillo, la reunión se realizaría junto a su residencia.

Todos los pájaros aportaron su tributo a la fiesta.

Quien trajo flores, taxes de plata, mburucuyáes de oro llenos de granitos carmín; quien tutías, dulces pitangas rojas, azucarados guaviyúes violeta, pequeñas granaditas de arazáes de las cuchillas; otros contruyeron con con sabrosos bibyes, guayabas silvestres, miel embriagante de camoatíes y lechiguanas, frescas hojas y cogoyitos tiernos.

El programa era vasto.

El ruiseñor recitaría sus cantos románticos al claro de la luna; el zorzal payador improvisaría en la guitarra; cantaría sus dianas matinales la calandria. Se entonarían coros al sol y a las estrellas nuevas. Habría record de altura y pruebas de habilidad para construir nidos.

Desde temprano, con sus trajes flamantes, llegaban los invitados: el mirlo con su negro vestido de etiqueta, el cardenal con su encarnado gorro frigio, la garza con su traje de tul rosa, los jilgueros de chalecos amarillo y sombrero oscuro, los pecho colorado con su decoración, el naranjero con su capa con los siete colores del arco iris...

Los teruteros galantes hacían de servidores y la señora picaflor y sus hijos, — los colibríes, — lucían sus admirables vestidos de tornasolados oros, azules, negros y verdes metálicos.

Comenzó a desarrollarse la fiesta y los pequeños pájaros moscas, golosos en extremo, volaron al comedor y se comieron los postres, la miel, el agua dulce y perfumada, prontos para el banquete.

La mamá al no ver sus chicos, se fué en puntas de pie y los sorprendió. Con severidad, como castigo, les impuso:

—¡Inmediatamente a corregir la falta!

Y ellos salieron, volando como una flecha, a buscar miel y nectar de las flores.

Los habrás visto a mediodía, temiendo se les haga tarde, zumbando nerviosos, apresurados, metiendo el sutil y largo pico en las corolas de las flores que les ofrecen su miel para ayudarlos.

lar al niño la amargura de la posición que ha de conservar la vida".

"...Ingannato in tanto, ei beve  
E del inganno suo vitta riceve".

Transcurre así un año entero de suprema felicidad por parte de Servando. Los lazos que concluyen necesariamente por ligarlo en absoluto a la joven, se estrechan más y más cada día.

Un acontecimiento de importancia trascendental se produce entonces. El sabio médico, convertido ya en excelente amigo, cree haber descubierto la manera de curar aquella extraña y rebelde ceguera, de carácter desconocido y cuyas causas han escapado hasta a la ciencia del especialista europeo ya mencionado.

Triunfante, dominado ante todo por su amor a la ciencia y por el entusiasmo que le ocasiona su importante descubrimiento, comunica a Lilián el resultado de sus observaciones.

¡Fácil será comprender la emoción con que ésta recibe la noticia! Si Servando recupera la vista, conocerá al punto, no sólo la horrible fealdad que la convierte en un ser de aspecto repelente, sino toda la extensión de la superchería ideada para llegar hasta él, con el objeto de acogerse a su amparo y vivir a sus expensas. El aparente "arranque de generosidad" se convertirá en vulgar propósito de explotación, en trama urdida en aras del más despiadado egoísmo.

Por otra parte, el ciego, que se siente a la sazón feliz, feliz hasta lo indecible, ante la certeza de ser amado por sí, ante la convicción de que aquella criatura que le cuida "tan noblemente" es la hermosa Lilián, la antes traviesa y atolondrada "Lily", hoy adorable, juiciosa y abnegada compañera, transformada en tal por el mágico poder de la piedad en arranques de ternura inconfundibles, — no se resignará jamás a soportar el engaño. ¿No vendrá, como consecuencia, la amargura — quizá el odio — ante el espectáculo de la cruda realidad? ¿No significará todo ello, en suma, trocar la dicha por el dolor?...

¡El problema surge, formidable! Y lo plantea Lilián ante el criterio del facultativo, en toda su hondura, empleando para ello, ya la grave elocuencia que inspira la sinceridad, ya la súplica dolorida que dicta la desesperación.

El médico la escucha y se da cuenta, a su vez, de la atroz responsabilidad que la solución entraña, para su conciencia, por un

lado, para el prestigio de su reputación de hombre de ciencia, por otro.

Pide plazo para reflexionar y decidirse. Nada dirá por el momento a Servando sobre sus anteriores propósitos.

La lucha que se inicia desde aquel instante en el alma del facultativo es intensa; lucha, como se ha dicho ya, entre la conciencia humana y el deber profesional, según su manera de entenderlo. ¿Tendrá, acaso, derecho para dejar sumido, durante una existencia entera, a aquel paciente, en la tenebrosa inercia de una enfermedad que habrá de incapacitarlo en absoluto para el cumplimiento de las obligaciones del ciudadano para la actuación normal y eficiente en el hogar y en la sociedad; para el estudio, para el trabajo? ¿Puede él, en rigor, eliminar voluntariamente de esa comunidad social un factor capaz de contribuir, no sólo al progreso colectivo sino al perfeccionamiento propio y al de las personas que, de otro modo, podrían quizás rodearlo y secundarlo? ¿Un hogar legítimo y sereno; los prestigios de la fortuna utilizada debidamente; el goce, aun mayor, de que se disfruta cuando es posible mezclar las palpitaciones de la propia vida de la naturaleza; la embriaguez de actividad; la luz de sol — lo contemplación del universo!...

Así discurría como hombre de ciencia. Pero como hombre de sentimiento, veía el caso bajo otra faz. "¡Si el devolver a estos ojos la luz" — se decía — "hubiera de significar hundir para siempre en las tinieblas un alma apasionada!"...

Invocaba, entonces, la ayuda de su querido Platón, recordando aquellas páginas sublimes en que el divino griego declara que cuando "Eros" — "el amor con alas" — se inspira tan sólo en la belleza, no puede seguir existiendo si ella desaparece, pues, semejante a la mariposa, deja de detenerse allí donde han cesado de crecer las flores. ¿El amor: "única fuerza susceptible de dar la paz al hombre, la calma al mar, el silencio al viento y el sueño al dolor!"...

Era la lucha de los dictados del cerebro contra los dictados del corazón.

Triunfó el cerebro, triunfó lo que él creía ser su deber.

Aquel universitario — que, al recibir su título, había hecho el solemne juramento de sinceridad de propósitos y de honradez de

procedimientos profesionales, ante Dios y ante los hombres — no se creyó autorizado a esterilizar, por motivos que él llamaba "puramente sentimentales", los medios que la ciencia y su propio talento ponían a su alcance para devolver a la integridad de sus funciones fisiológicas un órgano, si no vital, de importancia suma para activar esa vida; bien así como, por más inevitable y próximo que vea el facultativo el desenlace fatal, respecto del moribundo que gime postrado en el lecho de dolor y pide a gritos la muerte como alivio, no le es lícito dejar de administrarle el cordial reparador que habrá de prolongar — siquiera sea por breves momentos — la vida.

Al oír Lilián la sentencia irrevocable y fatal, creyó morir de angustia.

Entonces agotando el último recurso, hizo al médico, al amigo, una confesión íntima, reservada hasta aquel momento aún para el mismo Servando. Acababa, sólo en esos días, de adquirir al certeza de que se hallaba en cinta. La criatura tardaría, por consiguiente, aun algunos meses en nacer. Lilián pidió plazo hasta entonces para que se iniciase el decisivo tratamiento. Este, según el médico duraría casi un año entero, durante el cual el enfermo iría recuperando paulatinamente la vista, allí, en su propia casa. Tan pronto como pudiera el paciente correr el riesgo de darse cuenta de la transformación trágica del rostro de Lily, ésta desaparecería cautelosamente, desaparecería para siempre, dejando al padre, como consuelo, aquella criatura suya, que, si por fortuna, fuera una niña, reemplazaría algún día a la madre en la ternura.

El médico al oírla se vió asaltado de otro escrúpulo: ¿Qué sería de aquella mujer? ¿No acudiría, acaso, al suicidio por desesperación?

La nueva responsabilidad — tanto o más grave que la primera, — le aterró, — hizo que se derrumbaran de golpe sus anteriores resoluciones.

Tras de momentos de angustia, que le parecieron siglos, se decidió — pero sin comunicarlo a Lilián — a eliminar esa responsabilidad: optó por someter el caso al propio paciente, después de confiarle aquel secreto infausto; pero teniendo la precaución pre-

via de probarle que si "Lily" vino a él un día, sólo por necesidad — tal vez por egoísmo — Lilián, la noble Lilián le amaba a la sazón de verdad, y con tal ternura que el abandono, sería para ella el desastre del alma antes que el del cuerpo. Le haría jurar que nada diría de esto a la joven. Si la revelación tenía éxito, ella debía seguir ignorando la existencia de tal revelación.

Servando sintió al escuchar, sin que se le omitiera un detalle, las palabras de su amigo, que algo como un agudo puñal se le clavaba en el corazón. Aquellos ojos opacos, que no podían verter lágrimas porque los lagrimales se habían secado en ellos, parecieron diatarse enormemente y brillar con una chispa de luz. Se incorporó en su asiento y, alzando la cabeza, exclamó con un sollozo:

"¡La sombra, mil veces antes la eterna sombra, si en ella ha de seguir mi alma hallando la luz!... ¡Quiero continuar viendo a mi amada como siempre la vi, como la veo aún!..."

Y se desplomó en el asiento.

El facultativo cumplió el deseo del inválido y guardó solememente el terrible secreto. Hizo creer a Lilián — quien al escucharlo se arrojó de rodillas a sus pies — que había cambiado de opinión: que consentía en dejar las cosas como se hallaban. Servando seguiría ciego por toda su vida!

Nació la criatura y fue una niña, bella como su madre, de quien heredó el azul de los ojos y la perfecta contextura de los labios: aquella misma deliciosa y traviesa boca con que tanto había soñado el joven cuando "Lily" la lucía a sus admiradores, desde el rutilante proscenio del "Gaiety".

¡Y en aquel hogar — por cuyas espaciosas ventanas penetraba radioso el sol de cada día — hubo, desde entonces, tres ciegos: el padre que no volvió a ver jamás la luz; la madre que ignoró siempre el sacrificio de su amado; y aquella niña que, legitimada un día por manos del mismo sacerdote que signó su frente con los sagrados óleos del bautismo, no conoció nunca el doble y trágico misterio, origen de su apacible existencia!

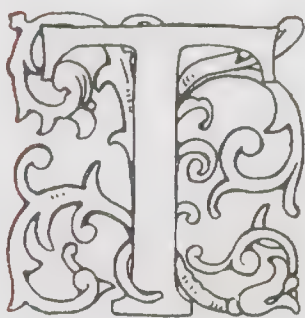
Belinda Dominguez



Maruja Fresno



## EL SILLÓN DE MIMBRE



TALES son los misterios sumergidos en el fondo de nuestras cosas familiares, tan desconocidos su esencia y su eficacia activa, que cuando algo de ello se nos revela sentimos en la imaginación el roce absurdo de lo sobrenatural.

Yo yo había experimentado muchas veces esa alarma abstrusa y casi simplemente fisiológica de las coincidencias y los presentimientos, pero nunca como la noche pasada he sufrido la presencia real de lo intangible, una atmósfera cargada de energías espirituales.

Había pasado un día encantador. Amistosas solicitudes me arrancaron del ostracismo que limitaba mi vida desde la muerte de mi prima Laura, dieciséis años blancos y rubios impregnados de un alma angelical, ese primer amor que aun viniendo después de otros es siempre el primero porque es el único, esencia viva de las más poderosas y urgentes atracciones. Quise resistirme, pero hube de ceder. La viudez de mi alma inspiraba a todos comentarios risueños, y las carcajadas de sana vitalidad de uno de ellos eran para mí como esas músicas de feria que nos llaman de lejos con voces persuasivas que es imposible resistir.

Salí, pues, con ellos. La proposición era una fiesta íntima con halagos de homenaje por mi ferviente culto póstumo a la novia ida.

—Tienes — me decía uno — un corazón al ferropusiano.

Y otro:

—No hay derecho. Un año a los treinta es una vida de trescientos. ¡Viva la vida!

Y todos:

—¡Vivan los trescientos!

Salimos a la calle. Un sol cenital desparramaba generosamente en la acera su viva lumbré primaveral.

Cuando después de la comida me descubrieron que el verdadero programa iba a comenzar entonces en la casa de unas chicas muy simpáticas y muy tolerantes, yo no supe cómo no hacer ninguna protesta. Ahora sí lo sé. La juventud tiene irresistibles tiranías, y el alcohol suscita gozosos optimismos.

Transcurrió la tarde presidida por el más alegre desenfadado. Una rubia sentimental se enamoró de mi melancolía y me juró no haber conocido nunca un hombre tan interesante. Yo a mi vez le di mi palabra de honor de que si bien sus ojos no tenían la candida sugestión de los de mi prima, en su boca había, sin duda, más miel que en la de Laura. Hicimos la demostración muy detenida y razonada. A poco, reconocía yo que los ojos negros de mirada vivaz (y los de ella semejaban una espiritual combustión), tenían mucha más eficacia estética que la azul candidez de los ojos claros.

Llegué a casa, turbado, nervioso. Las alborozadas risas, el baile, la charla, la brusca transición a la piroteoría del flirt, habían exaltado la serena corriente de mi vida.

La vista del sillón de mimbre donde había expirado mi prima, me hizo estremecer. Era una reliquia cedida a mi amor, que presidía mi habitación cenobítica. En él me sentaba a meditar y a recordar aquellas dulces tardes de mayo en un pueblecito del norte, cuando su vida se iba extinguiendo como una nube que se disipa, muriendo luego como una estrella que se apaga.

Me acosté sin cenar, con la cabeza pesada, un poco febril. Conforme me iba recobrando comprendía la grave deslealtad cometida con mi corazón. La culpable complacencia de aquella tarde sería una amargura más en mis recuerdos avivados. Me prometí no reincidir, a pesar de que los ojos de la rubia

parecía que hubieran dejado en los míos un destello de su intenso fulgor.

Después de no sé cuánto tiempo, me quedé como dormido. Pero seguía pensando, aunque con cierta vaguedad.

En el silencio obscuro crujió levemente el sillón. Fué como un suave quejido. Despierto, atento, medio incorporado en la cama, escuché. Nada. Un silencio total, espeso, concentrado.

Cuando estaba otra vez a la linde de esa línea borrosa que separa la vigilia del sueño, volvió a quebrar el silencio un nuevo chasquido del mimbre del sillón. Prendí la luz. Todo estaba como tenía que ser.

Ya no pude dormir. Sin ser ciertamente supersticioso, tengo algunas reservas emotivas en cuanto al absoluto ignorado. Quizá es sólo una concepción de los nervios o acaso un atavismo que despierta. Ello se que estaba desvelado y vigilante.

Otra vez el crujido del mimbre. Para distraerme pensé en la fiesta de la tarde, en los ojos luminosos de la rubia, en sus labios repletos, dos pequeñas olas de sangre.

Pero otra vez y otra y otra, aquel ruido seco, obstinado, llevó a impacientarme. El chasquido era cada vez más violento, como si alguien se acomodara en el sillón y cambiase luego de postura. Sin embargo, me dormí después de largo rato de impaciencia. Volví a hallarme junto a la rubia, bebiendo en cálido perfume de su boca, acariciando sus largas manos pálidas, besando sus uñas hialinas de cuarzo.

Me sentía feliz, olvidado de todo. Un instante nuestras bocas se aproximaron y aquellos ojos inmensos entornaron sus párpados de seda. De boca a boca sólo había el espacio de un suspiro. Fué entonces. Una crepitación horrible, un chirrido del sillón, como si alguien retorciera sus barrotes de mimbre. La imagen se desvaneció en un vacío luminoso.

Presa de una ira súbita, me levanté. Sin encender la luz me dirigí a tientas hacia el sillón. Apenas lo toqué con una mano, sentí que se estremecía y, al empujarlo hacia un rincón lanzó un gemido doloroso. Aquello me exasperó. Lo colocaba en las más variadas posiciones, pero a cada movimiento se dolía con más penetrante y lastimero quejido. Fuera ya de mí, exacerbado por una furia inconsciente, tal vez por el terror, lo aplasté contra la pared, contra el suelo, le arranqué los brazos, lo descuarticé totalmente y me volví a acostar.

Ahora si estaba aquello terminado y yo tranquilo. Dormí profundamente, sin sueños, hundido en ese letargo perfecto que es como generoso anticipo de la muerte.

Esta mañana, al despertar, en la nébula gris de los primeros pensamientos vi reproducirse la escena de anoche como a través de un vidrio esmerilado. Una vaga tristeza me acidulaba el alma, reprochándome la violencia cometida. Indudablemente tenía que haber sufrido una aguda crisis de nervios, quién sabe qué momentánea perturbación mental, para destruir aquel venerable ícono del amor más grande de mi vida. Remordimiento y pena me impedían dirigir la mirada hacia los restos yacentes del sillón. Había sido injusto y cruel después de haber traicionado lo mejor de mí mismo.

Pero estaba hecho. Era una página violenta al final de un dulce poema de recuerdos, un desolado epílogo a una bella historia de amor. Decidido a olvidar definitivamente, me levanté. Jamás la estupefacción me ha sobrecogido como en aquel instante. El sillón intacto no había cambiado de sitio. El ave de la locura pasó ante mis ojos admirados. Lo palpé, lo oprimí, dudando de su realidad.

No sé. Yo estoy seguro de que lo de anoche no fué un sueño y hay sin embargo en mis manos largos y penetrantes rasguños.



## COMO EN EL TIEMPO DE ANTES

**E**L techo celeste estaba como la bóveda de un horno calentado con leña de coronilla.

En el ardor de fragua de aquella siesta excepcional, hasta el aire tenía pereza de moverse.

En medio del firmamento, el sol era como una inmensa mano de hierro enrojecido, pesando sobre todo lo terrestre.

Era colosal el silencio, porque los fuelles pulmonares, alimentados por lenta corriente sanguínea, no podían efectuar su tarea de oxigenación sino mediante el casi absoluto reposo de todos los órganos.

La naturaleza entera dormía sin un susurro, la naturaleza toda respiraba apenas, sin movimiento visible, sin ruido perceptible.

En la estancia de los Eucaliptos, los peones, tirados sobre cojinitos, medio desnudos, soportaban el flechazo de los tábanos por no mover una mano; y en sus bocas abiertas, para facilitar la entrada y salida del aire sin ningún esfuerzo, solían metense, curioseando, las moscas.

El calor, derritiendo la grasa de los maneadores, había aflojado el "nudo", y el cuarto de oveja cayó desde la cumbre hasta tocar el suelo del galpón... "Malaquías" — el perro viejo y artero, más ladrón que una urraca; — "Malaquías" que estaba sin comer desde la víspera, olfateó la carne, levantó la cabeza, y volvió a bajarla, sin ánimo para levantarse, arrancar un trozo y mascarla.

El gato barcino soñaba sobre una bolsa de cerda, cuando una rata le pasó atrevidamente por delante. Abrió un ojo; la raya de la pupila se dilató en círculo; pusieronle eréticas las orejas y las uñas... y volvió a entornar los ojos, a envainar las agujas unginales, y a hacerse un ovillo, entregándose al sueño...

A esa hora, un paisanito, de rostro color de corno de coronilla, de ojos de árabe, iba costearando al tranco de su overo sudoroso, el alambrado de la chacra de la estancia de los Eucaliptos. Se detuvo; empujándose sobre los estribos, echó la vista sobre el malzal, y encontrando lo que buscaba, gritó:

— ¡Güenas tardes, tía Paula!...

De entre los altos tallos verdes, alzóse rápidamente; azoradamente, una vieja soltó las puntas del delantal y cayeron al suelo varias espigas de maíz y una sandía que se partió al caer, y quedó semejando un rojo corazón de toro, abierto de un tajo...

— ¡Ah! ¿Sos vos muchacho?... — exclamó — ¡Qué susto me has dao!... Créi que juese...

— Alguno de la estancia que la sorprendiera trabajando en chacra ajena, a media

siesta...

— Vine a rejuntar algunas espigas caídas — dijo la vieja excusándose.

— Vea, mi tía; yo no le hago cargos; los patrones no se han de comer todos los choclos y todas las sándias, y no hay delito en que una pobre vieja haga lo que hacen las cotorras, comerse algunas...

— Ansina es, sobrino.

— Güeno, vengo en su busca.

— ¿En busca mía?... ¿Pa qué, muchacho?...

— Porque yo también ando con ganas de robar una sándia, y al dentrar a la güelta quiero que usté entretenga los perros pa que no se me vengan al humo...

La vieja se acercó al alambrado, cuidando de ocultarse entre los altos tallos, y preguntó intrigada:

— ¿Siempre encamotao con Belarmina?...

— Siempre. Ella es pa mí como el sebo pa las guascas, lo que da vida...

— Güeno, pero no pensarás hacer una barbaridad?...

— No, tía... Pienso robarla esta noche y necesito que me ayude...

— ¿Róbarla?... ¡Jesús, María y José! — exclamó, haciéndose la escandalizada la vieja andrajosa.

— ¿Y di hay, tía Paula?... ¿Y a usté no la robó el finao tío Evaristo?...

— Era otro tiempo, m'hijo, era otro tiempo!... Entonces no había alambrados, los polésias no tenían remintones, ni había ferrocarriles, ni telegrafos, ni telefonos... ¡Era otro tiempo, m'hijo!...

— Pa los gauchos de verdá, son lo mesmo todos los tiempos... ¿Qu'importa disparar en matungo flaco si el que nos persigue también viene mal montao?...

— Que me ate los perros. Don Evaristo, el capataz, y los peones Telmo y Galleguito, están en las carreras del Venao Arisco... En l'estancia sólo queda Aniceto, que es aparcerero, y cerrará los ojos y los oídos... A la hora 'e la cena usté cái por las casas y le comienza a dar prosa a ña Venancia... Habléle mal de todas sus amigas; eso le gusta.

— Eso nos gusta a todas las mujeres...

— Cuéntele algunas zafadurías...

— ¡La patrona sabe más zafadurías que yo!... Es zafada la vieja, che!...

— ¡Mejor!... Dejela tallar de cuando en cuando y comídase pa sebar el dulce y... ¿entavía ha de tener aquellos yuyitos que hacen dormir?...

— ¡Sosegate, muchacho!... ¿Con la patrona?... ¡Sosegate!...

— Le regalo la lechera yaguané...

— ¿La yaguané de ubre grandota?... exclamó tía Paula con codicia.

— Sí.

— ¿Y el ternero también?

— También.

— ¿Es un overito crespo, medio cruzao?...

— Sí...

Ella meditó. Luego dijo:

— ¡Pucha, che, que compromiso!... Pero en fin, por servir a un sobrino... p'algo es la familia... ¿Y estás seguro que Belarmina v'a cabrestiar?...

— Ese tientito yo lo afito.

— Siendo de esa laya... Andá indicando lo qu'hay, que hacer...

— Cosa más clara que agua'e manatíal... Usté se allega a las casas a la hora 'el pulpero; como "misia" está sola y se muere por prosiar, de fiijo que la invita a comer y dispues... el mate dulce...

En el gran comedor de la estancia.

Doña Venancia, repantigada en su sillón tapizado con cuero de ternera pelada, ríe estrepitosamente, haciendo bailar el vientre enorme y dejando al descubierto las encías sin dientes...

— ¡No, che! Yo no puedo creer que mi comadre Marcúla... ansina... ¡No che, son mentiras tuyas!...

— ¿Mentiras? — replicó tía Paula, fingiendo indignación. — ¡Eso sí que no admito, misia Venancia!... Mire: que la parta un rayo si hay un piacito'e mentira en lo que le cuento... Gracias a Dios yo no soy mala lengua ni me gusta desagerar a naides... Tome otro mate, misia.

La gorda patrona bebió el "dulce", bostezó y dijo:

Pucha, m'está dentrando un sueño... ¿Ande está Belarmina?...

— Aquí estoy, mama — respondió la chinita, entrando en el comedor.

— Están ladrando los perros.

— A la luna... Noche de luna, noche de...

Misia Venancia, quiso reír, pero un bostezo le embargó la boca. Cerró los ojos, reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y quedó inmóvil.

— Y'astá punto el asao — gritó la vieja.

El gauchito penetró en la habitación.

— ¿Vamos, prenda? — preguntó cariñosamente a Belarmina.

— Vamos — respondió ella decidida. Fué a la pieza inmediata, de donde volvió con un atado de ropas.

— Vamos — volvió a decir.

Y cuando se disponían a partir, amorosamente abrazados, tía Paula les detuvo, diciendo al mozo:

— Che, no te vas a olvidar de mandarme la yaguané...

J A V I E R D E V I A N A

## LOS TORREROS (Cuento brasileño)

Por MONTEIRO LOBATO

**N**AVIO?  
Inspiraba la duda una luz rojiza que parpadeaba en la oscuridad de la noche. Oscuridad, no diré de brea, que no es la brea bastante oscura para sugerir una negrura de aquellas. Negrura de ciego de nacimiento.

Cielo y mar se fundían en un solo carbón, sin más lumbrera ni pique que la mancha roja que, de súbito, se tornaba amarilla.

—Ahora cambió de color. Es un faro.

Y, pues, era tal, la conversación recayó sobre los faros.

Eduardo me interpeló de pronto sobre la idea que de ellos tenía yo.

—¿Pues, la que todo el mundo tiene!

—Esto es: una falsa idea. "Todo el mundo" es un monstruo con orejas de asno y sesos de macaco, incapaz de una idea sensata sobre cualquier cosa. Tienes en la cabeza, respecto del faro, una idea de la calle, recibida del vulgo y nunca vuelta a acuñar en la matriz de una impresión personal. ¿Me equivoco?

—Me confieso capaz de asombrar a un auditorio ecogido disertando sobre el tema; pero no afirmo que el faro descrito se parezca a alguno.

—Pues yo te aseguro, sin menospreciar tu ingenio, que tal disertación, oída por un torrero, dejaría al hombre estupefacto.

—Lo creo. ¿Y entendería mejor tu majadería? —repliqué picado.

—Es de creer. He pasado una temporada inolvidable en el faro de los Albatros, y de ahí que hablaría como maestro.

—¿Viviste en un faro?

—Y fui testigo allá de una tragedia nocturna, de esas que erizan los cabellos. La oscuridad de esta noche me evoca el terrible drama...

Nos hallábamos ambos recostados sobre una baranda del "Orión", en una hora propicia al relato de un dramón inédito. Espoleado por la curiosidad, lo provequé:

—Vamos al caso, que estas negruras claman espectros que las pueblen. ¿Es calamidad a lo Shakespeare o a lo Ibsen?

—?

—Firma mi drama un nombre mayor que el de Shakespeare.

...la Vida, la gran maestra de los Shakespeare mayores y menores.

Eduardo empezó.

—El faro es una novela. Una novela iniciada en la antigüedad, con hogueras levantadas en los promontorios para guía de las embarcaciones de remo, y continuada siglos después, hasta nuestros poderosos holofotes eléctricos. Mientras subsista en el mundo el hombre, la novela "Faro" no conocerá epílogo. Monótono como la calma de las mares, se inerustan en él, de tiempo en tiempo, capítulos de tragedia y de locura — grabados torturadores de Doré quebrando la monotonía de un diario de a bordo. El caso de los Albatros, fué uno de ellos.

Gerebita se sumergió en el faro a los veintitrés años. Es raro eso

—¿Quién es Gerebita?

—Lo sabrás a su tiempo. Es raro eso, porque generalmente, sólo se meten en esas torres, marinos curtidos cuarentones golpeados por la vida en sus ilusiones. Abandonar la tierra en la estación lozana de los veinte años, es espantoso. ¡La tierra...! Apenas si nos damos cuenta de nuestra profunda adaptación al medio terreno. Su fijeza, lo varío de su aspecto, el bullicio humano, la ciudad, los campos, la mujer, los árboles... Saben los torreros, mejor que nadie, el valor de esas cosas.

Metidos en el hueco de una piedra, todo cuanto para nosotros es sensación de todos los instantes, en ellos es añoranza o deseo. Cesan los oídos de escuchar la música de la tierra, el susurro de la arboleda, voces amigas, rumores de la calle, las mil y una notas de una polifonía que nosotros sabemos que lo es, y encantadora, únicamente cuando un prolongado alejamiento nos enseña a conocer su ritmo. Los ojos cesan de rever las imágenes que desde la niñez le son habituales. Para los oídos sólo hay allí, día y noche, año y año, el murmullo de las olas latigueando el peñasco de la torre. Para la vista, la eterna masa que ondula, ora torva ora azul.

Variante única la traen las velas que pasan de largo, donairosas, como garzas, o los transatlánticos empenachados de humo.

Figúrate ahora, la vida de un hombre, de-



sarraigado de su querencia, y colocado así, como un galeoto, dentro de un torreón de piedra adherida como un molusco a un islote de piedra también. Tendrá poesía desde lejos; de cerca es alucinante.

—Pero Gerebita...

—Cierta lectura de Kipling despertó en mí la curiosidad de conocer un faro por dentro.

—¿"El perturbador del tráfico"?

¡Mis parabienes por la sutileza! Fué, justamente la historia de Dowse el punto inicial de mi drama. Tal deseo se me incubió aquí dentro a la espera de una ocasión para brotar.

Un día fuí a distraerme por los muelles, y allí me encontraba con las matas a la espalda, siguiendo el vuelo de las aves marinas y mirando la gama del verde lustroso que la sombra de los barcos fondeados ondulaba en el agua represada del puerto. Cuando a poco atracó una lancha y vi saltar a tierra un hombre de facciones duras y cutis arrugado. Al pasar frente a un grupo de bateleros, uno de ellos le zumbó con

acento enternecido:

—¿Gerebita, cómo está María Rita?"

El interpelado masculló una palabrota de grueso calibre y prosiguió su camino con el ceño fruncido.

Me interesó el tipo.

—¿Quién es? —indagué.

—Pues, ¿quién ha de ser sino el torrero de los Albatros? ¿No ve la lancha?

En efecto. La lancha era del faro. La vieja idea se agitó en mi cerebro: era la oportunidad.

Corrí a su alcance.

—Señor Gerebita...

El hombre medio se detuvo, como advirtiéndome de oírse llamar por boca desconocida. Me apareé a él y mientras caminábamos fuí exponiéndole mis deseos.

—No puede ser —respondió;— el reglamento prohíbe huéspedes en la torre. Solo mediante una orden superior.

He corrido algún mundo y sé, por experiencia, la broma que significaba eso de "órdenes superiores". Metí la mano en el bolsillo y le susurré el argumento decisivo. El torrero se resistió un instante, pero al fin se corrompió más pronto de lo que se suponía, y, guardándose el dinero dijo:

—Busque a Dunga, el patrón de la "Gaviota Blanca", allá en el tercer depósito. Dígame que ya habló conmigo. A partir el jueves Y... el pico cerrado, ¿eh?

Se lo prometí y volví a los muelles en busca de Dunga. Bueno — fué la respuesta del isleño, luego que le expuse el asunto. Ya había hecho otro tanto cierta vez con "otro loco", y sabía atarse la lengua para no dificultar la vida a los amigos...

Y como me informara acerca del torrero:

—Es Gerebita, apellidado así en el "Parús", donde prestó servicio de grumete. Algún tiempo después se metió en el faro a causa de unos amores ¡el muy estúpido! como si faltaran ellas por ahí, y bien coquetonas. ¡Mujeres! A mí si que no me joroban las muy... Que el diablo cargue con ellas, que yo...

Y se fué con las mujeres más allá, dándoles duro, con razones ni mejores ni peores que las de un Schopenhauer de alto bordo.

El día señalado, muy de madrugada, la "Gaviota Blanca" largaba amarras rumbo al faro. Salté a un atracadero toseco de difícil abordaje. Halle al torrero ocupado en pulir los metales de la linterna. Me recibió con buena cara, abandonando el fregado para hacerme los honores de la casa. Examiné todo, desde la base hasta la lumbrera, y a la hora del almuerzo entendía ya de faro más que una enciclopedia. Gerebita dió rienda suelta a la lengua y habló del oficio con gran psicología y mejor de lo que un novelista pone en una novela fastidiosa. También me narró su vida, desde muy muchacho, su iniciación entre los grumetes en el "Parús", su pasión por

el mar y, por fin, su ingreso al faro a los veintitrés años de edad.

—“¿Por qué así, tan joven?”

—“Caprichos del corazón, mala suerte, cosas... — respondió con aire triston, y agregó después de una pausa, cambiando de tono: — Pues, ya lo ve, la vida aquí es así. Buenita, ¿eh? Mientras tanto, buena o mala, los torreros tenemos un orgullo: sin nosotros, esa bichería de hierro que se pasea sobre el agua fumando sus dos, sus tres cigarros... ¡Allá viene uno! — se interrumpió escudriñando con el catalejo la humareda lejana. — Bandera alemana, dos chimeneas, rumbo sur. Ha de ser un Cap. El diablo que sea, ¡vaya con Dios! Como le iba diciendo. Sin los fareros maniobrando en la “óptica” esos tragadores de carbón rascarían atolondrados por esos bancos. Basta que caiga la cerrazón para que se pongan como tontos, a vociferar de miedo por la boca de sus sirnas, atormentando el alma de las gentes. Porque, entonces, “ni farol ni caracol”. Es la ceguera. Navegan con la muerte en el timón. Fuera de eso los salva esa lucecita de allá arriba. Poco antes de su venida aquí, sucedió una desgracia. Un vapor de carga de Bremen rasgó la cresta allá, del “Capellán”... ¿Quién es el “Capellán”? ¡Ah! ¡ah! ¡el “Capellán”! Pues, el “Capellán” es ese demonio de la tercera piedra al noroeste. Son tres de este lado: la “Menina, que es la “Gurutubal”, que es la del centro. Pero la criminal es el “Capellán”, que repunta más a lo ancho y sólo enseña la corona en los grandes reflujos. Aquí, a babor, hay dos más: la “Virgen” y la “Maldita”, donde encalló el “Rotterdam”.

—“¿Y aquella listita que se ve allá?”

—“Una pobrecita que ni nombre tiene. Es mansa, está muy cerca de la costa, no hace ningún mal a los navíos. Vive allá un ballenato, un bicharraco del tamaño del diablo, que le gusta tumbar barcas. Pero aquí, para nosotros, joven todo esto no es más que una chacota. El pez vive en todo el mar, no tiene buracos como los bichos en la tierra. Son supersticiones de la gente de mar. Cuando hay mar gruesa no se divisa nada por allí, pero si las aguas se serenar y se acerca la bajante, va apareciendo un lomo de piedra lisa con forma de pez. Pasa un pescador atolondrado y ve aquello de lejos: — ¡Es un tiburón! ¡Es un tiburón! — y huye con el terror en el alma. Si ocurre que las aguas se embravecen y se desploma el temporal y la embarcación zozobra: — ¿Qué ha sido de Fulano? — ¡Ta ta ta! ¡Fué una ballena! Y la gente se vuelve como una mujer vieja: “Fué el tiburón del faro”. Así son las cosas. Ello es que hay muchas ballenas y tintoreras por aquí. ¿Dónde hay mar sin esos monstruos? Pero decir que tal vive por ahí, es una majadería.

Y en su pintoresco lenguaje de marino que a veces se tornaba prodigiosamente técnico, me narró toda la vida de aquellos lugares malditos. Me habló de cómo, según la tradición, se fueron bautizando los escollos, los crímenes de cada uno, las hecatombes periódicas de aves nocturnas que, cegadas por la luz, baten el pecho contra los cristales de la linterna cubrien-

do el suelo de cuerpecitos jadeantes; las horribles tormentas en las cuales el faro se estremece tiritando de pavor. ¿De qué no me habló, Gerebita, aquel inolvidable día?

—“Y el ayudante? ¿Está aquí? — pregunté.

El rostro del torrero cambió de expresión. Advertí de súbito que eran enemigos.

—“Es aquel imbécil que pesca allá — dijo señalando desde la ventana un bulo inmóvil puesto de cuclillas sobre un peñasco. — Está cogiendo balderrayas. Es Cabrera. Mal compañero, mal hombre...”

Se detuvo un instante. Observé que mascullaba una confidencia difícil. Pero la confidencia apenas se denunció. Gerebita sacudió la cabeza y murmuró como para sí mismo:

—“Está aquí de hace poco, y es el único hombre en el mundo que no podía estar aquí. Ya protesté, manifestando el peligro, al capitán del puerto; pero, como si nada...”

¡Extraña criatura el hombre! Aislado del mundo — en aquella adversidad ambos naufragos de la vida, el odio les separaba... No faltaban, sin embargo, comodidades en el faro para las familias de sus guardianes. ¿Por qué no las tenían allí? Sería un pedazo de mundo para suavizar las asperezas de aquel emparedamiento. Le inquirí, pero Gerebita me respondió torvamente.

—“Familia no tengo; es decir: tengo y no tengo. Tengo, porque soy casado y no la tengo porque... ¡Historias! Estas cosas de familia es mejor que se queden allá, entre las gentes.

Advertí de nuevo, que, a pique de una revelación, mascullaba el secreto por desconfianza o pudor. Sus facciones se endurecieron y una expresión sombría nubló la fisonomía. Y más torvo aún me pareció cuando la puerta se abrió y Cabrera la traspuso, asegurando bajo su brazo una cesta de pescado. Tipo de “mala-cara” pasó sin dirigirnos una mirada, en dirección a la cocina. Apenas desapareció el bárbaro. Gerebita exclamó: — “¡Mal rayo!” y descargó sobre un cajón exiatorio tal puñetazo que hendió las tablas. Luego:

—“El mundo es tan grande, hay tanta gente en el mundo, y me cae aquí el único compañero que yo no podía traer

—“¿Por qué?”

—“Porque... Porque... ¡es un loco!”

Entre el primero y el segundo “porque” noté una transición violenta; de duda el primero el segundo figuróseme resuelto como iluminado por el claror de una idea brotada de improviso.

Desde ese día, Gerebita nunca más abandonó el tema de la locura del otro. Me la demostraba de mil maneras.

—“Y aquí donde los sanos pierden la chaveta — argumentaba — uno, ya con el techo medio averiado, en un dos por tres estalla como una bomba en la hoguera. Anestea a que no llega a fin de mes. ¿No ve sus modos?”

Mitad por succión, mitad por observación ligera, me pareció razonable la profecía, y como Gerebita, machacase sin cesar sobre el mismo clavo, conchuí por

convencerme que el sujeto era un predeterminado al hospicio, con escaso tiempo de equilibrio en los sesos.

Un día Gerebita abordó el asunto en los siguientes términos:

—“Necesito que usted me resuelva un caso: se hallan dos hombres solos en una casa; de pronto uno de ellos se enloquece y embiste, como tiburón hambriento, contra el otro. ¿Este deberá dejarse matar como un perro, o tiene derecho de huir su cuchillo en la garganta del agresor?”

“Era por demás clara la consulta, y respondí como un leguleyo positivo

—“Si Cabrera enloqueciera y te agrediese no teniendo auxilio a mano, matarlo sería un derecho material de defensa. Matar para no morir no es delito, pero esto solo en caso extremo, como comprenderás.

—“Comprendo — me respondió distraídamente, como aquel que sigue el vuelo de una idea secreta y tras de una larga pausa:

—“¡Sea lo que Dios quiera! murmuró como para sí mismo, recayendo en sus cavilaciones.

Me dejé estar en la ventana mirando caer la tarde. Nada más triste que una “Ave-maría” en la soledad. Las tinieblas espesaban las aguas y absorbían en el cielo las postreras palideces de la luz. En el poniente, un abanico enlunado, enrojecido en sus varillas. Triste... Triste... La pizarra del mar, las primeras estrellitas entreluciendo atolondradas, la marejada contra el peñasco, “ché, ché, acompasada, eterna... El alma se me oprimía de angustia. Me vi naufrago, retenido para siempre en un navío de piedra, adherido como una deformidad en el pedregal del islote. Y por la primera vez en mi vida sentí profundas añoranzas de aquella cosa sórdida, la más disolvente de cuantas inventara la civilización, el “café”, con su tumulto, su humareda y su habitual clientela de vagabundísimos “agentes de negocios”.

Transecurrieron los días. Miento. En el vacío de aquel desabrido vivir en la soledad, el tiempo no corría: se arrastraba con lentitud de lesma por sobre un suelo liso y sin fin.

Gerebita se había vuelto fastidioso. Ya no narraba pintorescos incidentes de su vida de lobo de mar. Asido a la idea fija de la locura de Cabrera, sólo se preocupaba de demostrarme los progresos del mal. Fuera de ese tema siniestro su ocupación consistía en seguir con la vista los navíos que repuntaban a lo lejos hasta verlos sumirse en la curva de las aguas, y en formular hipótesis sobre la identidad de la silueta. Velas, pocas blanqueaban, arrastrando a las barcas pescadoras. Pero una que apareciera nos arrastraba los ojos y la imaginación. ¡Qué admirablemente armoniza con el mar el buque de vela! ¡Y qué sórdido eucarachón aparece junto a él, el buque de vapor!

Goletas, corbetas, pequeños "cutters," fragatas, lugres, bergantines, yates ¡Lo que desapareció de ligereza y gracia!... Sustituyen a las garzas leves, feos escarabajos de hierro y brea; a ellas que vivían de brisas y de vientos, negros tragadores de carbón, monstruos que mugen como toro enronquecido.

¡Progreso amigo, eres cómodo, eres agradable, pero feo de verdad! ¿Qué hiciste de la cosa linda que es la vela inflada, la barca antigua, donde resonaban canciones marinas y que se entrelazaba de cordajes y llevaba espíritus en la gavia y leyendas de serpientes marinas en la boca de sus tripulaciones, y a Nuestra Señora de los navegantes en todas las almas, y el temor a las sirenas en todas las imaginaciones? Se deshizo la poesía del reino de Anfitrite al ronquido de los Lusitanias, hoteles ambulantes con "garcons" en vez de lobos de mar, incalificables, cosmopolitas, sin donaire, sin capitanes patilludos, tan pintorescos en su hablar. El carbón manchó la acuarela maravillosa que desde Hannon y Ulises venía pintando el velero en la tela oceánica...

—Abandonas el caso de los locos y te metes con intermezos poéticos para uso de niñas ojeras. Creo que voy a dormir. ¡Vuelve al faro, romanticón de mala muerte!

—Debería castigarte substrayendo a tu curiosidad el epílogo de mi drama ¡oh hijo del café y del carbón!

—Continúa, continúa.

—Cierta tarde, Gerebita llamó mi atención hacia el empeoramiento de lo locura de Cabrera y adujo varias pruebas concluyentes.

—“¡Quiera Dios que no sea hoy!...”

—“¿Tienes miedo, pues?”

—“¿Miedo?” ¿Yo? ¿de Cabrera?

Quisiera que hubieses visto la extraña expresión de ferocidad que endureció su rostro...

La conversación se detuvo aquí. Gerebita, chupaba pipadas nerviosas, mudo, cejijunto como quien rumía una idea fija.

Me dejó, y poco después, subió al faro. Como anocheciera, me recogí y me acosté. Dormí y soñé.

Soñé un sueño agitado, granguiñosco, con luchas, puñaladas, el diablo a cuatro. Recuerdo que, agredido por un facineroso, descerrajé sobre él los cinco tiros de mi revólver; las balas, empero, incrustáronse en la pared y dieron en retumbar y causar un barullo tal que desperté. Más, despierto, continúe oyendo el mismo rumor, que venía de encima de la linterna.

Barrunto la catástrofe. Salto de la cama y aguzo el oído: rumor de lucha. Corro a la escalera, trepo de a tres sus peldaños y doy de narices contra la puerta cerrada. Trato de abrirla; no cede. Escucho: era en efecto la lucha. Rodaban cuerpos en el suelo, haciendo es-

tremecer los cristales de la linterna y percibía claramente un jadear precipitado mezclado de sordos rugidos y embates contra los muebles. La obscuridad era completa. Ningún rastro de luz colaba hacia la escalera. Mi situación era siniestra. ¿Permanecería allí, inútil, mientras detrás de la puerta dos hombres se masacraban?

De pronto, un choque violento desencajó la puerta. Un chorro de luz cegó mis ojos. Sentí en las piernas un golpe y rodé escaleras abajo conjuntamente con dos cuerpos abarrados. Me alcé aturdido y vi rodando por el suelo a los dos faroleros aferrados uno al otro. En vano, Gerebita, pugnaba por sujetar al loco. Me arrojé a una lucha en su auxilio.

—“¡Dos contra uno!” — gimió Cabrera sofocado. — ¡Es cobardía!

Era la primera vez que oía su voz, y hoy noto que en ella nada denunciaba la locura. En aquel momento pensé de modo diverso, si es que algo pensé. Con gran estupefacción, Gerebita también me rechazó.

—“¡No, no! ¡Yo solo!”

De pronto una racha de nortada, sacudiendo la torre, trancoó la puerta del farol, como estruendo. La obscuridad nos envolvía de nuevo. Aquí comienza el horror. ¡Los rugidos que escuché, las arremetidas y los tumbos formidables de la lucha en las tinieblas, mi ansiedad...! Fueron aquellos unos minutos de vida que no deseo ver reproducidos. Perdí la noción del tiempo. ¿Cuánto duró aquello? No sé decir, sólo sé que, a las tantas, oí que se escapaba del pecho de Gerebita un rugido de dolor, y luego, en seguida, una imprecación, “desangrando”, carnes. Cabrera glogloteó unos ronquidos que se confundieron con el jadear del pecho de Gerebita. La lucha amainó. Sin palabras en los labios, ciego por la lobreteza, solamente oía, afuera el rugir de la nortada, y allí, aquel jadeo del vencedor exhausto caído junto al vencido. Con los ojos de la imaginación veía aquel cuadro, que con los ojos de la cara veía tanto como si tuviera la cabeza cubierta con un paño negro.

No te refiero los detalles del epílogo. Conseguí luz y lo que vi no te lo cuento. No te describo el horrible aspecto de Cabrera, con la carótida tronehada a dentelladas, yacente en un lago de sangre. No te digo el aspecto de Gerebita, con la cara y el pecho rojos, la mano ensangrentada con un dedo decepado, tendido en el suelo sin sentido. Ni te cuento mis trances ante aquellos cuerpos martirizados, en aquella hora de la noche, de aquella horrible noche, negra como ésta y sacudida por un viento infernal.

En la mañana siguiente, Gerebita, pasó una mano sobre mi hombro, y dijo:

—“El mar no lleva aquí los cuerpos a la playa. El mundo no necesita saber de qué murió Cabrera. Se cayó al agua: muerte de marinero, y usted es testigo de

que lo maté para no morir. Fué defensa. Ahora me va a jurar usted que esto quedará para siempre entre nosotros.

Se lo juré lealmente, tocando levemente su mano mutilada. Y él en un acceso de infinito desaliento permaneció inmóvil, mirando hacia el suelo, murmurando insistentemente:

—“Yo ya lo previne. No me quisieron creer. Ahora, ahí está, ahí está, ahí está...”

Es mismo día vino a buscarme Dunga. Apenas largó amarras “La Gaviota” le referí la muerte del terrorífico, novelándola un tanto: Cabrera, loco, se despeñó torre abajo sumiéndose para siempre en el seno de las aguas.

Dunga, estupefacto, mantuvo en el aire los remos.

—“¿Murió? ¿Y loco?”

—“¿Pues está claro!”

—“Claro le parece a usted, lo que es a mí...”

—“¿Le conocía?”

—“¿Nada conocía más! Desde que se fugó con María Rita...”

—“¿Qué María Rita?”

—“...Pues, la mujer de Gerebita. ¿Qué? ¿No sabe? El la sedujo.”

Abrí cuanto pude la boca y desencajé los ojos.

—“¿Cómo lo sabe?”

—“¿Esa es buena! Sé porqué sé, como sé que aquella gaviota que va allí es una y que este mar es mar. María Rita era una morocha de lance, peligrosa como el demonio. El tonto de Gerebita se derogó en amores por ella y se casó. Y, la muy taimada, apenas embarcaba su hombre en el “Parús”, introducía en la casa a Cabrera. En ese juego vivían, hasta que un día se largaron a otras tierras. El infeliz Gerebita, si no murió de dolor ha sido porque es duro. Pero se metió en el faro, lo que es también una manera de morir para el mundo. Pues bien. El mundo da vueltas, el tiempo corre, y ¿a quién cree usted que el gobierno mete en el faro en lugar del finado Gabriel? ¡A Cabrera! A Cabrera que también estaba decepcionado de la vida porque la María Rita pasó a un tercero. Cosas de la vida. Ahora, me cuenta usted que el hombre perdió el juicio, se despeñó y allí lo roen los peces; mejor así, pues de lo contrario era a punta de cuchillo que aquello terminaría.”

Callé. Hay situaciones en la vida que las ideas se confunden de tal manera que es de buen consejo dejarlas que se asienten por sí mismas, como líquidos turbios. Es así como...

...el bueno de Eduardo fué engañado por un asesino vulgar!

—Perdona. El hecho de que no se hayan esgrimido floretes, no quita a aquel combate el carácter de duelo.

—“¿Cavallería rusticana”, acaso?”

—¿Y por qué no?

# El estreno de "La Dama de las Camelias"

Como nació el famoso drama de Dumas



**L**A Dama de las Camelias", bajo la forma de novela primero, llevada al teatro por su mismo autor, traducida con mejor o peor fortuna a todos los idiomas, y por fin transformada en ópera con música de Verdi el inimitable, ha sido tal vez la historia de amor más admirada y más aplaudida en los tiempos en que nuestros padres eran mozos; pero su mérito principal consiste en haber sido la primera manifestación del talento de Dumas hijo, la primera etapa de su gloriosa carrera.

En 1848, Alejandro Dumas, que contaba entonces veinticuatro años, se encontró un buen día cansado de no hacer nada, harto de los placeres de una juventud tempestuosa. No tenía vocación por nada, ni oficio ninguno; pero no carecía de talento, y además poseía una bonita letra. Ambas cualidades son las más a propósito para un escribiente de oficina, y tal vez Dumas hubiese parado en eso si antes, por matar el tiempo, no se hubiera puesto a escribir una novela. La escribió, y la novela fué "La Dama de las Camelias". Se ha dicho que era el relato de una aventura personal, y ello, al menos en parte, podrá ser verdad; pero principalmente en la vida, prematuramente cortada por la tisis un par de años antes, de la famosa cortesana María Duplessis, a quien todo París daba el poético sobrenombre que el literario ha hecho universalmente célebre.

No bien apareció la novela y empezó el público a hablar de ella con elogio, cuando un gran amigo de Dumas, un jorobado llamado Béraud, que había tenido el alto honor de asistir a las últimas campañas napoleónicas, concibió la idea de que la nueva producción encerraba asunto para un drama. Más aún: escribió este drama, pero al contrario de lo que hacen tantos literatos de ahora, que cogiendo asuntos ideados por otro los aderezan a su manera y los ofrecen al público como cosa salida de su propia masa encefálica, el antiguo héroe del Imperio tuvo la honradez de presentarse a Dumas con el manuscrito y hasta de solicitar que en él figurase su nombre. Dumas, después de leer se negó. El buen jorobado tenía la monomanía del melodra-

ma, y del idilio de Margarita Gautier y Armando Duval había hecho una tragedia tan sombría, que el asunto perdía todo su encanto primitivo. Los amigos no riñeron por eso; pero el drama no se representó. Dumas no pensaba en ser autor dramático, y después de publicar algunas otras novelas, se marchó a Italia.

A su regreso, al llegar a Marsella, se encontró sin dinero. Escribió a su padre pidiéndole fondos para proseguir el viaje, y mientras esperaba la respuesta, como no podía ir al café, ni al teatro, ni comprar periódicos, porque para todo esto hace falta dinero, se aburría soberanamente, tan soberanamente como cuándo descubrió lo cansado de la vida ociosa. Y como entonces, el asunto de "La Dama de las Camelias" acudió a su mente; pero ahora acudió enlazado con el recuerdo de Béraud, el aspirante a dramaturgo. ¿Por qué no distraerse viendo de hacer algo mejor que el melodrama del honrado jorobado?

Dumas puso manos a la obra después de cenar. A las siete de la madrugada todavía estaba escribiendo. De un tirón se había hecho todo el primer acto. Se metió en la cama presa de la fiebre, pero a las seis de la tarde se levantó para empezar el segundo acto, que escribió en dos días. Al cuarto día recibió el dinero y voló a París, a leer a su padre lo que había escrito.



El viejo Dumas le escuchó llorando; en verdad, hombre que traducía en lágrimas todas sus emociones, al terminar dijo:

—Es muy curioso, hijo mío. Eso no se parece a nuestro teatro, pero nada prueba que sea así el teatro del porvenir. Continúa, acaba... y ya veremos! Los tres últimos actos fueron hechos en seis semanas. Terminada la obra, Béraud, el jorobado se encargó de llevarla al director del teatro del Vaudeville, muy orgulloso de ser, ya que no padre, por lo menos padrino del drama. Pero el director del Vaudeville, un tal Bouffé, que convertía en oficina una mesa del café Veron, después de leer la obra dijo que le disgustaba verla terminar en una muerte, cosa a que no estaba habituado el público de su teatro. Además, la había sometido a la censura, y ésta la declaraba inmoral. El manuscrito fué a parar al fondo de un cajón, y allí olvidado, pasó muchos meses, muchos...

Hasta que cierto día, el director y los actores del Vaudeville se congregaron en el café Veron para discutir un asunto de gran interés. El teatro iba mal. Una obra nueva en que se cifraban grandes esperanzas. "El Uistiti", resultó un fracaso, y el resto del repertorio era ya tan viejo que el público estaba cansado de verlo. Hacía falta una obra nueva, una obra que llamase gente. Los cómicos llevaban muchos días sin cobrar, y el dueño del café no cobraba tampoco.

—¿Y si pusiéramos "La Dama de las Camelias"? — dijo uno de los comediantes.

—Vale poco, — respondió Bouffé; — y además, la censura no la permitirá.

—La censura, — dijo el otro, — no se meterá en nada; la obra la recomienda el conde de Morny, que lo puede todo.

—Vaya, pues por "La Dama", después de todo, no tenemos otra cosa.

Y he ahí cómo, así a la desesperación, se estrenó en una de las primeras noches de febrero de 1852 un drama que se ha representado millares de veces en el mundo entero y que, a estar en aquellos tiempos protegida la propiedad literaria por leyes internacionales como las que hoy la protegen, habría dado a su autor, según los cálculos más aproximados, más de diez millones de francos.

# COMENTARIOS LITERARIOS



## CARACTERÍSTICAS DE LOS INGLESES

Se ha hablado siempre de la seriedad y laconismo británico. Según el escritor José Escofel, se trata solo de una leyenda.

Dice así:

"Parece que los negocios exigen del individuo que en ellos se ocupan, una constante reserva y un continente grave, que es algo así como un indicio de la solvencia de la firma.

Comunmente se considera que son los ingleses quienes dan esta norma de sobriedad verbal y estiramiento. No se concibe en España un hijo de las islas británicas que no esté siempre serio como un santo de retablo, y, sin embargo, son los ingleses precisamente los "clubmen" por excelencia, y gustan de la conversación ingeniosa, quizá como nadie. En los países de clima ingrato es donde más desarrollan el "comfort" y las relaciones sociales. Ahí están las comedias de Oscar Wilde y de Bernard Shaw reflejando la sociedad inglesa, siempre aficionada a los torneos de la buena y alta conversación. El inglés, terminadas las horas de oficina y mejor todavía en pleno goce de sus "holidays", es el hombre más divertido del mundo. Un fabricante de Manchester, lo mismo que un banquero de Londres, tiene siempre alguna habilidad con que sorprender agradablemente a sus amistades: hay quien recita versos, quien canta cuplés, quien hace juegos de manos y quien parodia los discursos pintorescos de Lloyd George. Pero, sobre todo, son los ingleses admirables conversadores, finos, cáusticos, humoristas, agudos, interesantes, a fuerza de haberse adiestrado en el deporte mental, no menos útil y reservado que los ejercicios físicos".

## LA MAS JOVEN POETIZA ITALIANA

Se llama Leticia Bosabi Huber, y acerca de su producción poética y de las características de la autora, dice una escritora que acaba de juzgar una y otras:

"Creo que Leticia no se ha hallado todavía a sí misma, y por ello su poesía carece de ritmo. El ritmo es el alma del verso, encarnación a su vez del sentimiento indefinido experimentado ante las cosas, que constituye la verdadera fuente de belleza.

El arte es un río que lleva en su corriente los brazos tributarios; la vida es para el poeta el cauce que recoge las aguas dispersas enriquecedoras del caudal, hasta que se hincha, se hace profundo, se desborda. Pero el alma del siglo aporta su influencia y también la educación, y cuando el poeta se ha despojado de todas para ser "él", el ritmo canta en el fondo de sus palabras el lenguaje eterno que llamamos belleza y no sabemos qué es.

Hay en ella mucho lirismo, la naturaleza le seduce y le inspira hermosas imágenes: ¿por qué dudar de su afirmación en el arte si ha nacido poeta y tiene tan fina comprensión?

Mi joven amiga es una promesa para las letras italianas, y

en algo se ha mantenido dentro de la tradición; su poesía es toda rimada. Y en esta liquidación, ¡cuánta sutileza y sinceridad, cuánto sentimiento y dolor velados! El alma se desnuda sin sombras en el despecho, en la angustia, en la compasión, en el desquite y en la efusión. Tiene composiciones realmente felices, donde su sentido profundo desflora las primeras hojas de futuras siembras. Por eso Leticia nos ha de dar mieses en sazón, perfumadas y jugosas.

Ya anuncia otro tomo de poesías, "Fuente de Juventud", un volumen de cuentos, "Trípticos", y una novela "Piedra Serena". Trabaja, trabaja mucho en su estudio coqueto y silencioso, protegida por el espíritu de Roma y su fecunda tierra, sin que ni el uno ni la otra la absorban o dominen. Leticia es moderna y en alas de su fantasía corre lejos de los muros seculares; su nombre circula en revistas de Estados Unidos, inquieta siempre, alerta y decidida".

## LOS GIRONDINOS HACIA EL PATIBULO

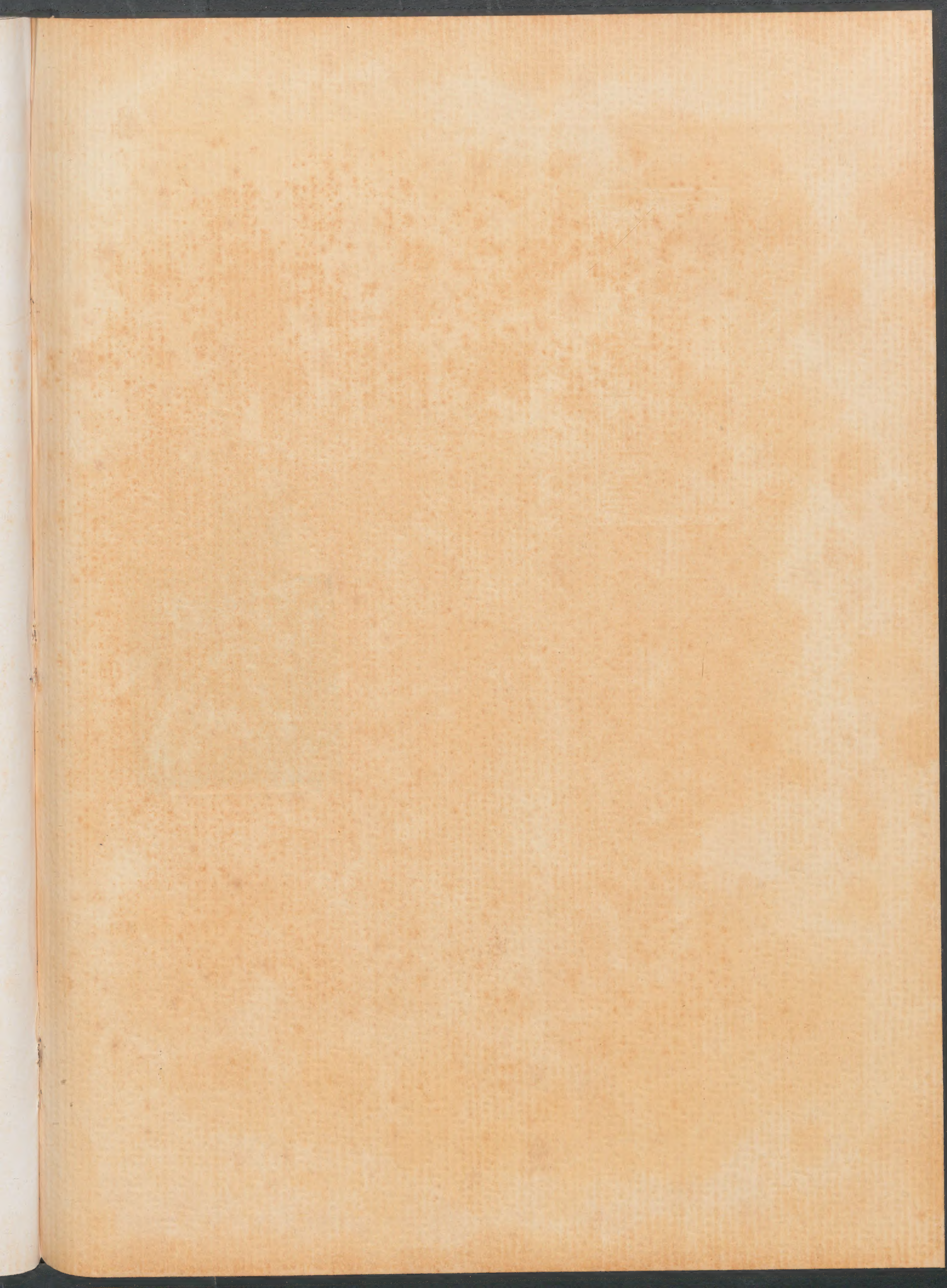
Henri Beranar describe en su novela "14 de Julio" la marcha de los Girondinos hacia el cadalso, en el que fueron inmolados. Véase esa bella página:

"Un día se oyó algo que no eran las habituales vociferaciones. Era un canto. ¡Y qué canto! El himno de los marseleses que entonaban veinte voces jóvenes y graves. El estribillo colmaba la calle, y el efecto era tan sorprendente que las bacantes y los insultadores a sueldo callaban, no atreviéndose a cumplir su odioso papel. Cinco carretas iban en fila como arrastradas por la multitud y, sobre las carretas, los girondinos, cabeza y pecho desnudos, cantaban a pulmón pleno. A veces desde una ventana o desde un guarda cantón algún furioso les gritaba: "¡Viva la República!" y ellos dejaban de cantar para responder: "¡Viva la República!" Y comenzaban la canción. Vergniaud estaba en la cuarta carreta. Todos lo señalaban. Las manos ligadas, los cabellos mojados por la lluvia, tenía su levita atada por las mangas alrededor del cuello. Todo el pueblo conocía su cara de espaciosa frente, fuertes labios, ojos llenos de tierna inspiración. El pueblo escuchaba en silencio esa voz que no temblaba y que cantaría aún cuanto ese hombre, los pies sobre un charco de sangre pura, oyera, antes de morir, caer diecinueve veces el triángulo fatal".

## ROBINSON CRUSOE, EL HEROE DE LA SOLEDAD

Tomando como pretexto la sonada hazaña de Lindberg, llamado "el águila solitaria", escribió Ricardo Baeza:

"La máxima seducción de la soledad de Lindberg es una seducción que podría cifrarse en dos palabras si evocáramos el nombre de una figura de ficción, más viva para la fantasía que el común de los mortales: el nombre de Robinson Crusoe. ¡Imagen de eterna sugestión ésta del hombre sólo en pugna con la sola Naturaleza! Daniel Defoe la crea casi a los sesenta años, en el umbral de su obra novelística, ahito de luchas y agravios de los hombres. Toda su vida ha sido un largo e inútil batallar con los hombres, con la insidia, la malignidad y la miseria moral del hombre. De nada servía hoy una pasajera conquista, si la derrota de mañana había de venir a anularla. Fatigado del combate — un combate en el que, si no mucha sangre vierte, en cambio, más tinta que ningún otro, y una tinta caliente como la sangre, que parece manarle del corazón — deponen las armas del polemista y empuña la pluma del narrador de ficciones. Robinson es la primera figura que se alza en su nuevo camino. ¿Influyó, realmente, en él, la aventura de Alejandro Selkirk, y su Arcadia insular no es sino la isla de Juan Fernández? Así parece demostrado; pero yo prefiero imaginar que, mal herido y de continuo invalidado en su lucha mundana por la estupidez y la maldad de los hombres, quiso descansar de ella, y como compensarse, imaginando el esfuerzo de un hombre que solo lucha con la Naturaleza, con las fuerzas ciegas, pero sin malicia, de la Naturaleza, y las vence y las sujeta a su servicio. ¡Robinson Crusoe: rey incontestado de un reino sin sombras, a solas con Dios y su creación! Cuento que no acaba nunca, de eterna confortación, hacia el que los hombres cansados de su pugna con los hombres, vuelven nostálgicamente los ojos. ¡Lindberg Crusoe! ¿Quién más o menos vagamente, con pavor o con ansia, o con una mixtura de ambos sentimientos a la vez, no te habrá envidiado y habrá admirado en ti esa terrible y divina soledad?"



# "Mi único y exclusivo cigarrillo"



No hay otro  
que satisfaga  
tanto como un  
**Camel**

M.F'D by R.J. REYNOLDS TOBACCO CO.  
Unicos Agentes MASSALINI & CELARDO  
TACUARI 560. Bs. Aires.